The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

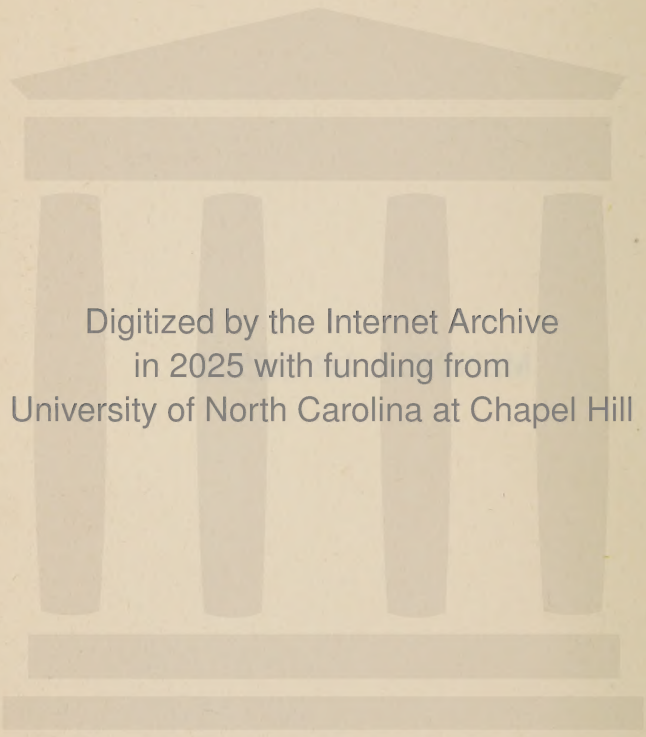
898.2
A772m

This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY,** and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

L. A. ARPESELLA

Mendigo de besos

MENDIGA DE BESOS


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/mendigadebesos00arpe

L. A. ARPESELLA

MENDIGA DE BESOS

BUENOS AIRES

LIBRERIA Y EDITORIAL "LA FACULTAD"
DE JUAN ROLDÁN & CÍA.
FLORIDA 859

1929

DEL MISMO AUTOR "NERINA"

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

M38.2
M772m

I

Ese acibarado hastío que enmaraña la vida de alusiones acres; ese humor perturbador que insinúa tan nebulosas ideas y que los modernos designan con el nombre de "spleen", jamás había ensombrecido la sana e imperturbable alegría de Munet Leroy, ni confundía su desenvoltura inmutable de jovencita muy diestra en fútiles triquiñuelas, muy versada en los lances frívolos o difíciles de mundología. No se imbuía por esto de ese snobismo que marca a muchas el frecuente roce con la aristocracia. Pero; ya fuese porque esta excentricidad conferíale tan fino sabor de atracción y Munet se percataba de ello, o fuera porque el lujo en que vivía le facilitara la comodona manía de satisfacer todos sus caprichos, lo cierto es que la señorita Leroy estaba siempre dispuesta a arriesgarse en aven-

37009

turas algo escabrosas, con tal que le proporcionaran alguna emoción.

No obstante, nada desentonaba en esta mujercita tan ingeniosamente moderna que contaba diez y ocho años y el patrimonio bastante lisonjero, aunque innecesario, de no pocos corazones rendidos.

Munet tenía diez meses cuando, ya huérfana, Livio Terán se hizo cargo de ella. Más tarde supo que su padre había sido francés; su mamá oriunda de Sevilla: la Sevilla de los madrigales sentimentales, de las ruidosas algarazas y de las pláticas de amor. Por eso la joven había heredado una hermosura en la que hermanábanse rasgos de la elegante Francia, la alegría chuzona de las sevillanas y la destinguida gracia de la belleza porteña.

De estatura mediana y talle gracioso y esbelto, Munet poseía una tez nacarada, adornábanla unos gestos expresivos de pizpireta y unos ojos cuyos párpados parecían vigilar todo el enjambre de picardías que rebullíanse en sus negras pupilas, veladas por el tupido fleco de sus pestañas. Sabedora la joven del influyente hechizo que ejercían sus miradas, usaba

de ellas con cierto dejo de irónica coquetería, que, en algunas ocasiones, ponía casi a riesgo de comentarios enojosos su reputación de niña honesta.

La nariz perfecta armonizaba con su boca fina e insinuante, y en su labio superior levemente arqueado, esfumábanse unas líneas en forma de corazón que no debían al lápiz rojo parte alguna. Boquita de capullito recién nacido y dientes alabastrinos que la agraciada expresión de sus fáciles sonrisas dejaba admirar.

La voz de Munet era amable, juvenil y armoniosa, incitadora de caricias puras, con inflexiones de sugestivo encanto. Su conjunto, en suma, una magia de donosura.

Se ha dicho que los halagos son para las mujeres lo que es el dulce para los niños; pero Munet constituía una excepción a la regla, pues oía con fría indiferencia las enmeladas palabras que solían dirigirle. Y, hasta sonreíase de la tan decantada austeridad de los hombres.

Livio Terán, su padrino, su mentor y padre adoptivo, completamente retirado de sus negocios, no tenía más temores que los que le causaba de cuando en cuando su protegida.

En vano le había dicho él después del almuerzo que no se arriesgase a salir con tiempo tan amenazante. Ella trataba de apaciguarle:

—Papá Livio, si te desagrada... ya sabes que está descartado: me quedo. ¡Pero esa pobrecita Pitucha que se siente tan sola y tan triste en los días desapacibles! Además, si no hubiese tantos medios de locomoción, serían fundados tus temores...

—¡Los medios de locomoción! — gruñó el anciano.— ¡Como si a tí te importasen algo cuando te acomete la humorada de hacer locuras!

Sin asomo de duda Livio Terán no podía descontentar los deseos de la joven, puesto que ella después de juiciosas promesas y unas cuantas caricias, había obtenido el consentimiento de visitar a su amiga Pitucha Aldanis, soltera, entrada en años, que adoraba a Munet, y a quien la joven llevaba con sus so-

licitadas visitas, tantas partículas de sol en su monótona e incolora existencia.

Ahora que su tutor esperábala con anhelo cada vez más creciente, hallábase arrepentido de haberla dejado marchar. Se acusaba de ser débil y culpable si le ocurriese algo malo, pues la joven no insistía nunca en lograr sus gustos si le veía reconvenirla seriamente.

Mientras tanto la lluvia aporreaba las persianas cerradas, el eco del viento traía una vaga sensación de malestar que agrandábase a medida que pasaban las horas.

Livio Terán apercibíase que su vida de rico anacoreta había sido apagada, sombría y casi imposible sin la venida de Munet, que llenaba el vacío ocasionado por la pérdida de su misma hija y la llegada de su vejez. La joven era para él como una frágil mimosa que hiciera retoñar con cuidado y delicadezas inagotables de madre, con condescendencia y ternuras de abuelito. Amándola con paterna dilección le enorgullecían las delicias que brindábale el cariño de esa flor de aristocrática esencia que era Munet.

Es verdad que querer a alguien equivale

a sufrir... Sus sobresaltos excitaban presentimientos que oprimíanle como un resquemor en el pecho. No obstante, la joven no llegaba nunca después de las diez y nueve, hora de la cena durante el invierno, y aun faltaba un cuarto de hora para que sonaran en el reloj incrustado sobre un alto mueble del comedor y que el anciano no cesaba de mirar. En esas congojas Terán comprendía lo que significaba la presencia de la joven para él.

Entre tanto el viento con sus remolinos arreciaba el agua con singular persistencia contra el chalet; los relámpagos titilantes inundaban la noche de continuos y fugitivos resplandores; los rayos y los truenos hendían el aire con infernal estampido; los árboles crujían al curvarse, y las hojas entrelazadas, estremecíanse hacia el suelo, arrastradas por la violenta presión del temporal.

Terán había hecho encender las luces de los aposentos más habitables para tener una impresión menos tétrica de semejante noche. Fuése hasta el cuarto de Munet, dió vuelta el conmutador de su velador porque este pequeño ademán traíale la idea consoladora de que

la joven no tardaría en volver a la tibia estancia, cuyos adornos aveníanse tan bien a las gracias de su dueña.

Una casaquita de abrigo colocada sobre una silla, unos zapatitos de gamuza pintada y cortos tacos, dejados con negligencia junto a la cama, parecían aguardar con ese sello de melancolía que tienen los objetos inanimados, cuando se han dejado a la espera de un retorno inminente.

El aposento contiguo servía de boudoir y aún de saloncito íntimo a Munet. Un gran ropero con lunas ovaladas, una mesita estilo árabe, dos butacas bajitas con el tocador y sus artísticos utensilios, además de un diván con los almohadones correspondientes, constituían el mobiliario de esa alcoba, dispuesta con la delicada coquetería y el buen gusto que caracterizaba a la joven.

Por el ruido familiar que produce el choque de los cubiertos, el anciano dióse cuenta que Vinica tendía la mesa. No quería estar solo, y, efectivamente, la cara bonachona de la moza que seguía los ritos usuales como si nada

anormal aconteciera, le devolvió un tanto su tranquilidad.

Vinica, mujer gallega de agradable porte, que desempeñaba la doble tarea de ama de llaves y camarera, hacía tres lustros que estaba al servicio de Terán junto con su esposo Jaime, el cocinero. Ella llamábase Juana Atillas pero Munet habíale colgado el apodo de Vinica porque en su mocedad placíale nutrirse de sabrosos tónicos para combatir su excesiva tendencia a la delgadez. Y Vinica, en su afán constante por no dar la contra a sus amos, llevaba el sobrenombre con el mismo gracejo que si se tratara de ostentar una victoriosa insigna.

De repente el anciano aguza el oído. Alguien bocinaba repetidas veces en el automóvil que habíase detenido frente al chalet.

—¡Vinica! — llama radiante de contento. — ¡Pronto, pronto a la puerta que llega Munet!

Y los dos se precipitan desde el corredor hasta el hall y posan al mismo tiempo las manos sobre la aldabilla del portal.

¡Qué gran estupefacción se refleja en el

semblante del anciano al ver que el recién llegado es su nieto Elío en lugar de Munet!

—Ya veo que te he sorprendido, abuelo, pues no suelo visitarte en noches como ésta... Vine a ver a unos amigos que están aquí en Olivos; luego en vista del temporal reinante creí oportuno no regresar a Buenos Aires y me dije: Voy a prepararme una linda velada al lado del viejito y a invitarme a cenar...

Terán estaba talmente consternado que ni acertaba a responderle, concretándose en lanzar miradas interrogadoras a Vinica. Pero el joven sin apercibirse de la nerviosidad en que se hallaba el anciano, quitábase muy tranquilamente su perramus, colocándolo junto con el chambergo en la perchera.

—Tienes razón, hijo mío... Verdaderamente me has causado doble sorpresa: primero la de verte: me haces siempre regates de visitas. Y la otra es que... en el lugar tuyo era a Munet a quien yo creí encontrar.

—¿Entonces Munet no está en casa?

—¡No! Fué a ver a Pitucha y me ha prometido que regresaría con el tren de las diez y nueve...

—¿Y tanto desasosiego por eso? ¡Vaya viejo, mujeres del temple de Munet no se acobardan por un chubasco!

—Cuando se trata de ajenos, tu siempre resuelves las cosas con cuatro palabras, o lo tomas todo a chirigota. Mientras tanto veo que has venido más para preservarte del temporal...

—Pero no porque me arredre eso, abuelo, sino por hacerte compañía. Además, si no ha llegado hasta ahora será porque ha conversado más de lo debido; cosa poco rara en las mujeres. ¡Anda, no veo en ello motivo alguno para enfoscarse el ánimo!

—Tú con tu eterna apatía me horripilas. ¿No comprendes que cuando ella no es puntual significa que le ha ocurrido algo grave?...

—No lo creo... Nunca le ha pasado nada hasta ahora...

—Me traes a colación una lógica que me deja pasmado. Sería lo mismo suponer que como no hemos muerto hasta ahora, no tengamos que morir más tarde.

El anciano hablaba con una alteración en

su rostro y en sus gestos que hacíase cada vez más visible.

—Serénate un poco, viejo. Y piensa que en gracia al mimo desmesurado que acostumbras a darle, tendrás que verte obligado a encerrarla en un convento si quieres vivir tranquilo.

—¡Elío, te ruego que no me obligues a despotricar!

El joven se frotó las manos ya arrepentido de haber hecho allí una parada tan enojosa.

—¿No podríamos pasar a otra habitación, abuelo? porque la verdad es que aquí tirita el más templado.

—Vete donde gustes, Elio. Yo me apropio de tu automóvil y me voy a la estación a buscarla.

—¿Y tú crees que voy a permitirte tamaño disparate? Iré yo enseguida, — dijo disponiéndose a tomar su perramus con tal aire de abatimiento como si fuera cuestión de vida o muerte.

—¡Ah, muchacho! — exclamó el anciano con sonrisa encantada, sin sospechar la mala

voluntad que escondía su nieto. — Siempre he pensado que tu eres mucho más bueno de lo que aparentas ser. ¡Apresúrate entonces y tráeme a esa chiquilla!

Aun no había puesto el joven el coche en marcha cuando Vinica que asomaba la cabeza fuera de la puerta, divisó una sombra en la obscuridad, como a unos veinte metros de distancia.

—¡Señor, señor, que es la niña!

El anciano, a quien el corazón le daba vueltas, está a punto de lanzársele al encuentro; pero su camarera le detiene haciéndole observar el peligro y la inutilidad del sacrificio.

—¡Papá, papá Livio, soy yo! — gritó la joven que venía a toda prisa. Al estar cerca, abrazó al anciaino en medio del asombro de todos. Estaba calada hasta los huesos, y en su arrebato no advertía que mojaba también a Terán, quien tampoco se preocupaba de esto poco ni mucho.

—¡Ah, hija mía! ¿Habráse visto locura semejante?

Y mientras la estrechaba contra su pecho apresurábase a conducirla hacia el hall.

—¿No has pensado que de esta forma puedes incubar una enfermedad, Munet?

Pero por más que deseara lanzarle las reprimendas propias del caso, Terán apenas podía esconder la satisfacción que sentía viéndola ya cerca suyo y tan contenta a pesar de estar empapada como una esponja.

—¡Mi querido papaíto! Y tú, Elio, qué buena idea has tenido. Más tarde te daré la mano.

—Ya te lo decía yo, abuelo: A las niñas estilo ciclón no puede amedrentarlas un aguacero.

Pero sin que mediara tiempo a contestaciones, Munet a instancias del anciano y secundada por Vinica, corrió a su alcoba.

Mientras se oye el rumor de sus pasos que la gruesa alfombra atenúa en los aposentos que son de su pertenencia, la joven que está decidida a reconciliarse con su protector, explica:

—Papá Livio, yo no quise prolongar tu angustia. Y como no pude conseguir coche ni comunicación telefónica para pedírtelo, me vino en mientes la idea de llegarme a pie, bien ligero, se entiende... ¡Hubieras visto, papá, qué

riña trababa yo con las ráfagas! Ellas me amenazaban sin tumbarme, y yo, alentada por disposiciones belicosas, seguía, seguía... No me he resbalado ni una sola vez, a pesar de que mis pobres taquitos chapoteaban en los charcos. ¡Ah, pero había momentos en que me costaba violento trabajo poder respirar: tan excesiva y penetrante era la fuerza del aire!

Ya acicalada graciosamente con todo el esmero de que ella era capaz, Munet abre la puerta y se acerca al joven Elio para tenderle la mano.

—He comprendido recién esta noche la veracidad de las palabras que pronunció Jordán Bruno; aquel filósofo cuya historia me contaste, papá Livio: "¡Eres sublime hasta en la ira, oh Naturaleza!"

Para dar más realce a su asignación, Munet se pone de puntillas, extiende un brazo y da a su voz una entonación masculina.

El anciano habría querido que la risa se le quedara en el camino para decirle:

—Veo que recuerdas las lecciones de tu preceptor, hija mía; pero aunque tu óptima me-

moria suscite mi aprobación, no conseguirás por esto que desfrunza el entrecejo...

—¿Acaso es mía la culpa? Cuando el tiempo está hermoso y por ende, place tanto el caminar por senderos saturados del buen olor que exhalan las flores, hay fuera la estación una turba de caras estúpidas que se adelantan con el consabido: "¿Necesita auto la señorita?" Pero esta noche no he visto un alma... Y pensar que desde que el mundo es mundo, los hombres representan el sexo fuerte.

—¡Se necesita estar chiflado del todo para abandonar la casa y preferir cazcalear por las calles en una noche como ésta!

—¡Qué voz regañona tienes, papá Livio! Te aseguro que no tuve la menor intención de hacerte pasar un mal rato... ¿Qué otra cosa podía hacer? Quedarme con Pitucha que deseaba darme hospitalidad... Pero pensé en que te pondrías malo de genio si aceptaba. En cambio veo ahora que me he equivocado. Además... no se si culpar a la inexperiencia que nos hace decorar con lindas ideas ciertas cosas que convendría desapro-

bar; ¡pero ha sido menester sentir en carne propia las inclemencias de un tiempo así, para avalorar el goce exquisito, y para muchos, desgraciadamente, codiciado en vano, de poseer un hogar lleno de esas tibiezas que alegran la vida, y el corazón de un papaíto adorable que tiene unas ganas atroces de perdonar sin querer demostrarlo!

—¡En qué garapita me envuelves, pícara! — exclama el anciano al confesarse vencido, pues devuelve a la joven el abrazo. Ella se sienta a la mesa a su lado.

—Si yo tuviera tu elocuencia cuando me descuelgo con "pechazos" al abuelo, seguramente que mis negociaciones obtendrían mejor éxito... — murmuró el joven Elio con cierta mordacidad en las palabras que usaba toda vez al dirigirse a Munet.

—Con elocuencia o sin ella jamás te he negado lo que me has pedido, gracias a lo cual has dilapidado ya medio patrimonio — respondió el anciano con aire de seria amonestación.

—¡Corriente! Siempre me has dado lo que te he pedido, pero nunca mayor cantidad. —

Y muy luego, cambiando tono, continúa palmoteándole:

—Estoy de chanza, abuelo... He dicho esto para hacer constar que Munet tiene una vocecita insinuante y persuasiva... Una voz que haría difícil no poner a sus pies todo cuanto exigiera, aun a riesgo de quedarse sin un cobre.

La joven hace uno de esos gestos de gracia pueril que pueden traducirse por una reverencia y le responde: —¡Me abruman tus lisonjas, Elio!

—No se yo porqué insistes en piropearla cuando sabes que eso le desagrada, — arguyó Terán sumamente complacido.

—Déjale decir, papá; ya sabemos que sus halagos obedecen a la mera ocasión.

Vinica anunció que habían hablado por teléfono de parte de una amiga, para saber si la señorita llegó a casa.

—¡Ah, sí, si es Pitucha!... ¡Menudo susto se ha llevado ella también! — exclamó el anciano disponiéndose a tomar su sopa.

Livio Terán ignoraba que su nieto Elio no profesaba simpatía a Munet, quien, por su

parte sin que se mezclara aprecio en su relación con el joven, no sentía por él sino una especie de conmiseración bien definida al juzgarle un tarambana, demasiado dado a desenfrenos y locuras, y exento de otra fibra amorosa que no fuese dedicada a su abuelo. Posiblemente este afecto no era del todo legítimo e interponíase a él alguna dosis de interés, que hasta ahora el joven tuvo buen cuidado en manifestar.

Elio trataba de mostrarse benévolo con Munet en presencia del anciano, y Terán, incapaz de creer que alguien pudiera querer mal a la joven, achacaba a cariño mal contenido las bromas e ironías de su nieto. Pero ella había intuído la verdadera causa de ese desamor. Elio acusábala de haberle robado el afecto absoluto de su abuelo que él quería para sí, y aquellas concesiones que sin ella hubiérale sido fácil obtener. Creencia un tanto absurda si se quiere, porque el carácter del anciano era más bien autoritario y terminante con respecto a él; y no lo hubiera hecho cambiar ninguna circunstancia.

Elío Terán, sin ser un buen mozo en toda la

acepción de la palabra, reunía los suficientes requisitos para ser tildado de simpático. No poseía ese aire de arrogancia y majestad que hace tan donosos a los hombres altos; pero suplía esta falta con mucha distinción en el vestir, en sus maneras, en sus gestos, hasta en la entonación meliflua que daba a su voz. A todo esto añadíanse afeites un tanto afeminados, que, si bien aventajaban en algo su elegancia, reducían aún más de lo normal su poca hombría.

La joven, que gustaba de las pláticas de sobremesa y también porque tenía la amable opinión de que toda cortesía debe ser correspondida, habló así:

—Elio: puesto que tú crees que gracias a mi elocuencia puedo conseguir mucho, la usaré para abogar en favor tuyo... ¿quieres?

—Te agradezco, Munet... pero haría falta que pudieras discurrir con las combinaciones para que fuesen menos iracundas y pongan a flote mi barca...

—¡Caramba, hombre! — exclamó el anciano. — ¿Se puede saber de qué te quejas?

—¿No tengo acaso sobradas razones?...

Emprendo un negocio y ¡Zas! al poco tiempo de iniciado y cuando se encaran las cosas como si estuvieran en auge, me sobreviene el derrumbe. Como si esto fuera poco todavía me apercibo al mismo tiempo que mis contendientes me han esquilmado. ¡Bah! ¡Se necesita nacer con suerte; no hay vueltas que darle!

Terán miró al joven compasivamente y díjole con despectiva energía:

—Los impotentes, los ignorantes e inconscientes suelen llamar suerte al triunfo de una lucha o al fruto de un trabajo.

—¡Muchas gracias, viejo! Pero esas palabras extras no me quitan la seguridad de que no son sólo los inteligentes que logran, mediante su propio esfuerzo, adquirir la posición desahogada o esplendente de que gozan...

—Hay condiciones de culto y de carácter que son más loables aún que la misma inteligencia. Porque así como la instrucción nace del estudio, la inteligencia es hija de la Naturaleza. Pero convengo contigo que, aun sin

reunir esta virtud, muchos... los más, quizá, han podido ver colmadas sus aspiraciones. Para engolfarse en negocios, hijo mío, es de absoluta precisión el despojarse de ciertos hábitos, de ciertos vicios y someterse a normas de rectitud y economía que son lógicamente indispensables para la bienandanza del comercio.

—¡Hum, ya estamos! — musitó el joven al ver que la conversación tomaba giros poco gratos.

—Papá Livio: tú nunca tienes presente que Elio es un muchacho todavía... Ya verás más tarde cómo se afirmará su carácter cuando la experiencia y las obligadas desilusiones le enseñen más sabiamente que ninguna otra escuela.

Empero, el influjo benéfico que ejercía en los demás la coalición fresca y amable de los pensamientos de Munet, no despertaban ninguna admiración, como ningún eco armonioso en el joven Elio.

Cuando el se hubo marchado y la joven acercóse al anciano para darle las buenas noches, Terán le dijo con acento cariñoso:

—Estuviste en lo cierto al afirmar que los fracasos comerciales de Elio son debidos a su juventud y a su inexperiencia. Por lo pronto confieso que pláceme en extremo tu perspicacia y tu visual analítica, hijita mía.

Y luego de haberla besado, agregaba para sí: — "He aquí un sueño que quisiera ver realizado antes de morir: ¡Munet y Elio esposos! Ella será una consejera ideal que sabrá poner freno a los arrebatos del muchacho, y con su sagaz inteligencia estimulará en él la fuerza reflexiva que da cabida a la gloria no siempre accesible de la sensatez".

Munet, en cambio, yendo a acostarse, sintióse apenada porque su conciencia le reprochaba de no haber sido sincera con su protector: — Pobre viejo! — exclamó. — No me queda otro recurso que engañarle con respecto a su nieto. Tuve que atenuar sus fallas porque es mejor para tí que sigas creyendo que lo que no es hoy, podrá serlo en el día de mañana... Aunque yo estoy convencida que el árbol está ya muy grande para enderezarle. Sucede con ellos como con los achaques crónicos: fenecen con la propia vida de los que han minado".

II

Livio Terán, temiendo que su muerte acaeciera repentinamente a causa de una afección al corazón que ya varias veces había puesto el ánimo de Munet en estado de azorada vigilancia, hizo testamento dividiendo sus riquezas en dos partes iguales. Una le correspondería a su hija adoptiva, y la otra asignábala a su nieto Elio. Aún cuando el anciano estaba convencido que sus bienes no tendrían razón de ser repartidos si se concertaba el matrimonio del joven con Munet, no quiso asentar sus proyectos únicamente sobre esa base, porque ignoraba si el tiempo y las circunstancias le permitirían llevarlos a cabo; o si su nieto, hallándose libre y adinerado, tendría voluntad o capacidad para convencer a Munet a que fuera su esposa. Adelantóse entonces a la lógica consecuencia, tomando medidas convenientes en defensa de los inte-

reses de ambos jóvenes, que constituían todas sus preocupaciones, como también toda su familia.

Entre los bienes destinados a Munet, incluíase el chalet que en Olivos, dulcemente apacible y tranquilo, Terán había hecho construír a cuatro cuadras distantes de la estación, sobre la calle principal que se interna en una avenida de acacias.

Palacete de líneas esbeltas y elegantes, que, a despecho del tinte uniforme y sombrío conferido al paisaje por la humosa capa que dimanaba del horizonte enfoscado, no perdía nada de su encanto. La placidez de su belleza no resplandece menos aunque el cielo persista en su enojo, y el cuadro pintoresco, saturado de colores exquisitos, invita al paseante a detenerse para contemplarlo, no siendo raro que presienta un romance entre los muchos que el destino va cautelosamente hilvanando tras los muros de casi toda morada.

Cuando la luz diáfana de la primavera convoca a fiestas el ambiente, un sendero alfombrado de frescas hierbas guía a una arboleda compuesta por plantas de flores y frutales,

donde hállase el garage medio oculto entre aromos y magnolias. Al lado opuesto, dos glorietas cubiertas por tímidas enredaderas, lozanos crisantemos y rosas rojas como sangre, revelan en la profusa disposición de sus tallos erguidos el júbilo de vivir entre la agrupación armónica del conjunto contorneado por tupidos helechos en toda la gama del verde.

Los parterres simétricamente dispuestos, forman caprichosos dibujos, decorando bellamente el parque, y un emparrado de amapolas y tulipanes que, desde la cancela, atravesando el jardín, conduce a la puerta principal del chalet, aumenta el encanto magnífico del panorama y excita a meditar sobre la deleitosa fragancia que exhalan las flores, al ser acariciadas por el beso lagotero del rocío.

Terán, que tenía muy presente la atrevida ocurrencia de Munet de haber caminado la noche anterior bajo una lluvía torrencial, lan-

zó imprecaciones de disgusto cuando oyó estornudar a la joven, Antojósele que eso era presagio seguro de un constipado, y, sin más ni más, impuso a Munet con voz que no admitía réplica, la orden de permanecer en la cama todo el día. Aunque ella ardiera en deseos de infringirla, no iría a hacer rebosar la copa de su amargura; conque dispúsose con más condescendencia que buena volutad, a acatarla.

Pero lo que más afectaba a Munet era que su protector se hubiera limitado a hablarle desde el otro aposento, en lugar de asomar la cabeza por el vano de la puerta, como solía hacerlo en las mañanas que ella se dejaba estar media hora más de lo usual en las blanduras de su lecho.

—"¡Ya se ha enfadado otra vez; y todo por unos estornudos!" — pensaba. — "Mi querido papá Livio... Si no fueras extremado en tus aprensiones, como en tu manera de querer, no adolecerías del mal de corazón... ¡Y, decididamente, si no tuvieras como tienes en lugar de fibras sosegadas, una algarabía de timbres eléctricos que te alarman al me-

nor incidente, yo no me vería obligada a pasar un día sin ton ni son!''

Sin duda también para Munet era cuerda la filosofía que invita a poner buena cara al mal tiempo, porque al cabo de unos instantes, estando algo más resignada, hizo conectar el teléfono en su velador. Cumplió con la atención de saludar algunas amigas, y luego decidió matar las horas leyendo.

A pesar de su marcada propensión a lo pícaro, no le seducían las obras chabacanas ni tenebrosas. Dotada de un espíritu de ilación y siendo reflexiva, jamás hubiera hecho del desaliño o del desorden una regla de su conducta. Amaba todo aquello que se apartase de las bruscas realidades, juzgando atinadamente que la poesía en la vida es el perfume de las flores que brotan de nuestra imaginación.

No obstante ser muy lectora, no se afanaba tras las páginas de un libro para llegar precipitadamente al desenlace y perder así la oportunidad de saborear algún perfil artístico y delicado de la obra, que, muchas veces, vale tanto o más que su argumento.

Buscó la posición comodona arrellanándose en media docena de almohadones. Iba a pedir un libro empezado anteriormente, cuando recordó a su amiga Naïr Obarrel, que se hallaba en Madrid, y cambió de propósito. Hízose alcanzar un baulito de bronce que parecía hecho para custodiar reliquias y en el que guardaba únicamente las cartas de ella desde hacía unos años. Extrañóse de que no fuese esta la primera vez que tuvo tal ocurrencia. No se daba por ahita al repasar dos o tres misivas; proponíase releerlas todas para sitisfacer su deseo.

Coincidían entre ese enjambre de pensamientos tristemente serenos que llenaban las cartas de Naïr, ternuras un tanto locas e interrumpidas, sencillas y conmovedoras como las caricias de un niño enfermo. Algunas veces las noticias eran triviales y nimias, pero a la memoria acogedora de la señorita Leroy, las mismas naderías parecíanle un deleite. La distancia provoca para juzgarlas, indulgencias dóciles.

Tomó una al azar y leyó:

"Mi dulce Munet:

"¡Cómo me agradan tus ideas festivas, algo bizarras y veladas de cierto sutil misterio que me hace pensar en aquella Buterfly a la que llamaron "Esencia de verbena"!

"Es sorprendente la analogía que tienen a veces algunos pensamientos... Yo me decía estas cosas al leerte, cuando mi hermano Renato, que conoce tus sobres, me lanzó de rondón estas mismas palabras: "Recuerdo que la conversación de esa chiquilla era mimosa y acariciadora como un perfume de rosas"... Y bien, amiga querida, felicítate de parecerte a las dos flores tan fragantes como la rosa y la verbena, y admite como acertada mi idea de descubrir entre las hojitas de la flor semicerrada el secreto que atesora su belleza, y, más explícitamente, el de su corazón. Sobre este tema podría decirte muchas cosas, pero hoy estoy triste y con el mismo ceño adusto que tiene el cielo, porque está talmente encapotado como si todos los anteriores nubarrones y los venideros se hubieran acamado en él. Y estoy triste porque a pesar de toda la simpatía que me inspira esta retozona Madrid donde la gracia y la alegría se de-

rrochan a manos llenas; a pesar del trato familiarmente afable de sus habitantes que se entregan al placer de lanzar floreos con tan fino donaire, con tal jocosa gallardía; a pesar también de sus múltiples bellezas históricas y naturales y de tantas cosas que estimulan mi admiración más artística, yo adolezco del mal de nostalgia... Leo pacienzudamente los diarios y revistas de mi país: esto me reposa de los libros de emociones fuertes que incluyo en mis lecturas favoritas; pero acrecienta mis anhelos de volver... ¡Y es extraño! Lo que antes me dejaba indiferente en Buenos Aires, ahora cobra entre las hebras que atan mi alma al recuerdo, un interés que apaga todo presente entusiasmo. ¡Nostalgia de lugares y de personas, de cosas que me han encantado... ¡Todo, todo aquello que se rememora sin poderlo concretar en palabras, constituye el bálsamo de esa vida intensa que custodio con tanto celo en las profundidades de la mente!

"Los obsequios que me envías certifican tu dulce recordación hacia mí. ¡Te agradezco la exquisita cortesía de remitirme la yerba ma-

te, tras cuyo aroma se avivan aún más mis añoranzas! A tí debo el que nuestras tardes sean saturadas por deliciosa francachela... Tanto a Renato como a mí nos sabe a "comidillas" que amenizábamos cuando éramos niños, para celebrar la llegada de un juguete nuevo. ¡Qué cerca de mi mente están estos pasatiempos, y cuán lejos de mi vida! Verdad es que la hija del ministro argentino en Madrid debe desentenderse de todo devaneo nostálgico, sobre todo al franquear el umbral de fastuosos salones y ser elegida por apuestos jóvenes, reina de su corte de amor, en lugar de permitir que su mente vagabundee en visiones de ultramar y se acurruque en recuerdos. ¡Ay de mí!

"Tú dices que te agrada ir a fiestas, sin abandonarte mucho a tal placer. Yo también prefiero al ruido, a las satisfacciones exteriores que desgastan el espíritu, la alegría pura del hogar, donde cada rincón evoca un mundo de remembranzas que hablan al corazón con lenguaje siempre renovado y elocuente.

"Me dices que a los tapices que cubrían las paredes de tu boudoir han debido substituír-

los por otros más vivos, y que lo sientes porque yo me entretenía en contemplar las escenas pintorescas que en éllos había, pero que volviéronse deslucidas e indecisas como recuerdos muy lejanos. Que ya no tiene el mismo aspecto aunque ahora está más moderno, más bonito.

"No me extraña, querida. Todos creemos siempre que lo más moderno es también más bonito... Se apodera de mí un sentimiento de zozobra... Yo hubiera querido verle tal cual lo dejé. ¡Qué sabio fué Vigny al predicar: "Aimez tout ce que jamais on ne verra deux fois". Dices que soy infinitamente romántica, y que tú no lo eres, que nunca fuiste romántica. Temes incurrir en un desatino afirmando lo contrario... Haces mal, Munecita. A despecho de todo actual prosaísmo no se debe negar el *sentimiento de la personalidad.* Deja que cite a Rubén Darío:

"Románticos somos.
¿Quién que ES, no es romántico?
Aquel que no sienta amor ni dolor,
aquel que no sepa de beso y de cántico,
¡que se ahorque de un pino, será lo mejor!...

"Dirás que mi cita esconde una artimaña de auto-defensa; ¡pero no! Es que quiero convencerte de que si tú no fueras un poquito *como yo,* quizá no habrías continuado queriéndome a través de las cartas y que no se hubiera afianzado con lazos tan firmes nuestra amistad. Lo cierto es que por momentos aparentas ser algo indiferente, como si nada ni nadie te interesara... Pero no porque eres poco expansiva he de creerte menos buena y exenta de esas grandezas de alma que tú sabes mantener ocultas a comentarios frívolos y mundanos. ¿Quizás ciertas delicadezas, como ciertos dulces efluvios de tu corazón se manifestarán ellos sólo a aquél para cuyo amor los guardes?..."

¡Lástima grande! — musitó Munet al terminar la lectura de esta carta —. Este corazoncito henchido de ternuras está envuelto en tristezas. ¡Si pudiéramos vernos, su compañía me haría menos locuela, y ella, a su vez, despejaría esas brumas en que la tiene sumida su fantasía... Y habría equilibrio entonces!

Las penas de las personas amadas toman parte en nosotros cuando los nobles sentimientos son acicate constante que acrecientan la reciprocidad en la amistad, esa amistad que quiere compenetrarse en las regiones más recónditas del pensamiento y del alma, que canta con matices tan cálidos, variados y primorosos como los del amor.

"Munecita:

"Como ves, no es con mi letra que hoy te escribo... Estoy en cama desde hace varios días. Un presentimiento extraño me hacía pensar que tu carta no llegaría a obtener contestación, y estas divagaciones han sido causa de que me imponga la tarea de hablar contigo a pesar de las protestas de papá y Renato, que me instaron a esperar la mejoría. Un choque de automóvil ocurrido en San Sebastián, donde fuímos a pasar una breve temporada, ha ocasionado la ruptura de mi brazo derecho. ¿Deberán amputármelo?... Es lo que ignoro, y en este momento no quiero pensarlo, Munet, ni quiero entristecerte narrándote los detalles horribles de esta des-

gracia. Me acosan ideas funestas y ellas me hacen vislumbrar un porvenir neblinoso. A veces pienso si yo no he sido siempre una enferma del espíritu... Antes que no tenía motivo alguno de contristarme, me abismaba en vanas quimeras, en presentimientos hostiles y contradictorios con mis veinte años; ahora pienso que debía ser castigado ese pecado que cometemos los descontentadizos... ¿Valía la pena de fantasticar penurias, en lugar de avalorar debidamente los tesoros que la vida nos brinda bien a regañadientes, sin esperar a que se hayan perdido para comprenderlos, y reconocer su inestimable valía? "Mis chiquilladas", como tú calificabas a ciertas meditaciones mías, yo las confiaba únicamente a ti, querida. ¡Qué sosegado es el desahogo de un alma, qué libertad consoladora se le ofrece cuando puede volcarse enteramente al cariño indulgente de una amiga que mitiga nuestra pena, a la vez que la razona reprochándola un poquito también!"

La señorita Naïr seguía hablándole de su gran afecto, recordábale que habíanse conocido seis meses antes de su partida a España;

de cómo la casualidad púsolas un día frente a frente, y desde entonces se afirmó tan mutua simpatía.

Munet pensó en los dos años transcurridos desde que recibiera esta carta. Hízosele presente el disgusto que le causó tal noticia y el gesto compasivo de Terán, que, para tranquilizarla, remitió un telegrama pidiendo informes sobre el estado de Naïr, y la respuesta, que fué redactada en términos consoladores.

Sin que se hubieran acordado en esquivar el tema, ninguna de las dos jóvenes mencionaba la desgracia. Y las cartas que sucediéronse sorprendían y hasta turbaban a Munet. Estas venían escritas a máquina, dictadas por su amiga y firmándolas al final con la mano izquierda. Ya no se trataba en ellas de monerías o azoramientos como otrora... Eran por momentos como una expansión entusiasta a la vida y al amor, salpicada por la floración tumultuosa de ternuras y de misticismo a la vez, que llenaban de gozo u oprimían el corazón de la señorita Leroy. ¡Cuántas veces se arrebolaban sus mejillas como

si tales dulzuras fuesen dichas para ella por el más apasionado de los amadores, y, quizá también, por el más querido!

De Munet a Naïr

"Tú has debido equivocar los sobres, querida... Posiblemente nos escribiste a los dos al mismo tiempo... y, yo me pregunto: Si llego a inspirarte tan bellas ideas, ¿qué es lo que tú podrás decir de más cariñoso a... a *él?*

De Naïr a Munet

"Dilecta amiga:

"¿Qué culpa tengo yo si mi entusiasmo y mi admiración por ti me llevan a deslizarme en un mar de afectos donde pláceme en sumo grado hacer nadar mi corazón?

"Tu retrato me ha causado una estupefacción tan profunda que sentí celos... No me preguntes de qué, pues no sabría decírtelo. ¡Qué hermosa te has puesto, Munet! Te siento tan presente a través de esa imagen, que

no ceso de contemplarte. Te he colocado sobre mi tocador para que estés más cerca de mi vista, y al lado de un ramillete de rosas frescas que todos los días me tomo el placer de renovar. Hay momentos en los que creo que la fragancia de esas flores y tu hermosura, se exaltan y se funden en el crisol de mi imaginación, llegando a tener el encanto de la atracción divina, como la belleza envuelta en el misterio... Entonces surges en mi corazón como una estrella que alumbra mi esperanza, guiando por una meta conocida mis deseos sin aplacarlos... ¡Y te veo con los ojos del alma que no se satisfacen ni se colman nunca! Pero acallo las manifestaciones de mis sentimientos y vuelvo a tus palabras. ¿Por qué me reprochas ese afán mío de indagar lo que hay de más íntimo, de mejor en tus pensamientos? ¿No sabes que querer es sondear, y sondear muy hondo?... Las sutilezas de nuestro ser y las veleidades de nuestro espíritu, forman la síntesis de un carácter; y es en su conocimiento y compenetración absoluta que se avivan fortificándose las partículas doradas que componen el

cariño; máxime si ese cariño se vierte hacia un alma que se hermana con la nuestra..."

La señorita Leroy habría continuado leyendo quizá hasta cuándo si no apareciera Vinica entregándole un sobre de ancho formato en papel acartonado, que denotaba una invitación superior. Pero esto no consiguió enajenarla del ensimismamiento en que habíanla sumido las últimas cartas de Naïr. Esas esquelas de ideas un tanto abstractas que confundíanla cada vez más y que hiciéronle perder la noción de las horas transcurridas como en una ensoñación espiritual. Hasta olvidóse completamente de que cumplía una penitencia descabellada impuéstale por el único padre que había conocido y amado, y cuyo excesivo cariño hacia ella rayaba en chochera.

Detrás de Vinica apareció la linda figura del anciano, que no había podido resistir más tiempo sin ver a la joven.

Ella guardó lentamente las cartas y él sentóse al borde de su cama. Munet acercó entonces las manos al rostro de Terán y con la irreverencia peculiar de toda picardía, entretúvose en trenzar los pelos de su barba.

—¿De modo que ni miras de parte de quién viene esa invitación, nena? —, le interrogó el anciano sin mirarla y tomando el baulito con ese gesto displicente de los que quieren distraer en algo su pensamiento, creyendo poder ocultarlo así a los ojos de los demás... Es que él sentíase más abochornado ante la penitencia cumplida, que colérico habría estado por la escena rebelde que hubiera podido dispensarle su protegida.

—Se que es de los de Ayerza, papá Livio; celebran pronto las fiestas julias. Hemos hablado de esto ayer con Pitucha.

—Y tú estás muy contenta por eso; ¿no es así?

—Hoy no puedo estarlo, señor mío...

—¡Vamos, pequeña!, tú no sabes guardar rencor; además deberías agradecerme... pues el día es glacial y la monotonía de pasarlo en la cama es llevadera; confiésalo... Lo malo es que apenas has probado el almuerzo...

—Pero en cambio he comisqueado bombones, que fueron lo más sabroso del día.

—¡Y te ha embargado la lectura, pues aquí

hay cartas a granel! ¿Qué te dice Naïr para que te gusten tanto?

—Eso lo ignoro; ¿acaso se sabe siempre por qué nos son placenteras ciertas cosas? Es algo fantaseadora y quizá también algo soboncita Naïr; será por esto que a veces me pregunto si un prometido podría reunir temas tan convincentes para inducirme a creer que me quiere y que me encuentra linda. ¡Y cómo ha cambiado después de la desgracia! Yo quisiera persuadirla que se ensombrece la alegría a fuerza de estudios que no armonizan muy bien con su físico y aún con su misma belleza. Después de todo... las mujeres tenemos otros deberes en la vida. Hay terrenos en los que se ahuma nuestro criterio; más valdría no rozarlos ni con la más leve intención.

—Invítala a seguir tu escuela, entonces...

—¡Mi escuela! ¿Cuál?

—Esa que predispone a ser algo mojarrilla y que da al semblante el aspecto dulzarrón de los más seductores mohines — díjole el anciano haciendo papirotazos muy suaves sobre los encajes que cubrían el brazo de Mu-

net. — Verdaderamente — añadió — no me explico cómo siendo vosotras tan diferentes, podáis ser tan íntimas...

—Quizá por esto mismo, papá. No obstante, Naïr afirma que nuestras almas son gemelas.

—Tú le has de ocultar, decididamente, ciertos átomos que no contraen relación recíproca con los de ella; y ella a su vez, no muestra de sí misma más que aquellos aspectos de su carácter que mejor se avienen a tu temperamento. Por ejemplo: ¿a que tú no le cuentas todas tus travesuras?

—¡Ah, no, papá! Hay también cosas que me propongo decírselas, pero luego... no sé, es como si me intimidara. Naïr es infinitamente más inteligente que yo, y a medida que la comprendo voy admirándola de más en más... ¡Cómo quisiera verla! Ella dice que probablemente vengan este año mismo, pues tengo entendido que su padre piensa renunciar al cargo político y regresar a su patria; pero yo me resisto a creerlo; me parece un acontecimiento demasiado feliz y por lo tanto irrealizable...

—¿Tanto la quieres?

—¡Sí, papá, la quiero mucho, mucho! — respondió la joven, y maquinalmente acercó su cabeza hasta apoyarla en el pecho del anciano.

—Escucha, Munet: hoy has sido juiciosa y por lo tanto he pensado que mañana demos un paseo tempranito. Tú manejarás el automóvil como de costumbre, y yo, como de costumbre ¿sabré a qué santo encomendarme?

La joven rióse de buena gana recordando las simuladas gazmoñerías de Terán cuando ella hacía unos virajes arriesgados que el anciano conseguía moderar luego de propinarle unos retos; pero que, generalmente tenían la misma melosa consecuencia, esto es: la de terminar el debate con el mejor buen humor del mundo, que coloreaba la venerable faz del anciano, y concedía al rostro de Munet una vivacidad infantil que hacíala resplandecer de innegable encanto.

III

Cuando Livio Terán y la joven regresaron del paseo al mediodía, la señorita Aldanis esperábalos en la salita que Munet frecuentemente moraba.

Pitucha Aldanis no tenía ese aire avinagrado que suelen adquirir las solteronas cuando se abordan temas referentes al matrimonio; por el contrario su rostro reflejaba en tales ocasiones una dulzura que trasmitíase a los que la rodeaban, haciéndoles sentir cierta pena porque una mujercita que reunía tales prosélitos de distinción y simpatía, que discurría con tanta argucia, además de ser bonita, no hubiera logrado la conquista de un corazón que le perteneciera, y un hogar embellecido por la sonrisa de un niño.

—¡Me encanta que hayas venido! — díjole Munet al verla. — Hoy estoy tan contenta como un pajarito prisionero que al fin de-

jan en libertad, pareciéndole pequeñas sus alas para remontarse en el espacio...

—¿Con que no es ésta la alegría de siempre, entonces? — respondió su amiga, mientras se dirigían al comedor.

Vinica colocaba en la mesa un plato de entremeses.

—Lo que pasa, Pitucha, es que esta pilla quiere darse buena maña para hacerle saber a usted que ayer rindió su tributo a la cama, muy a pesar suyo y sólo por imposición mía.

—¿Tan malo es usted, señor Terán?

—¡Si supiera usted que en este caso el castigador ha sido más víctima que el castigado! El hecho es que Munet vibra por demasiada juventud, y a mí me destemplan esas emanaciones impetuosas que son hijas de sus años, y, por lo tanto, tan incompatibles con mi ancianidad, que se resiente de ver alterado el buen orden y armonía de las horas serenas, que clamo tanto después de una vida erizada de luchas. Irremisiblemente — agregó, haciendo un guiño de inteligencia a la señorita Aldanis, — voy a tener que seguir uno de los consejos de Elio...

—¡Ah, ya se, papá, ya se! El buen proyecto de tu nieto es el de incitarte a que me internes en un convento. Después de todo... El hecho no carecería de cierta diversión. O bien me convierto en una perfecta beguina, o el mismo padre cura me expresa con términos que ciertamente no usa durante sus sermones en el púlpito, que mi locura se avenga mejor y le ate por siempre en lazos sagrados...!

—¡Si no pones juicio me malquisto contigo decididamente!

—Ya que así lo quieres, papá Livio, prometo desistir de toda picardía hasta que el destino y el registro civil, ese meterete mal intencionado, me deparen el consuelo de reanudarlas con el loco de mi marido para que las asocie a *sus años* y las pague con su bolsillo.

—¡Serán unas bodas de Camacho! — replicó el anciano con voz de cómica condescendencia. — ¡Y pensar que entre tus admiradores no hay uno solo que parezca estar conforme con tus despapuchos!

—Por eso me aburren! — exclamó la joven con una de sus más frescas carcajadas.

—La señorita Aldanis reía también sin creer gran cosa en las palabras de Munet.

—Estos desafueros los crea el modernismo, Pitucha; y todo cuanto digamos no le quitará la convicción de que ella sola está en lo cierto y que nuestras costumbres saben a herrumbre — arguyó el anciano moviendo la cabeza hacia uno y otro lado en señal de disentimiento.

Pitucha, a quien hechizaba la franca alegría de Munet, no podía juzgarla de otro modo que como encantadora y traviesa.

—Señor Terán, — dijo, — las taimerías de esta niña son inofensivas como un manantial de gracias. Yo en su lugar me haría el desetendido... Déjela que sea así mientras no esté enamorada. Al hollar la nieve se destruye la pureza inmaculada de su candor... Hay ligerezas, puerilidades exquisitas, que almibaran la vida; lo demasiado grave, lo profundo, todo lo que se analiza a ciencia y paciencia de tenaz examen, conviértese en pesadilla aborrecible. El principal

hechizo estriba, a menudo, en no sondear enojosos problemas... En resumen: dulcificar los días aciagos a trueque y derroche de fuerza de voluntad, y... será como si sintiéramos la reacción lenta pero segura que produce el abrigo tibio y blandamente benéfico de una manta de pieles, sobre los miembros de un cuerpo arrecido de frío.

—Usted, querida amiga Pitucha, nos destila una filosofía deliciosa... ¿De manera que para usted la vida sólo se hace posible evitando el análisis de las cosas, y construyendo a la vez un "modus vivendi"? Yo, en cambio, pienso todo lo contrario.

—Mi experiencia, señor Terán, no siendo sabia como la suya, no me ha sugerido nada mejor.

Como el anciano admiraba en la señorita Aldanis, además de otras habilidades, la de saber escuchar, y como había un tema que él trataba de intercalar mañosamente en algunas de sus conversaciones, enfrentó sin rodeos la cuestión, a guisa de desahogo.

—No carece de razón su modo de ver las cosas, Pitucha, pero... la cordura de guiar

las acciones al dominio de los pensamientos sensatos ha sido siempre difícil... Y en los tiempos que corren lo es más que nunca, puesto que hasta nuestras damitas se han vuelto positivistas. Los deportes, la influencia masculina en las modas, y cierto aire de altivez algo rígida y autoritaria que las frecuenta, despojan a las jovencitas de hoy de esa fina delicadeza, a medida que las vuelve apáticas. A esa apacibilidad en las maneras y los actos, a esa excelencia de virtudes y sentimientos que ennoblecían a nuestras remilgadas tatarabuelas, se han suplantado movimientos bruscos, intemperancias que les amargan los días, agriándoles el espíritu. Ya, para colmo de vejaciones, sólo las deleitan ideas plásticas que a nada bueno conducen, y, ni los problemas del corazón se celebran como advenimientos mayores.

—¡Papá, papá Livio! — llamó la joven temiendo que su peroración fuera a llegar muy lejos. — Tú juzgas las cosas con severidad, porque eres poco dado a las novedades; pero en esta nueva generación hay felizmente quienes imitan las cortesías triunfadoras de an-

taño y reunen a la vez requisitos propios de cerebros equilibrados que no sobrepujan a excederse del conciliador término medio, eje primordial de toda concordancia.

—Estos forman una excepción, hija mía. En cambio, la mayoría parece despreciar los tesoros que brinda la paz del hogar; puesto que a través de esta lograda civilización debería mediar mayor convivencia familiar, comprensión y armonía, para que desaparezca esa resistencia al contacto amigable que persiste hoy, que es motivo y fomento de desgracias sociales... Todas esas desavenencias se deben a que los intereses económicos háyanse considerado en sumo grado, y puestos por encima de los intereses morales, artísticos y religiosos. Pero; — terminó después de una breve pausa — sigamos su consejo, Pitucha, no profundicemos y convengamos además en que el mal que deploramos podría ser aún peor...

—En cuanto a mí, papá Livio, estoy muy contenta de como están las cosas. Me parece que nunca debió vivirse mejor... A ti te desconcierta todo lo que facilita la marcha

hacia adelante, detestas los automóviles, los aeroplanos... ¡Naturalmente, como que no estás ya para esos trotes!

—¡Cómo te engríen tus diez y ocho años, chuzona! — díjole con acento de reconvención el anciano, levantándose de su asiento, después de haber beborroteado su café.

La joven saltósele al cuello con el mismo alborozo de una chicuela:

—Papito, ¡cómo voy a encontrar algo malo ahora o más tarde mientras perdure la felicidad de tenerte a ti... Si me has dado una existencia tan regalada, si jamás nada feo me ha rozado, si ignoro las penas, los sinsabores, es por ti, que me has proporcionado la gloria de sentir las delicias de la vida y gustarla con la fruición propia de los que no tienen de qué quejarse!

—Confiese, señor Terán, que hay mucha ternura en esta lógica, — opinó la señorita Aldanis, dispuesta ella también a acompañar hasta el hall al anciano. — Munet tiene razón. No hay ventura sin alguna migaja de egoísmo, como creo que rara vez hubo egoísmo que no haya sido desterrado por el dolor.

—Y ahora que estamos solas, Pitucha, acompáñame a fumar un cigarrillo; papá no ha querido dispensarme esta diversión en su presencia, y a mí me parece que no se saborea nunca tan bien como compartiéndolo...

—¡Hum! ¿tú fumas?

—¿Querida, por Dios, qué gesto de pimienta me haces! ¿Es tan descomedido fumar un cigarrillo?

—Sí, Munet, además de ser un vicio que no corresponde a la mujer, a las jovencitas sobre todo, es uno de los peores enemigos de la salud.

—Vamos, Pitucha... no pensarás que ansío vivir los años de Matusalem!

—Pero tampoco querrás morir joven, supongo...

—No; lo suficiente para birlarle a la vida un poco más de placer.

—Escucha, Munet: si se cultivan los placeres, no será para tener que ahogarlos después en un mar de calamidades físicas. Además los deseos saben substituírse a medida que se apagan, y a razón de las circunstancias.

No obstante la desaprobación de su amiga, Munet, entre una respuesta y un gesto dudoso, había encendido y fumaba el cigarrillo, contemplando con gracia indolente las caprichosas y fugitivas espirales.

—Prueba, Pitucha... Verás cómo entre la humareda se escabullen las ideas negras y se evapora el sabor acre de tu filosofía. A pesar de tu sermón optimista durante el almuerzo, te noto un aire cariacontecido. ¿Qué tienes?

—No tengo nada, querida; sólo que...

—¡Ya no estás de vena! Acaso tenga la culpa este pobre cigarrillo. ¡Si es así lo tiro ahora mismo!

—¡No, no, Munet! — respondióle prontamente su amiga.

—Yo te agradezco, Pitucha, porque no me hubiera gustado tirarlo; — exclamó la joven con un acento que dejaba traslucir una vivísima alegría.

—¡Dichosa tú! — sentenció en un suspiro la señorita Aldanis.

—Vamos, dime a qué se debe esta repentina tristeza y el porqué de ese "dichosa tú".

—Es que... he lanzado al azar la palabra dolor y esto me ha hecho pensar en lo que hubiera podido ser y que no es... ¡en lo que no será nunca!

—¿En lo que no será nunca? — repitió la joven con un semblante que delataba sorpresa. — ¿Pero luego tú tienes barruntos de no poseer algo que tampoco has logrado?...

—Creo que sí, Munet, porque muchas veces en la soledad de mi lujosa casa me asalta el recuerdo de mi desgracia.

—¡De tu desgracia!

—¿Acaso no es desgracia el que una mujer no perciba los goces de la familia?

—Oh, no veo tal desgracia, ni tampoco se justifica tu tristeza por el mero hecho de haberte quedado soltera. Deberías pensar en que hay tantas mujeres casadas llenas de calamidades...

—Por más que haya no dejan de ser una excepción y víctimas de algún error, como yo, quizá...

—Puede ser que estés en lo cierto: pero piensa en que muchas cosas que dejamos, otras que perdimos y no pocas que deseamos,

las hacemos objeto de nuestra suerte, sin que los hechos nos den la razón.

—No, Munet, los acontecimientos traen consigo argumentos veraces; ellos nos certifican que cuando una ostentación orgullosa va protegida por una juventud apática e irreflexiva, debemos aceptar al cabo las funestas consecuencias que se originan...

—¡Cómo te ahondas en cavilaciones sombrías, hoy, amiga mía!

—Realmente, Munet, hay días en los que a nuestra alma plácele compenetrarse de tristeza, de la misma manera con que la tierra absorbe la lluvia después de una larga sequía...

—Yo creo que se me ocurre una idea feliz. Vamos a ahogar tu aflicción en un paseo por la Costanera, luego la enterramos en un cine, y por último le rezamos un rosario en alguna confitería; ¿quieres?

—Veo que haces una chanza de cuanto he dicho...

—Es que yo me pregunto: ¿qué es lo que tú exiges de la vida? Tienes libertad, dinero:

condiciones gracias a las cuales puedes satisfacer todos tus deseos...

—Sí, pero a todo esto le falta lo esencial: tener un compañero, un esposo que coarte esta libertad desoladora para compartir con él las luchas; que se resista a mis caprichos, que me haga brotar en el corazón la pena ocasionada por sus ausencias; la felicidad de sentirlo cerca mío, andar de aquí y allá por la casa, prepararse a tomar el desayuno, el almuerzo. Verlo irse a sus tareas diarias y luego, estremecerse al sonido del timbre siempre reconocido. Irle al encuentro y después de mutuas caricias llevarlo a la alcoba donde nuestro hijo espera el sello inmarcesible de nuestro cariño. ¡Ah, todos estos goces purificados con la santidad de ser madre! Tener un hijito, un niño que me llame mamita, que me bese y me pellizque las mejillas, que lo destroce y lo alegre todo con su peregrina presencia; que aturda, que atrone la casa con sus risas y llantos. He aquí lo que constituiría el sumum de la dicha.

Con estas manifestaciones se exaltaba la señorita Aldanis, como si sintiera palpitar en

su ser esa vida a la que sólo daban calor sus anhelos. Munet escuchábala con afectuosa complacencia en la que mezclábase también cierta duda, no concibiendo que se pudiera tener tanto afán de lograr la posesión de alguna cosa; ella, que jamás ambicionó algo vanamente.

—Quienes poseen esto que tú ansías — díjole — no dejan de tener pesares... No ha de ser tan deliciosa esa vida de dos como la vislumbra tu fantasía. Los maridos son casi todos calaveras, ávidos de aventuras galantes...

—Munet: yo he previsto también estas consecuencias y las califico de lenitivo para matar la monotonía...

—No digas! — exclamó la joven en el colmo de la sorpresa.

—Sí; la verdadera mujer debe entremezclar en su amor otros sentimientos que dominen en algunas ocasiones al de esposa; debe saber ser compañera, hermana y madre a la vez. El cariño se amalgama de indulgencias... ¿Qué me importarían sus calavera-

das? ¡Ellas me hubieran hecho comprender cuán intensamente le quería!

—Querida mía: este razonamiento no lo incorporo a la cristalina agrupación de mis ensueños...

Tal idea expresada con uno de esos mohines que hacían de Munet un ser de gracia exquisita y arrebatadora, tuvo el aliciente de hacer bosquejar una sonrisa en el rostro de la señorita Aldanis.

—Todas las dulzuras tienen un límite, Munet. Tú que eres joven y hermosa, que cuentas con una falange de admiradores, no malgastes el tiempo mostrándote esquiva al influjo del amor.

La voz de Pitucha tornóse íntima como una ilusión. A Munet hacíasele insoportable el deseo de esclarecer el enigma que fluía tras la presente melancolía de su amiga.

—Pero dime... ¿ha habido algo en tu vida cuyo solo recuerdo te pone contrita? ¡Y no me otorgas la confianza de una confesión!

—Sí, Munet; pero permíteme que difiera unos días el momento de hacértela. Hoy me hallo muy turbada por estas mismas reflexio-

nes. ¿No me habías propuesto que saliéramos juntas?

La alegría de la señorita Aldanis había sido hasta entonces sin turbulencias, pero serena y dulce. Munet, muy curiosa a pesar de su sensibilidad intuitiva, habría dado lo indecible por prolongar la conversación. Era para ella tan insólito el sollozo que pugnaba por desahogar el ánimo de su amiga, sofrenado malamente bajo sus palabras; tan inusitada la sombría expresión de su mirada con agüilla de lágrimas, que dispúsose a salir ocultándole a Pitucha la poco grata distracción obligada justamente en esos momentos de dulce intimidad, en que el ambiente circunstante cobra mayor atractivo, pues se une con delicada armonía al sabroso bamboleo de ideas y deseos que sugieren las aventuras ajenas.

IV

El baile que los esposos Ayerza dieron en su residencia de la Avenida Alvear celebrando la fecha evocadora del 9 de Julio, no debía tener el único motivo de reunir al conjunto más destacado de la sociedad porteña y divertirla. Un deseo caritativo puso en evidencia las bondades de la señora de Ayerza y de Pitucha Aldanis, quienes presidieron la venta a placer de unos bibelots cuyo tributo estaba destinado a aligerar la pobreza de muchos huerfanitos. La adquisición de esos objetos hízose a guisa de cortesía hacia la dueña de casa, y a pesar de que no hubo ni uno solo de los concurrentes que abandonase el kiosko sin comprar, el hecho no tuvo el éxito que las damas habían supuesto. El afán de ganar el salón donde circulaban demasiadas bellezas más vivientes y más prometedoras que las que dormían en los estuches, eclipsó el entusiasmo de la plausible iniciativa.

Munet, a pesar de estar en su ambiente y de sentirse más juguetona que unas castañuelas, no olvidó el verdadero fin de la fiesta, y acercándose a la señora Ayerza después de haber bailado el cotillón, le dijo sin rodeos:

—Deseo que en esta beneficencia mi corcurso resulte sobresaliente, señora... ¿Permite usted que manifieste una idea que me está haciendo cosquillas?

La dama miró a la joven con aire de quien prevee alguna maquinación no exenta de audaz travesura, y con una sonrisa que reflejaba divertida condescendencia respondióle:

—¡Le doy mi autorización sin pestañear siquiera, hija mía!

Había sentido ella también el poder que emanaba de esa mujercita adorable, y comprendió que la joven proponíase sacar algún laudable partido de la corte de admiradores expuestos a dirigir sendas calabazas si llegara el caso, por abandonarse al placer incauto y arriesgado a la vez, de requerir a quien tales honores no turbaban lo más mínimo.

Después de un breve cuchicheo con la señora Ayerza, la joven inquirióle:

—¿Si le revelara yo este propósito al comandante Ortúzar?... Me parece que tiene autoridad para ponerlo en circulación; y como ya le veo acercarse...

—¿A él? ¡Oh, querida, creo que tendremos guerra! — exclamó la dama, después de hacerle con la mano un gesto de cariñosa amenaza. Munet retuvo su mano para decirle:

—Verá usted, señora, que no he de tardar en convencerlo; me consta que bajo esa capa de austeridad militar hay un gran corazón amigo de todo lo que es noble y bueno.

Era el comandante Alberto Ortúzar un señor alto y corpulento, de aire severo y poco amigo de gastar la más inocente broma. Sus ojos renegridos no mezclaban en su lenguaje otro matiz que el de una tristeza muy suave y que tan sólo se aprestaba a desvanecerse cuando la señorita Leroy le iniciaba con la expresión risueña y locuaz de los suyos. No sabía darse cuenta de cómo se encontraba tan seguido en fiestas, a pesar de lo poco que le seducían. El creía que lo llevaba a ellas

una condescendencia hacia su hermanita Delia, de veinte años, a quien juzgaba una pequeña por la gran diferencia de edad que los separaba. Pero las causas de tal complacencia tenían otra razón, y ésta permanecía herméticamente cerrada en su pecho, pareciéndole abominable que se percatara de advertirla el más zahorí de los observadores.

Livio Terán admiraba la seriedad del comandante Ortúzar, su carácter sin tacha, su trato ameno, sus lógicas convincentes, capaces de hacer malograr todo arrebato alocado, y, por estas razones sentía verdadero placer cuando Alberto Ortúzar lo visitaba con Delia en su chalet de Olivos. El anciano pensaba que Munet no debía sentirse aislada de amistades ni de protección, por eso él había escogido las que fueran adecuadas al temperamento de la joven, que pudieran equilibrar con su juiciosa influencia las emanaciones de su pródiga y ardiente jovialidad, la nubada de esa cabecita de chorlito revoltoso e indomable. Al comandante le halagaba la amistad de Terán y hasta sentíase orgulloso si el anciano le instaba a mostrarse algo severo con

Munet cuando ella urdía alguna picardía. La joven acogía sus amonestaciones con sonrisas. Encontraba que al hacérselas, Alberto trataba de apaciguar el reproche, mediante la afectuosa modulación de su voz, exhortándola con agraciada serenidad a desterrar los pajarillos que aleteaban en su mente. Quizá él mismo creía en la veracidad de sus razonamientos: ¡pero es tan entretenido e íntimo a la vez romper la monotonía que deriva de dos conjunciones! Si sus cuarenta y tantos años no lo separaran demasiado de Munet, el hubiera sido feliz en perfilar a su manera la obra inconclusa que es siempre la niña hasta que la complete el perfecto amor de un hombre; siempre que a este amor no lo acosen reservas egoístas.

La correspondencia cariñosamente sólida que reinaba entre Livio Terán y el comandante Ortúzar, permitía a este último hacer uso de esa protección que sólo puede destinarse a los seres escogidos, que hacen de la amistad un culto. Y el anciano confiaba a su recta tutela esa *rara avis* que el comandante conducía al baile junto con Delia, con la satis-

facción meticulosa de quien patrocina el tesoro de más valor. Pero desde que Munet hubo franqueado el umbral de la mansión en fiesta, no se le hizo posible a Alberto cambiar con ella dos palabras. No fué esto óbice para que viera a la joven entregada al placer de la danza, ni que dejara de oír su riza juvenil, inconfundible entre todas, esa risa que mordía las fibras más sosegadas, contagiosa como el bostezo, aunque no tan irreverente. Recién después de dos horas de atisbar el momento propicio, acercóse a la señorita Leroy cuando Honorina Ayerza retraíase de su compañía para que Munet le confiara *aquella idea.*

Luego de hablarle mientras seguían el ritmo de la pieza, ella comprobó que a pesar de sus palabras el comandante no opondría su veto. El abrió más grandes sus ojos, y con la voz grave que solía usar en tales circunstancias, le dijo:

—No puede ser, Munet, ¿eh?

—En cuanto a que no puede ser, Alberto...

—Pero cómo, ¿cómo la asalta a usted tal locura?

—Estoy por creer que la única locura está

en haberle confiado a usted algo por lo que deberé arrepentirme, Alberto.

El comandante sonrió tristemente.

—Debe usted arrepentirse de concebir cosas tan arriesgadas como lo es esa...

—Eso queda a mi cuenta, señor mío —, le interrumpió la joven haciendo un mohín que simulaba enojo, y cuya gracia desconcertó al comandante.

—¡Pasarán años y más años, mientras esa cabeza no se substraerá al encanto peligroso de ser tan picarescamente infantil!

—Eso será si los años pasan por alto... Lo que no dejará de ser una gran ventaja ¿verdad? Diga.

—¡Ah, Munet, pequeña amiga! ¿quién deberá acaparar esos hervores de picardías?

—¡Bah!, alguien que no merezca sólo las cenizas si sabe chamuscarse al mismo tiempo que las picardías, sobre todo cuando son capaces de hacer felices a pequeños seres, como la que yo le propongo ahora y que usted trata de soslayar.

—Busque usted otra, y le prometo ser de la partida...

—Otra sería menos probable al éxito que yo espero obtener, Alberto. Yo quiero ésta, ¡y ésta ha de ser!

—¡Cómo dice usted "quiero", Munet! Bien se ve que hasta hoy ha obtenido todo cuanto ha deseado...

—Será porque siempre he deseado todo lo que puede ser fácil de obtener. Alberto, que se distrae usted! — añadió ella viendo que él perdía el compás.

—Recuerde que este vals se titula: "Una hechura de Satanás"... Y si alude a la mujer, ningún honor puede serle mejor concedido que perdiéndose...

Ella rió por la ocurrencia, pensando que el comandante trataba de eludir el tema que a ella le interesaba; asimismo preguntó:

—¿Cuántas veces se ha perdido usted? Sé que la pregunta es indiscreta, y sé también que la mejor manera de hacer entrar en razón a ciertas personas tercas es por medio de alguna indiscreción.

—¿Tiene usted mucho interés en saberlo?

—¡Sí, Alberto! — asintió en una sonrisa

la joven. El comandante púsose repentinamente serio.

—Le prometo decírselo si renuncia al remate. Sigo siendo terco, ¿verdad?

—¡Incontestablemente!

"Una hechura de Satanás" debió repetirse y el comandante enlazó más febrilmente el talle de la joven, quien habló con dulzura de ruego:

—Alberto, me mantengo en mis trece...

—¿Sí, realmente? ¡Entonces yo también!

—Alberto, es usted un joven pero mi más viejo amigo... No querrá que yo juzgue oportuno el tener que dirigirme a otro, y usted sabe que es muy difícil no encontrar complacencia... ¡El único capaz de tenerme ojeriza, por una razón tan vaga, es usted, amigo mío!

—¿Está usted bromeando, Munet? ¡Yo, tenerle ojeriza!

—¡Usted, el corazón de pedernal del ejército argentino!

—Si conoce usted ese detalle, debe saber que es esa la fuerza mejor armada para mantener el orden en todo cuartel. — A pesar de

que él pensaba que no hay fuerza superior a la de resistirse a esa mirada y a esa voz.

—¡Aquí no estamos en ningún cuartel, ni hay desorden, comandante! — alegó la joven cambiando de tono.

—¡Munet! ¿Es usted tan niña para no comprender hasta qué punto llega a ser delicado lo que me propone?

—Honorina Ayerza me había advertido que tendríamos guerra... Naturalmente, si el señor es capaz de usar una ametralladora para encender un fósforo; — díjole ella eludiendo su pregunta.

—¿Quiere decir usted con eso que de un mosquito hago una pantera?

—¡Precisamente!

—¿Y que no debo dar a su ocurrencia una importancia capital?

—Si el comandante lo cree así...

—¡No me hable usted en tercera persona, Munet, no sea mala! ¿No ve usted que si me asocio a este hecho puede motivarme una situación incómoda con respecto a su papá Livio?

—¡Situación incómoda!... Vamos, Alber-

to, usted se crea escrúpulos con tal de no condescender... Se diría que ha descubierto usted en mí algún propósito que esté mal avenido con mi seriedad. ¿Hice yo algo que atañe o hiera la moral?

—¡Ah, Munet, está usted feroz esta noche! — opinó Ortúzar haciendo ademán de enérgica protesta. — ¡Esta "Hechura de Satanás" me está poniendo el infierno en el alma! — exclamó sin saber si lo decía por el vals o por ella.

—Dígame usted que sí, Alberto, y le perdono el que me haya obligado a comportarme como no tenía intención de hacerlo.

—¿Y si le digo que sí y luego algún mal intencionado le da a ese acto una interpretación equívoca?

—Los mal intencionados no me interesan. ¿Siendo así, va usted a consentir al fin? Alberto: ¿quién dijo que el militar aprende a obedecer antes que a mandar?

—¡Es que usted no es mi general, pues!, — respondióle en tono festivo el comandante.

—Soy una señorita a la que un cumplido caballero no debe vacilar tanto para confor-

mar; pero puesto que a esta montaña no la derrocan argumentos...

—¡Y como la hostiga usted para que ella ruede!

—¿Que ruede quién? — inquirió la joven para saborear mejor la derrota del comandante.

—La montaña esa que parece ser imposible de franquear y que una mano de niña trueca en tan poca cosa...

—¿Se da usted por vencido, Alberto? ¡Oh, gracias, qué alegría tan grande!

—¿Si yo no cedo aún, Munet, lo diría usted a otro?

—¡Ni qué decir tiene, amigo mío!

—¿Aunque el secreto pierda su encanto?...

—No, lo tendría siempre...

—¿Cómo va a tenerlo si quiere usted que lo divulgue?

—El encanto para mí reside en el fin beneficioso que pueda aportar... ¡Albo, por favor... está usted forcejeando mi paciencia!

—Ese diminutivo... ¿por qué lo ha mentado recién ahora?

—Es para algún Alberto que se porte bien

y no deje pasar las horas gastando las oportunidades con trabas...

—Dígame que no le encomendaría esta misión a otro si yo me negara... ¡Munet, dígame!

—¡Albo, está usted como un niño de exigente e insoportable! No lo podría pedir a otro... y es porque lo ha adivinado usted que me está enojando ¿verdad?

Los últimos acordes, casi siempre lánguidos, del vals, resonaron tristemente para el comandante, que hallábase algo intimidado ante la forma resuelta con que Munet se expresara para llevar a cabo ese plan en el que él veíase indirectamente envuelto. Parecíale sentir aminorada su dignidad de hombre, y ensombrecida su altanería de militar ante tanta abnegación.

—¿Y... qué es eso? ¿vacila usted aún?

—No; estoy decidido, Munet, sólo que pensé que podría a usted punzarla el remordimiento...

Y parándose en medio del salón anunció sin emplear circunloquios:

—Señoras... Señores: La señorita Munet

Leroy, con el objeto de aumentar el importe destinado a esta beneficencia, me ha autorizado que... (aquí la voz del comandante tuvo cierta turbación, como si la palabra que debía emitir sólo fuera accesible para sus labios. Luego prosiguió:) — de rematar un beso... Un beso que ella ofrecerá al mejor postor, reservándose esta condición: El beso será dado en un lugar elegido por ella y ante dos señoritas por testigos.

La sorpresa despertada por las palabras del comandante no tuvo límites. Aplausos verdaderamente frenéticos llenaron el salón, ahuyentando esa atmósfera de apático comedimiento que suele reinar en los bailes del gran mundo, dando al ambiente la entusiasta algarabía que da vida al comentario. Las damas, en cambio, no tardaron en vertir alternativamente conceptos de despecho que acrecentaron el interés de la plática. Sólo tres no participaron del cuchicheo, contemplando con rostro sonriente el alboroto que la enunciación del comandante había provocado. Eran Honorina Ayerza, Pitucha Aldanis y Delia Ortúzar, quienes colocáronse cerca de Munet

muy a tiempo para oír que Elio Terán le dijera a quema ropa, una de sus frases hirientes. Al joven le enervaban los brillantes éxitos que Munet cosechaba con semblante de enérgica apacibilidad, y que hubieran encandilado a la más versada en agasajos y honores.

Bastaba ver a la señorita Leroy para comprender que no era raro hacer todo lo del mundo por lograr uno de sus besos. Su belleza adquiría bajo la exhuberancia de luces, un poder de atracción subyugadora donde el blanco mate de la piel realzábase por el color gris plata de su vestido caprichosa y profusamente adornado de pétalos en el tono de un tenue azul. Sus brazos redondeados y delicados, la firmeza encantadora de todas esas líneas que componen el privilegio del conjunto, atraían la mirada, dominándola.

Alberto acercóse de nuevo a la joven y le balbuceó despacio:

—¡Ah, Munet, que peso va a echar sobre su conciencia!

—¿Un peso?... Pues bien, si es que le habrá, él será dulce...

—Me temo que haya bambollas no sólo de jóvenes... y hasta alguna lid.

—En todo caso, ya sabe que yo sola soy responsable y se defenderme, Alberto.

En ese momento Elio también gritó una cifra sin porfiarla, no porque codiciara el beso de Munet, sino por ser el único en dejar de circunscribirse a la legión de contendientes y llamar la atención por esto mismo; pero quedó extático de sorpresa cuando poco después supo que uno de sus más íntimos amigos, Osvaldo Lavalle, hubo firmado un cheque por una cantidad que bien podía constituir un rico dote.

Honorina Ayerza díjole a la joven sin poder ocultar su alegría: Lástima que haya usted elegido a dos niñas por testigos, Munet, a mí me hubiera agradado muchísimo que Elio le sirviera de biombo... Confiese usted, Terán, que la ingeniosa idea de esta niña no le satisface... que usted no está de acuerdo con ella.

Pitucha intervino conciliadora:

—No sea usted cruel, Honorina, no conviene atizar el fuego, sobre todo cuando los fes-

tejantes están chasqueados en sus esperanzas...

—¡Bah, bah! No soy nuevo en estas anomalías... Ya las niñas no dan el primer beso antes o después de ser conducidas al altar; — pero la dosis de su ironía perdióse entre el tumulto ocasionado por las aclamaciones, que exigían al comandante despejar la incógnita de la *condición* impuesta por Munet.

La joven eludió el compromiso con una de las tretas que saben urdir los que atesoran rasgos de ingenio.

¿No era acaso más consolador que nadie mereciera un premio tan disentido?

Y esta doble sorpresa fué coronada por una nueva salva de aplausos, calurosas felicitaciones y... hasta hurras estrepitosos.

Empero, aunque la mayoría declaró abiertamente su aprobación por el gracioso señuelo de que habíase valido la señorita Leroy para alucinar a los más diestros; los caballeros que no pudieron lucirse en la contienda del remate, especialmente aquellos que no abrigaban esperanzas de que Munet les correspondiese algún día, interesaronse con se-

ñalado despejo en tergiversar el valor de las cosas.

En una de las habitaciones que daban acceso al guardarropa, se agruparon alrededor de un fumoir, los que el azar favorecía para tomar la ofensiva, y, con aire de quien pregona sabias leyes, esgrimieron el arma de la calumnia.

Osvaldo Lavalle, el ganador del premio, rebatía enérgicamente las malignas conjeturas ensartadas por despechados, que, escudándose en una moral solamente aparente, profesábanla para zaherir al adversario. El joven dedujo que esa reyerta no podría anularse con palabras...

Elio Terán no tomó parte en el grupo de los saeteros. Una discreta astucia le hizo seguir el camino de su casa, saboreando de antemano el placer que podía tener oculto para él el remate del beso de Munet; a pesar de que en el salón había demostrado todo lo contrario. Ese golpe de audacia que se juzgaba adecuado para las bataclanas a el le serviría para argüir razones que indujeran a su abue-

lo a desistir de toda idea de matrimonio entre él y Munet.

¿Casarse él, Elio?... Ni que fuera amazacotado de nuevo podría dejar de ser refractario a todo lo que constituyera la tranquilidad de un hogar, con todas sus fieles tendencias. Codiciaba una libertad sin freno ni medida, salpicada de inmoralidad, a la que él llamaba "Meca de la juventud". Y no era raro que sus amigos le oyeran decir: "Hay tanta luz en mi alegría que, si alguna vez una atrevida nube de tristeza quiere sobreponerse empañándola, yo la eclipso en el acto mediante unas copas de espumoso champaña; y en esta *claridad* contemplo serenamente mi ruta entremezclada del barro que recojo aquí y allá; pero en lugar de ruborizarme, como harían los hipócritas, me divierte y me hace pensar que, después de todo, en la comedia de la vida yo no debo ser tan mal actor, pues represento bien el papel que me corresponde. Y es precisamente este pensamiento que me salva de todo escrúpulo molesto y me hace feliz". Su filosofía consistía en hallar la felicidad a través de placeres poco lícitos. Y es que una va-

nidad pomposa, puesta sobre un friso de oro, es capaz de ahogar en un sensualismo destructor toda belleza sentimental. Volcándose por entero en esa vida de disipación física y moral, envolvía inconscientemente su espíritu en ella, y deslizábase con un deseo calamitoso en las emociones que le proporcionaba la tiranía cautivadora de una Mesalina moderna, cuya mareante hermosura embargaba su voluntad, su corazón y hasta su conciencia.

V

Ese dechado de gracia elegante que son la Avenida Alvear y Palermo, dignificados por cierto esplendor idealístico, nos sugiere, como las obras perfiladas con la solemnidad que atesora toda maravilla, un acercamiento del cielo, y, quizá también, la intromisión de magos generosos que hubiesen volcado a las manos hábiles que los construyeron, pizcas de germinadora sabiduría para formar un primor en cada detalle. Sus senderos ofrecen perspectiva multiforme, amena e imponente a la vez, y los jardines de la Rosaleda con ese no se qué sutil misterio que parece agitar la vida de las flores, cual si todas ellas tuvieran un alma en cada corola, sublimada por la seducción de serena majestad que tiene el lago; pues contornea como centinela de cosas que parecen irreales por tan bellas, ese encanto algo quimérico como sugerido por beleño. El

paisaje seguirá revistiéndose de mayores galas, ofrecerá una magnitud inenarrable cuando la señorial Avenida Costanera encierre como en un marco, el delicioso conjunto de los jardines y parques, destinados a ser el edén bonaerense.

Osvaldo Lavalle sentía la presente belleza como si ella se fundiera en su espíritu, deleitándose en la tarea piadosa para él, de asociarla a sus melancolías.

Era un joven de regular estatura, de tez muy blanca y cabellos de un rubio demasiado claro, que, junto con su voz de timbre suave, algo mujeril, conferíale ese aire melindroso y aniñado de los muchachos que han dejado por primera vez el seminario. No obstante ese destemple en su físico, Osvaldo Lavalle poseía un carácter muy viril, y todo su porte hacía presentir ese sello de aristocrática bondad, propia de los seres de noble prosapia. Poseía también un corazón ardiente y apasionado, capaz de las más sólidas abnegaciones, de los más vigorosos ahincos, además de esa virtud que caracteriza y distingue a los hijos

de este cielo, cuya mente perspicaz es accesible a las ideas.

Apenas convaleciente de varias semanas de fiebre por una herida recibida como consecuencia de un duelo que puso en peligro su vida, al joven le fué permitido pasearse por Palermo, al sol furtivo que parecía jugar al escondite con esa tarde de Julio, mientras él saboreaba el goce muy íntimo de dejar vagar sus pensamientos hacia los linderos sin valla ni tropiezos de la ilusión.

Ningún pesar, como tampoco ningún rencor le había dejado ese duelo secreto por defender a la que amaba. Y en esos instantes de triste sosiego. El solo recuerdo de ella parecía prometerle miles hechizos... Cambiar en delicias la suposición atormentadora de una negativa, dejándose absorber por la imágen risueña que se mostraría esquiva tal vez, vedándole la palabra que enlaza, el *sí* pequeñito, capaz de convertir en un ápice, una cruz en un trono, un lamento en una sonrisa, una queja en júbilo... Interponía tanta ternura para juzgar a la que ignorando su pasión mostrábase indiferente, que, a fuerza de despuntar orti-

gas, de endulzar desdenes, la misma bala tenía para él la suavidad de nombre: *Munet,* y la herida, la extensión de un mote: *Mendiga de besos.*

Un toque de bocina que parecióle reconocer, lo arrancó del ensueño en que estaba sumido. Al darse vuelta vió un rostro que lo turbó como si su dueña hubiera penetrado en el rincón de sus soliloquios, descubriendo su secreto.

Verla en el preciso momento en que pensaba en ella le pareció a Osvaldo Lavalle la más preciosa de las concesiones. La joven que manejaba el automóvil detuvo la marcha cerca de él y le interrogó con una sonrisa que Lavalle juzgó capaz de apagar el brillo de una estrella, mientras tendíale una manito enguantada:

—¿Está usted mejor, señor Lavalle? Supimos por Elio que estuvo usted enfermo.

El joven sobresaltóse: ¿Habría hablado Elio a pesar de su promesa? Pero Munet lo serenó muy luego, añadiendo sin que se borrara su sonrisa:

—Ha bailado usted demasiado, y tal vez haya sido ese el motivo de su malestar.

—¿Y es usted quien dice esto, señorita Leroy?; usted tan seguidilla que parece tener azogue en las piernas cuando oye los primeros acordes de un bailable!

—Sí, pero a mí eso no me resfría...

—No me explico por qué Elio les ha informado a ustedes que yo estuve... resfriado — exclamó con aire de defender una acusación bochornosa.

—No se desole usted, señor Lavalle; ha sido la casualidad que desmorona los hechos, cuando no la guía alguna buena intención. Papá Livio me trajo esa noticia porque su nieto se escusó de acompañarlo hasta casa, puesto que debía verlo a usted que se hallaba afiebrado: ¡Ya está! Pero si le desagrada que lo sepan cuando se constipa usted, yo he de fingir ignorarlo... Sin embargo, puede hacer deposición de ese enojo pues su semblante no está abotagado; por el contrario, nunca me ha parecido tan...

El joven se apresuró a inquirir ansiosamente:

—¿Tan?...

—¡Tan simpático!

—¡Gracias!... Es usted tan buena, señorita Leroy, que sería capaz de manifestarle al mismo Mandinga que lo encuentra lindo, por no desairarlo.

—¡Osvaldo! — llamó ella, olvidando por la prisa el *señor*. El joven, alentado por esa familiaridad, no quiso desperdiciar la ocasión de saber si los sentimientos que ligaban a Munet con Elio, eran análogas al que habíale sugerido el denuedo de inmolar su vida a un sacrificio:

—Señorita Leroy: yo pienso en que Elio ha de abrigar muchas esperanzas de...

La joven comprendió la vacilación de Lavalle; estaba acostumbrada a que el mundo atribuyera como su mismo protector, a cariño escondido la indiferente actitud de Elio para con ella, y díjole interrumpiéndole:

—¡Por favor, amigo mío! ¡No vaya a pensar también usted que ese petimetre elegante de muchacho me hace la corte; tendría gracia!

—¿Le parece a usted tan inverosímil esa gracia?...

—¡Sí, naturalmente!

—¿Por qué?...

—Porque en lo único que ha demostrado tener cordura su amigo es, precisamente en no tomarme a lo serio. — Y una risita impetuosa, como impaciente por no surgir antes, hizo dúo con el ruidito del motor; una risa que tuvo la ventaja de desoprimir al joven, como si desterrara todas las conjeturas hilvanadas por su temor aún irrazonado, aportándole sensaciones nuevas, venturosas, que hubiéranse despabilado al timbre zalamero e insinuante de su risa.

Quizás a causa del poder que esa emanación de alegría despertó en Osvaldo, él no pudo evitar de prorrumpir a su vez en una carcajada que pareció agradable a Munet:

—¡No; no puedo pensarlo, me parecería una abominación creer en semejante cosa! Verdad que Elio es muy buen amigo, pero está a cien leguas por debajo de usted. ¡Tan lejos como puede estar de mí ese beso... ese beso que usted ha rematado y que su... socarronería, (perdone el atrevimiento del adjetivo), le ha evitado dar!

—¡Qué malo es usted al recordármelo! — repuso ella sin ningún rubor. — No creí nunca que se pudiera disparatar hasta el extremo de conceder esa suma "atrevida", también, por un beso...

—Así debe calificarse el hecho de no quererlo dar... — Pero el joven arrepintióse de haber lanzado esa frase que juzgó ligera u ofensiva, y agregó:

—¡Señorita Leroy: a usted no debe enojarla el que yo sienta un deseo bien justificado de percibir un premio tan hermoso, que alegue de todas las razones para reclamarlo!

El joven hablaba más bajo, él pensaba en su herida y en la cicatriz que para toda la vida ostentaría en el rostro su adversario. "¡Si ella supiera, — decíase —, si ella supiera de qué forma me hice acreedor a la gloria de un beso suyo!"

—¡Señor Osvaldo, sea un buen amigo... No juzgue usted a ese beso sino como factor de una acción noble, se lo ruego! Mi ocurrencia va a comenzar por darme escalofríos si persiste en no abdicar de toda su autoridad en ese asunto...

La joven hablaba seriamente, dando a sus palabras la entonación de un reto. Lavalle sintióse sorprendido y casi mortificado a la vez.

—Esa triquiñuela no fué concebida sin objeto determinado, ni por mero capricho. Usted lo sabe, puesto que ha favorecido a quienes tienen más necesidad que nosotros de ese consuelo que puede aportar el dinero... El contacto material quebraría la pureza del propósito.

—¡Oh, eso no, señorita Leroy!

—¿Qué no, dice usted?

—Estoy convencido que nuestro... que nuestro beso sería una complicidad mejor en esa obra de bien.

—Habla usted de acuerdo a su deseo...

—Es que sería un beso inocente, señorita Leroy.

—No lo dudo, señor Osvaldo.

—¿Entonces, si es así, por qué?...

—Porque es más inocente atenerse al bien, aún sacrificando un deseo... ¿Acaso supone usted que yo no he arriesgado algún adarme de dignidad en esa beneficencia?

—¡Cómo! ¿Por qué dice usted eso? — inquirió el joven, extrañado ante la justa intuición de Munet.

—Sí; hay siempre quien aprueba y quien censura; pero no importa, amigo mío: "la nada no hace nada"... Se que los pequeños favorecidos pronunciarán nuestros nombres con la sonoridad de una bendición, y quizá sea ese el mejor diagrama de buen agüero para nuestras vidas.

El joven embriagábase al oirla. ¡Qué dulce desafío fluía a través de sus palabras y de cuántas delicadezas estaba adornado ese corazón rebelde hasta entonces a la seducción que avasallaba el suyo! Jamás, por vanidosos que hubieran sido sus sueños al forjar un carácter de niña bocetándolo conforme a sus aspiraciones, aun agigantando de exquisitas cualidades la ilusión acariciada, parecíale que no habría sido capaz de crear ese portentoso milagro de ideal que tenía a su lado. Y no obstante, habíale imaginado encantos a esa compañera del porvenir que su fantasía modeló con el cariño que enlaza a toda ensoñación... pero permaneció lejos de

la verdad. Munet era más que la belleza y la alegría que pueden coronar de flores perfumadas la senda dudosa del mañana. ¡Y qué difícil hacíasele reobrar contra la emoción. de todo su ser al comprobar que ella sola podía darle la felicidad de toda su existencia!

—Dígame usted por fazor, señorita, ¿qué hada le ha sugerido aquella noche su poder, para que huyera con tal arte de su compromiso?...

—¿Se refiere usted al del remate?

—Sí.

—No ha habido hadas... Ellas ya se han vuelto perezosas a fuerza de no inmiscuirse en las travesuras del mundo.

—¡Es que ha pactado usted con Dios, entonces?...

—Tampoco, señor Osvaldo; Dios no insinúa engañifas...

—¡Ah!

Ella le miró sonriente y con admirable naturalidad explicó: — Son de propio Marte.

Contempló el cuello de suaves iridescencias de algunas avecillas que rozaban en un ligero aleteo la superficie del lago, y Osvaldo

Lavalle no tenía a sus órdenes la expresión que resumiera claramente su admiración por ella.

La señorita Leroy tendióle la mano disponiéndose a marchar, y el joven al sentir el contacto de sus dedos, sintió la sensación emotiva de que su alma entera había sido aprisionada por su diestra diminuta.

—¡Adiós, señor Osvaldo! — musitó alejándose.

—¡No adiós: hasta siempre, señorita Munet!

Ella volvió la cabeza bosquejando la misma sonrisa que parecía conjurar todo peligro: tal vez porque se le reveló al joven como precursora de mejor ventura.

VI

No es difícil incurrir en falta garrafal cuando un corazón se somete a la única ambición de hacer un bien, cualquiera que sea el medio de que se valga para ello.

La señorita Leroy no supuso que tal agudeza iría a transformar las dulcísimas horas de su vida, nunca turbadas por algún pesar, y a enmarañar de arideces el dorado cariz que los hechos habían tenido hasta entonces para ella, empavesando de lilas el camino sin escombros de su coqueta y trepidante fantasía.

¿Qué ramalazo mal intencionado cambiaba de la noche a la mañana en plomo el oro?

La joven no podía atribuir a una razón determinada la actitud pesarosa y hasta agria que ensombrecía la armonía existente entre ella y su protector; pero el anciano no era el mismo. No celebraba ya con placenteras

sonrisas sus chistosas ocurrencias, ni mostrábase indulgente para permitirle que diera libre albedrío a sus expansiones de correr en su automóvil por lugares que eran de su agrado, y dejaba oir a Munet muy frecuentemente el hostil "no quiero".

No obstante nunca como entonces ella había ensayado todas las gentilezas de que era capaz para reconquistar su anterior benevolencia. Y esta insospechada metamórfosis asediaba con tanto tesón esa cabecita que había alambicado jocosas maquinaciones, que el intrigado ¿qué será? ejerció importante influencia en sus aprensiones, llevándola bien a pesar suyo a desistir de sus monerías y afectando por consiguiente la natural templanza de su carácter. ¿Qué ingerencia tenían con todo esto sus presentimientos, para hacer que se desgajaran sus ideas festivas como se desgajan los árboles de sus hojas secas al roce repentino de un vendaval? Las circunstancias, el tiempo... ¡cuántas cosas nos deparan que luego vienen a demoler nuestros planes, a destruir nuestras quimeras, y, finalmente, a ahogar nuestras esperanzas!

No cabe duda: el destino es el amo que se encarga de echarnos en cara las forjadas ilusiones de ventura, como manojo de flores marchitas! Y era ese duende siempre misterioso e ignorado que ensarta perlas en la senda fácilmente vislumbrada de rosa, o acorrala y blinda el corazón con sus irrecusables designios, el que defraudaba los gratos celajes del espíritu de Munet, poniéndolo en estado de duermevela.

Mientras tanto Livio Terán iba poco a poco perdiendo energías, y postrado en un abatimiento que se agravaba de grado en grado. Obligado a permanecer en el lecho sin remisión alguna, sólo hallaba lenitivo a su mal con la presencia de Munet, quien apenas se separaba de su lado.

La joven achacó a la enfermedad el cambio operado en el anciano, sintiéndose desfallecer de pena y de arrepentimiento al comprobar que ella había hecho deducciones capaces de alentarla a tomar represalias. Na-

da de esto era verdad. El miedo de perderle le sugería ilógicas ideas, haciéndose culpable de una falta que no había cometido. Y estas suposiciones, hijas de un temor que poblaba su mente de imágenes turbulentas, movidas como pájaros ahuyentados en su jaula, redoblaron su vigilante solicitud, avivando su ternura.

Al primer ataque sucedió una mejoría que Livio Terán aprovechó para departir con su nieto Elio.

Munet arrebujóse en su tapado para dar unos pasos en el jardín, hallando placer al sentir la oleada de aire frío en su rostro, después de haber serenado su espíritu mediante la fervorosa plegaria que diariamente elevaba al cielo, con la fe de disputarle a la muerte esa vida que hacíasele más preciosa cada día.

Al pronto detúvose inquieta al oir que las voces de Elio y del anciano tornábanse más fuertes. Estuvo tentada de entrar en el aposento para hacerle presente al joven que si procuraba una discusión, ésta podía acarrearle graves consecuencias a su padre adoptivo.

Pero el joven no tardó en presentarse ante su vista. Munet esquivaba toda ocasión de conversar a solas con él, por no verse obligada a hacer uso de una descortesía que en nada concordaba con sus costumbres, pues sabía experimentalmente que si motivaba algún coloquio, Elio no se substraería al acto de fijar tiros a sus despectivas frases para herirla, y ella amaba la misión de Iris de Paz, tanto como detestaba la del eje de la discordia.

Al verle tendióle la mano a guisa de despedida, dispuesta a irse hacia la alcoba del anciano.

—Escúchame, Munet, porque creo que aligero un escrúpulo al referirte algo que no debes seguir ignorando.

—¡Ah! ¿Se trata de papá, verdad? — inquirió alarmada.

—¡No, no! Es sobre... ¿Recuerdas la noche del baile de los de Ayerza, después del remate?

La joven hizo un gesto que denotaba no preocuparse ya del asunto, pero Elio no tenía otra cosa entre ceja y ceja que abordar el tema, y prosiguió:

—Yo no quiero tener en ti una enemiga, sino una aliada, Munet.

—¿Una aliada en mí?... Esta introducción va a terminar por abrumarnos en disgresiones enojosas, Elio... aunque advierto que estás haciéndote de miel...

La perspicacia de la joven al hacer volar sus réplicas, no agradaba a Elio, avaro en reconocerle alguna habilidad a la señorita Leroy.

—Hasta ahora he sido uraño contigo, es verdad; pero ya ves que mis impresiones respecto a ti no han de ser tan malas, puesto que prefiero reconciliarme...

—¿Y... a qué viene esto?

—A un deseo muy cuerdo, Munecita.

——Concedes demasiado... No veo la necesidad de tener que decirnos cosas inconexas, cuando tú no me quieres y yo te correspondo... — Mientras hablaba, la joven se dirigía a la escalinata que conduce al hall, pero Elio la toma del brazo para retenerla.

—Por una vez puedes dignarte a oirme. Abuelito me ha dicho que trate de hablar con-

tigo. Sabes que está tranquilo, y que Vinica le acompaña.

—Está bien: una vez no hace costumbre.

—¿Quieres sentarte en este banco y permitirme que me siente a tu lado?

En ese momento ella sentíase casi aliviada de aprensiones a causa de la mejoría de Terán. ¿Era esa tímida alegría que le daba la paciencia de escuchar a Elio, y aún de ser un poquito buena con él?

—¡Sí, flamante amigo! — respondió con sonrisa afable.

—Puesto que estamos de acuerdo en no querernos bien, como tú dices.

—Ten cuidado, Elio, no sería difícil que bajo tu fría actitud para conmigo, se mezclara sin querer y como por acaso, alguna burbujita de cariño.

—En tal caso yo sabría hacerle honor, Munet.

—¡No! Para percatarse de que ella existe, habría que tener sensibilidad, y tú, pobre amigo mío, careces totalmente de tan valioso tesoro.

—No es eso; lo que tú no perdonas es el

no poder contarme entre la turba de tus admiradores.

—¡No te engrías! Si hay verdaderamente una razón por la que se aminora mi rencor hacia tí, es, evidentemente, porque te estoy agradecida de que no sientas por mí esa simpatía que todos califican de precursora del amor... Toda vez que se afiance en seres que han nacido para comprenderse: claro está

—¿De modo que salgo siéndote deudor de un sentimiento de gratitud?

—Sí; alguien cree que se es siempre esclava del amor que se inspira...

Su risa de cristal surgió burlándose del rumbo que tomaba la plática, causándole gran sorpresa al no ver en Elio ese aire de turbafiestas que solía mostrar estando en su compañía. En la disyuntiva de acaparar odio o afecto, ¿quién vacilaría en la elección de esto último?

—¡Aquí estamos, entonces! — exclamó el joven, impaciente por enfrentar la cuestión que le interesaba.

—Yo no tengo la más leve intención de es-

clavizarte bajo ningún concepto; pero Osvaldo Lavalle merece un sentimiento menos quebradizo que el que sin duda sientes por él.

—¡Ah! ¿Lo dices porque ha sido muy dadivoso en el remate?

—No.

—La verdad es que se le fué un dineral.

—Casi pierde más que eso, Munet; quiero que lo sepas... Se ha batido a duelo con Sagasti, porque te ha motejado de Mendiga de besos.

La joven púsose inmediatamente seria y tuvo una expresión aviesa en sus ojos al decirle:

—¡No es cierto, tú mientes, mientes!

—¡Pero si he sido su padrino junto con Ortúzar!... De esto hace ya más de dos meses, y, felizmente, Osvaldo está restablecido de su herida. El te ama, Munet... y si alguien exigiera de ti que unieras tu vida a... cualquier otro, no está de más que sepas de lo que ha sido capaz de hacer por defenderte, ese admirador ignorado hasta hoy.

—¿Pero entonces no es falso este horror? — Inquirió la joven con nerviosidad contenida.

—¡No hay nada más exacto!

—Lo he visto la semana pasada a Lavalle en Palermo, y hasta estuvimos de palique echando a broma un resfrío...

El timbre de voz de Munet y la palidez de su semblante daban al joven muy clara idea del desorden que le había causado la noticia.

El prosiguió:

—Ortúzar lo ha exhortado a hablarte, y hasta pensó en hacerlo él mismo; pues parece que Osvaldo no cree mucho en que le correspondas.

—¡Dos hombres a riesgo de perder la vida por mi culpa!

Elio no omitió ningún detalle, ni siquiera las censuras y comentarios que la astucia de Munet había provocado; y la joven le dejaba decir ¡tan monstruosos se le aparecían los resultados de su afán por mitigar ajenas miserias!

—Osvaldo siempre se ha desvivido por ti; hasta aquella noche en que viniste a casa a pie, a pesar de la tormenta, ¿recuerdas?

La joven le dirigió una mirada que hubie-

ra hecho parpadear de emoción al menos avisado en afinidades de sensitiva.

—Osvaldo, que te había visto en la estación Retiro, tomó el mismo tren y te siguió hasta Olivos, concretándose en permanecer más bien alejado de ti para que no lo vieras... La obscuridad le hizo perderte de vista, pero imaginó el camino que habías tomado y anduvo por esa dirección hasta pararse frente al chalet y ver las luces encendidas. Esto hubiera podido tranquilizarle, porque lo que le hizo llegarse aquí, era el temor de que te hubieras caído en las calles enlodadas. ¡Qué se yo! Lo cierto es que con todo esto no puso el ánimo en paz hasta no preguntar por teléfono si estabas en casa... Cuando el abuelo le oyó decir a Vinica que *era de parte de una amiga,* supuso que fuera Pitucha...

—¿En cambio había sido él, Osvaldo? — interrogó la joven infinitamente turbada por todo lo que acababa de oír.

Aun después que Elio se hubo marchado, Munet permaneció en el mismo sitio, sumida en tristes reflexiones.

Los hechos narrados con la acostumbrada indiferencia del joven, suscitaban en su corazón bondadoso, un desborde de conmiseración y simpatía hacia Osvaldo, que la emocionaban.

Ella no hubiera prestado al ser que sus probables ensueños favorecían, los rasgos fisonómicos de Lavalle, de Sagasti, ni de tantos otros que esperaban de sus donaires algo más sólido que un trato benevolente y desinteresado. Las facciones, como las dotes de un carácter masculino, habían sido bosquejados con la vaguedad de una nebulosa: dócil al mando de alejarse si molesta, o permanecer en la mente algunos instantes si se asemeja a una ilusión entretenida.

Pero ese cariño inconfesado, y por ende tan respetuoso como vehemente, lleno de protector arranque y valiente mansedumbre, era cosa desconocida hasta entonces para quien como ella ignoraba la pasión.

Munet levantóse lentamente, como si el peso de los pensamientos trabara la acción de sus miembros.

Quizá entre tantos que eran, uno imperaba

con la presunción de señalar una meta... Puesto que sentíase protegida por un amor verdadero, y ya que no a bufidos se conquistan quereres... ¿por qué no suponer que si no estaba aún en sazón su cariño, florecería algún día?

VII

El esquife que una racha de bonanza movíalo hacia la dicha de Osvaldo Lavalle, había tropezado con inopinadas combinaciones, pródigas en desencastillar propósitos que no habían tenido tiempo de ser firmes, antes que la gentil complacencia de Munet para el joven, pudiera degenarar en un sentimiento diverso...

Una obediencia que habíase resistido para terminar por permanecer inflexible, conturbó el ánimo de la señorita Leroy, llevándolo a una depresión tal que parecía inducirla a cortar por lo sano y para siempre con anteriores placideces, hilando maquinaciones hasta tejer una redecilla nada frágil, de cuya malla no debía escabullirse ninguna desesperanza.

¡En qué breve lapso de tiempo los sucesos parecían confabularse contra ella!

Su respeto al único padre conocido y ama-

do, el anhelo piadoso de remediar las postreras horas de esa vida que un soplo impalpable prestábale aliento, hízola ceder al deseo deleznable de convertirse en la prometida esposa de Elio Terán.

Ella no se explicaba de cómo Elio, después de haberle hecho conocer los sentimientos de Osvaldo, se había prestado con aparente satisfacción, a condescender a la última voluntad de su abuelo; de cómo, al cabo de oponer razones, ella misma inhábil para seguir discutiendo con su protector enfermo, habíale dicho con llanto a duras penas contenido: "Haz lo que quieras, papá Livio".

Es verdad que en la parte que le correspondía a ella en su relación con el joven, nunca virtió una migaja de odio: pero... aun apelando a toda su energía para trocar en llevadera la obligada misión, ella temía que ese convenio terminara por fundirse en una lucha estéril al acuerdo, capaz de relajar el más afectivo de los caracteres, despojando el alma de toda belleza porque la reducía a un estado de postración en que sólo el dolor y el desprecio al prójimo y a la vida se anidan.

Pero he aquí que una cabecita de diez y ocho años es bien capaz de resarcirse de varias horas perdidas en columbrar en vano siniestros conflictos y pesimistas reflexiones.

Después de breves días de dejar que se agolparan a su mente ideas desprovistas de toda suavidad, Munet optó por no ser consecuente con tales pesadumbres.

La alegría innata en ella sugeríale razonamientos análogos a los que virtió Pitucha en una de sus conversaciones: "El principal hechizo estriba a menudo en no sondear enojosos problemas"... ¡Ah, si papá Livio sanara! — terminó por pensar — No carecería de entretenimiento mi noviazgo con Elio... Yo encararía valientemente la situación de desatar los intrincados nudos que sólo ese tarambana puede proporcionarme, ¿y quién sabe si el arquero vendado le demuestra que sé hacer algo mejor que agavillar indiferencias?...

Quizá la joven buscaba una distracción al destronar penosas conjeturas, para someterse con sonrisa pizpireta a la tarea de solucionar, por medio de placenteros pensamientos,

las complicaciones que podían surgir de un matrimonio de desavenidos.

Su lema no distaba mucho de esta norma de conducta: Desde que debemos hacer algo en contraposición con nuestros deseos, y puesto que la senda por atravesar está emborronada de tinieblas densas... ¿si intercaláramos un poquito, o más sabiamente aún, muchos, muchos quilates de buena voluntad?

Hacía casi una hora que Munet velaba el sueño del anciano, sentada muy cerca de su lecho, mientras prestaba la mitad de su atención en una labor de encaje. Sus miradas posábanse frecuentemente en el rostro adelgazado de Terán, quien tenía una idea temerosa de la obscuridad, bien definida por él, que ya no podía soslayar la presencia inminente de la muerte.

Por los postigos de par en par abiertos, filtrábanse débiles rayos de un sol lleno de enternecedora fijeza, aminorando la tristeza del conjunto con su influjo bienhechor.

La joven sentíase aflijida por honda pena al notar los estragos que el mal iba confiriendo en ese plácido semblante.

De pronto el anciano abrió los ojos y viéndola en actitud de tierno cuidado, la llamó con voz lenta:

—¡Hija, hija mía!

Rodeó ella dulcemente un brazo alrededor de su cuello, y como una congoja subíale a la garganta, le apretó fuertemente hacia sí. Terán miró el sol, y comparando su poder con la seducción que emanaba de quien tenía a su lado, díjole después de besar los sedeños cabellos de la joven:

—Háblame, hijita; tu voz ha traído siempre un rayito de sol a mi alma.

—¡Mi papá Livio querido! ¿Te sientes mejor entonces?

—¡Sí, sí, mucho mejor!

Ella comenzó a rememorar dichosos días, como si quisiera rendir un tributo de agradecimiento a tanto bien recibido. Peroraba hechos, picardías que no habían tenido castigo, adornando cada detalle con comentarios rebosantes de admiración hacia quien habíale

dado todo, exigiendo, en cambio, una obediencia que el anciano suponía capaz de labrar la felicidad de ella.

Munet quitó el brazo que había rodeado el cuello de Terán temiendo cansarlo, y acarició con su mano tibia la frente de su protector. Le miró esperando que dijera algo y le pareció ver brillar una lágrima en sus ojos.

—Papá; pero... ¿qué pasa ahora, por qué?...

—No te asustes, hijita... Me has hecho revivir en un instante todo un pasado lleno de dulzuras. ¿Cómo quieres alegar que no me has aportado ningún bien correspondiendo al que has recibido? Fuiste siempre buena para este viejo solitario, Munet; por ti he aquilatado el alcance de esta frase: "La alegría del hogar".

Y repentinamente su rostro adquirió un tinte enérgico al decir:

—¡No; no puedo creerlo; son todas mentiras!

La joven sorprendióse, pero el anciano siguió hablando:

—¿Quién sabe, Munet, si no te he causado yo alguna pena!...

—¡Papá!

—Sí, querida; pero tú me perdonarás; lo sé... Ahora quiero que me prometas satisfacer otro deseo, Munet. ¿Recuerdas aquel rosal pequeñito que plantaste en el jardín cuando recién nos mudamos?

—¡Sí, papá, es tu único orgullo!

—Y bien, yo quiero que quites después de mi muerte algunos gajos de ese rosal, y los coloques en el terrenito que está frente a la bóveda de los Terán.

—¡Sí, todas, todas las rosas, papito! ¡Oh! — exclamó al pronto, comprendiendo que al acceder, acercaba la idea de su intuición al desenlace funesto que el anciano mencionaba.

—¡No, papá Livio, no hables de morir, no quiero, no quiero! — gritó besando las manos de Terán y cubriéndoselas con su llanto.

—No te agites así, pequeña... Yo soy ya viejo y achacoso, mi corazón no responde más... ¡Si supieras cómo siento esta verdad! No quiero irme sin hacerte este pedido... Esas florcitas que retoñarán junto a

mí y a mi hija, me acercarán al cielo, Munet. Además, el cuidado exquisito y la inteligencia que tú pones en tus tareas, hará germinar a tu favor una fortaleza de votos que te harán dichosa. Y sobre todo... óyeme bien: nada de luto después de un mes que yo me haya ido... Quiero que vayas a verme vestida de claro, como debes vestir de claro tus sueños de recién casada...

La joven no pudo reprimir un sollozo:

—Papá: ¿no comprendes que me haces sufrir atrozmente hablándome así?

—¡Anda, zoncita! el prever no trunca los hechos ni los apura; al contrario... ¿qué más da que me prometas si esto no me ha de hacer morir más pronto?... Espero poder conducirte a la iglesia y festejar tus esponsales...

—¿Entonces por qué quieres que nos casemos por el civil mañana mismo, como le has dicho a Elio hace unas horas?

—¡Bah: así no más, porque sí... porque la precaución es una ciencia, nena! Y... hay otra cosa: me he vuelto obstinado, ¿verdad?

—¡No, nunca fuiste obstinado, papá!

—Entonces, puesto que hay que hacerlo... cuanto antes, mejor. Luego tú no sabes. Recién después que las parejas han firmado empiezan a tomar en serio su situación y se aperciben que van hacia una nueva vida... Antes, ¡oh! antes es como una jugarreta fácil a deshacerse al menor contratiempo; nada mejor que esperar en un noviazgo más sólido y verdadero el día en que han de unirse. ¿No lo crees tú así, Munet?

Su réplica no habría sido quizá muy acorde; pero esa condescendencia que usan los fuertes para los débiles triunfó sobre su voluntad, como su cariño había triunfado antes sobre su lógica.

—Sí, papá Livio, lo creo así.

—Pero a todo esto has eludido el compromiso de jurar...

—¡Otra vez, papá! Y bien, juro hacer cuanto me pides. — Y para sí, ella añadía: "¡Dentro de muchos años, si Dios quiere!"

El anciano la besó largamente.

—Si mañana estoy como hoy, he de asistir en pie a vuestro enlace.

La joven lo arropó mejor, obligándolo a

apoyar la cabeza en la almohada, pues Terán habíase incorporado hasta sentarse en el lecho; tal era el entusiasmo que suscitaba en su ánimo la idea de que sólo faltaban algunas horas para que se realizara uno de sus sueños más bellos.

—¡Ah, señor mío... ya cree usted que puede confiar mucho en sus fuerzas!

—¿Sabes, querida, que no me apena nada estar enfermo?

—Papá, esto que dices certifica que progresa tu mejoría.

—No es únicamente eso... quiero decir que con una enfermera como tú, el mal es puro dulce.

—¡Lisonjero!

La joven alejóse recomendándole juicio, pero volvió en un tris, trayéndole una comida frugal que había hecho preparar para el anciano, y que a él le pareció de perlas.

Después de una noche transcurrida en un sueño que reparaba anteriores desvelos, Munet despertó casi contenta, no obstante re-

cordar que debía esperar al juez del registro y a dos testigos.

Oíanse sus pasos rápidos y suaves ir de un lado a otro de los aposentos, tratando de dar a todo cuanto la rodeaba el aspecto festivo de los grandes acontecimientos.

Ningún invitado a esa boda, que casi tenía aire de cosa estrafalaria. Elio había expresado esa voluntad y el anciano dábale razón. Pero lo que más extrañaba a Munet era la atención del joven Terán al desear que otro médico, de cuyo diagnóstico no podían admitirse dudas, viera al anciano para asegurarse si esa breve escena del matrimonio no llegaría a ser dañosa para su pobre corazón.

"¡Cómo nos engañamos al vertir juicios sobre los seres a quienes creemos conocer perfectamente!" — pensaba ella. — Elio se ha portado mucho mejor de lo que yo hubiera esperado de él".

El joven le había dicho la víspera al marcharse:

—Podremos casarnos en su presencia; pe-

ro es absolutamente necesario que guarde cama.

Ella pudo entonces preocuparse de cosas que jamás parecen fútiles a una mujer distinguida. Comprendió que era de rigor estrenar un vestido en esa ocasión; eligió el último adquirido y que no había usado aún debido a las pródigas sorpresas verificadas en los últimos días.

Lo raro no sería engalanarse para *él*, pero sí de sorprendente rareza que este *él*, fuera el despreciativo y casi despreciado Elio. ¿No podía ser esto mismo el comienzo de una aventura que pudiera provocar disensiones, extremaunción, y... hasta hacer morir de resultas?...

Una risa dulzarrona animó tales ideas. Ni por un momento admitió que, aún después de desposarse, ella sería su mujer en la completa acepción de la palabra, sin que antes él la hubiera conquistado. Y lo más probable que esto, sin que ella le hubiera hecho sentir cierta seducción que desentumecería las heladas fibras de ese marido ocasional.

"¡Dios mío!" — pensaba — ¿Cómo puedo

hacer un chiste con lo que debería considerar con azoramiento y temerosa duda?

Pero el corazón que no omite en casos decisivos o extremos su veredicto de circunstancias; esta vez no actuaba más que como medio de plácida adhesión, lo que no dejaba de ser ventajoso síntoma. Dejarse arrastrar por lo irremediable con tal disposición de ánimo, ¿no era acaso aminorar inteligentemente la pena?

A las once llegaron los testigos y el juez. La joven seguida por sus miradas más que insistentes, mezcla de admiración y estupor que le extrañaron, hízolos pasar a la alcoba del anciano.

Un cuarto de hora más tarde extendióse el acta matrimonial con una gravedad no exenta de misticismo.

VIII

En un instante de tregua para sus lágrimas, Munet escuchaba las palabras de consuelo vertidas por Pitucha Aldanis.

Al atardecer de aquel mismo día en que sentado en su lecho asistió al matrimonio de su hija adoptiva con su nieto Elio, Livio Terán habíase ido para siempre, bendiciéndola.

Tres días habían transcurrido desde que la señorita Leroy convirtióse en la señora Terán, pero la joven creía haberlo soñado, por cuanto no hubo oído ni una sola frase alusiva al respecto.

Tantas manos amigas habían estrechado las suyas en esos días de duelo, tantas frases afectuosas y alentadoras trataban de infundirle resignación, que Munet les hubiera revelado lo que Elio quería que fuese un secreto hasta no celebrarse el acto religioso.

Ella sentía como si una voluntad venida

de otro ser más fuerte y poderoso, hubiérase introducido cautamente en su corazón para que no tuviera al respecto ningún pesar. ¿Era acaso la ternura infinita que acompañó las postreras horas de su papá Livio la que perduraba en ella para que desechara toda idea de arrepentimiento al hecho consumado, que hubiera juzgado como absurdo o deleznable? ¿O era quizá porque no había tenido tiempo aún de recapacitar sobre los advenimientos?

Era necesario pensar en obligaciones que le incumbían muy particularmente y que sólo ella debía cumplir. Dejó a Pitucha en su saloncito y dirigióse al escritorio del anciano para abonar una cuenta. Le entregó a Vinica el dinero para que ésta a su vez lo pasara al acreedor, y permaneció sumida en la misma tristeza que parecía revestir los muebles de esa alcoba donde solía habitar el querido ausente. Abrió sucesivamente dos cajoncitos del bufete para encarpetar papeles cuyas puntas emergían fuera, dando el aspecto de una tarea interrumpida con cierto desorden para comenzar acto después. Vió que eran cartas que no habían sido puestas en su sobre, pues

éstos permanecían mal doblados por la presión del cajoncito al cerrarse, como si estuvieran de más en ese sitio. Para ordenarlas, tuvo que abrir las misivas, y al darles el pliegue adecuado, su nombre y el ultrajante apodo de "Mendiga de besos" picaron su curiosidad, obligándola a leerlas. Al pronto tuvo una indecisión, creyendo cometer una falta; pero la idea de que el anciano habíala hecho heredera del chalet y sus existencias desvaneció todo escrúpulo.

¡Eran anónimos!

Creía estar segura que el anciano había ignorado, primero la algazara y luego la reyerta provocada por el remate en el baile de los de Ayerza; empero ahora veía que un malvado se hubo prestado a enunciar el hecho, oficiando de correveidíle.

Acusaciones falsas zaherían a la joven en las líneas que desde hacía un mes llegáronle a Livio Terán cada semana, según indicaba la fecha. Comprendió en seguida por qué el día antes de la desgracia había exclamado el anciano: "No, no puedo creerlo, no puede ser... Son todas mentiras". Y luego, estas

otras: "¿Quién sabe si no te he causado yo alguna pena?"

Tales infamias habíanlo predispuesto en contra de ella, y *¿quién sabe* si no han sido las que precipitaron su fin?

Munet nunca había tenido del mal una noción exacta. Jamás supuso que una ajena maldad pudiera transformar el curso apacible de horas ennoblecidas por un cariño que parecía resguardar de sombrías posibilidades.

Lo que saltaba a la vista al leer esas esquelas, emburrujadas con bastante mala gracia, era un deseo inconfesado de que Livio Terán no debía insistir en casarla con Elio.

Munet imaginó que alguna admiradora del joven convertido en su marido, había dado más rápido desenlace a una solución queriendo evitarla... Pues el anciano no había estado lejos de creer que después de *su locura,* ella no encontraría fácilmente quien se animara a pedirla en matrimonio.

Vinica entró anunciándole que el joven Terán deseaba verla y que había querido esperarla en el salón, pues sabía que la señorita

Aldanis permanecía en la salita donde Munet solía recibir a sus íntimos.

Ella fué a su encuentro y tuvo una sonrisa tristísima al tenderle la mano.

—¡Al fin puedo hallarte sola, Munet! — díjole con aire de contento como si celebrara la evidencia de estar con ella en íntimo coloquio.

Después que se hubieron sentado, él le habló así:

—Tú, que eres tan moderna, debes comprender que hoy día es muy difícil que alguien vaya al altar conducido a regañadientes, o por la fuerza... Y que no sería muy a desrazón echar mano a cualquier diligencia para desbaratar pensamientos que sólo pueden residir en la mente de un enfermo...

La joven le miraba extrañada sin comprender.

—¿A quién te refieres? No querrás decir que papá Livio...

—¡Precisamente! El no quería morir sin condenarnos antes a una unión incompatible... y yo he accedido a su deseo a medias...

—¡No comprendo!...

—¡Sin más preámbulos, Munet! Tú y yo no somos esposos... El que ofició de superior en el orden civil, es tan juez como yo cura; él, como los testigos, son amigos míos y se han prestado al simulacro de casamiento que debía ser salvador para los dos... ¿Entiendes ahora?

La joven anonadada por la sorpresa le gritó:

—¡Tú has engañado a papá Livio; te has atrevido a hacer eso! ¿Es posible, es posible?

—Puesto que no quiso comprender nunca que nosotros dos no hemos nacido para amarnos... Está muy claro... Yo supe la noche antes que no tenía ni diez horas más de vida: ya ves que no quise darle en último momento una mala sorpresa negándome a complacerlo. No hay que exigirle demasiado a un mortal lleno de defectos como yo...

—Y de infamias... — le interrumpió ella.

—¿Eso es, me insultas ahora?

—No, puesto que sería arrojarlo todo en saco roto... Además tendría que ser una ingrata para no agradecerte por haberme des-

ligado del horrible compromiso de ser tu mujer. Pero mi agradecimiento está lleno de indignación y desprecio por el hecho inicuo tramado en contra de tu abuelo... ¡Es más que eso aún: es un escarnio a su memoria esa acción que parece vanagloriarte!

El joven no demostró inmutarse; al contrario, siguió hablando con una desenvoltura rayana en cinismo.

—Yo quise cerciorarme si el abuelo estaba realmente grave...

—Para desarrollar tu vileza con libertad.

—Llámala como quieras. Todo el mundo afirma que el fin justifica el medio; pero tu presente cólera me hace deducir que el *escarnio* lo es para tu amor propio. ¿Acaso te enoja que yo te haya hecho "casada frustrada"?

—¿Yo?... ¡Ah, Elio, Elio! No me demuestres que bajo esa máscara de alocado inofensivo se esconde el peor de los cobardes... ¿Yo, estar ofendida?... ¿Yo, que luché con todas las fuerzas que pude para amoldarme a la idea de considerarte esposo a tí? Hablas de amor propio; eso es a veces la debilidad

de los necios. Lo que me horripila es verte recién tal cual eres... Es porque sé que las discusiones sostenidas con el pobre anciano moribundo, tenían el único objeto de conseguir que no te desheredara. Por eso no luchaste para que papá se percatara de su herror...

—¡Luchar... con lo porfiado que estaba!

—Pero hubiera sido noble decir: Abuelo, guarda ese dinero. Yo no puedo venderme... puesto que esa huérfana que ha tratado de hacerte menos tétrica la desgracia de tu hijita muerta, esa huérfana a quien le legaste la mitad de los bienes, ha sido siempre odiada por mí... ¡Sin embargo tu mamá me amaba, Elio! Tan sólo por este motivo, si respetaras su recuerdo, hubieras desechado la incalificable adversión. ¡Y yo me he resignado a convertirme en tu esposa a pesar de la indiferencia que correspondió a tu trato para conmigo! Crees que si papá Livio te hubiera conocido como te conozco yo ahora, habría querido... — Las palabras parecían estrangularse en la boca de Munet; no obstante balbuceó con voz sorda, haciendo un

esfuerzo: — Mira que feliz comparación: Osvaldo Lavalle con su admirable caballerosidad; y tú... y tú...

Ante estos apóstrofes el joven tuvo un movimiento que no podía traducirse en turbación, pero ya no levantó los ojos con el descaro anterior. La señorita Leroy temblaba de ira, debiendo apoyarse en la silla más próxima. Su rostro adquirió un tinte muy pálido y sus ojos reflejaron tal angustia, como si se hallara extenuada por el peso de muchos horrores.

Al pronto irguióse lanzando un grito, atravesó la estancia contigua y volvió muy luego trayendo las cartas.

—Tú eres también el autor de estos *anónimos*... ¡Si los has hecho escribir para precipitar el fin de papá Livio, no te equivocaste!

El joven Elio, al ver la letra que llenaba los papeles, tuvo un sobresalto que no pasó desapercibido a Munet. Intentó replicar y quiza defenderse contra esa acusación, pero ella, con un semblante en el que retratábase la mayor desolación, le señaló la puerta con una

mirada que tuvo al fin el don de desconcertarlo.

—¡No quiero oirte, no quiero verte más... Vete, vete!

Terán alejóse turbado por una confusión de interrogantes que confirmaban la creencia de la joven, pues su afán de prender en el garlito a los demás, había dejado de ser una ligereza para convertirse en villanía, que, intensificando el mal del anciano, llegó a ser fatal.

La señorita Leroy conoció en el espacio de una hora la destructora perfidia de los anónimos, y debió a la vez, rendirse a la evidencia de su falso matrimonio. Ella lloraba este último acontecimiento como un castigo, una traición a los sagrados despojos de su protector; no pensó que era también una astilla nada sutil para su dignidad. Tampoco había tenido tiempo de medir la trascendencia que implicaba para ella esa libertad que Elio regalábale; esa libertad que parecía provenir de una alianza con la suerte... ¿Juzgaba una inclemencia alegrarse por la providencial circunstancia que habíanle deparado bien

a pesar de su misma voluntad, pero no en contra de su vida, ni posiblemente en contra de su felicidad?

No son únicamente las desiluciones en amor las que lastiman el optimismo y aportan desinterés y pesadumbre infinitos para seguir atravesando el camino impuesto...

Una semana más tarde, el comandante Ortúzar habló a Munet de Osvaldo Lavalle, de su cariño, del sacrificio... ¡Vanamente! Sus exhortaciones no hicieron eco en el alma de la joven.

En ese espíritu jovial y divertido nunca halló cita una idea que les diera a sus admiradores el privilegio de creerse distinguidos por ella; pero su pequeño escepticismo anterior cobró grandes proporciones después de la acción innoble de Elio. Además del duelo que conturbaba su ánimo, asqueábanla los hombres, no distando de hacer, como suele decirse, un montón de cada yerba. Ella pensaba sin jactancia: "La de Osvaldo es una

pasión hueca inspirada en mi belleza, que crea el deseo de poseer algo codiciado''...

Alberto Ortúzar, al irse con una negativa para su amigo, vislumbró para sí un pálido reflejo de esperanza que, poco a poco, fué tomando rumbos ilimitados.

El decíase: ''Es menester dejarla ahora con su pena''; pero presentía: ''¡Quizá a medida que pasen los días, cuando de tarde en tarde vuelva del cementerio y su mansión se le figure pequeña a la par de su pena, y enorme para encerrar en ella su juventud, su hechizo más arrebatador que nunca. Si a fuerza de contemplar el cuadro donde mora la imagen de su protector perdido, ella sabe recordar que mi afecto era dulce a la amistad del anciano... Si una protección más fuerte que la que puede brindarle su amiga Pitucha, (aunque ahora ocupe los aposentos de su papá Livio), le sugiere el atinado anhelo de enlazar su vida a un ser de menos endeble apariencia que Lavalle, y piense en mí! Si... ¿qué son unos lustros de diferencia cuando la balanza que mide un gran amor con

pocos años equilibra y hasta supera de peso lo que resta en edad?"

Ya que no podía saborear el placer real, trataba de satisfacerlo la ilusión, que es sinónimo de ventura...

Munet, desechando toda hipótesis de compromiso entre ella y Osvaldo Lavalle, acercaba en el corazón del comandante Ortúzar presentimientos gratos, dejándole entrever un horizonte sereno, en el hasta entonces encapotado cielo de su pasión. En ciertos instantes el desbordamiento de su ternura quería aparecer tímido, y continuaba: "¡No oso esperar que me ame aún, no! Esa decepción sufrida al mismo tiempo que su desgracia, destierra de su mente probables aspiraciones para el porvenir; pero... ¿acaso no he tenido hoy mismo una visión patentemente dibujada de esta felicidad para no transigir en ideas un tanto locas, pero no imposibles?" El comandante veíase aún sentado junto a ella, en el mismo sofá; sentía el contacto de esa manito nívea que crispábase entre la suya como la alita de un colibrí herido que se quiebra

bajo la presión y el amparo de una palma menos leve que su mal...

Sin que la joven se percatara, ensimismada como estaba en su relato referente a Elio, Alberto iba midiendo en su ser la íntima belleza de ese ambiente, la dulzura inefable de contemplarla, de escuchar su voz amable, juvenil y armoniosa, incitadora de caricias puras e inflexiones de sugestivo encanto. Compenetrábase de esa magia de donosura porque allí residía la cumbre de su dicha.

IX

Los primeros días de septiembre iniciáronse con una llovizna menuda que atiborraba el ambiente, pronta a acrecer el mal humor de irascibles y capaz también de introducirse en el ánimo de equilibrados, causando impresiones distintas, pues tiende a infundir una ambición de laboriosidad serenamente dulce, obligando a no despachar rotundamente de su magín el auxilio maravilloso de la esperanza.

Divagaciones exentas de una razón concreta, pero no por eso menos intensas, promovían un semi desvarío en el espíritu de la señorita Leroy.

Las gotas persistentes asemejábanse para la joven al repiqueteo no oído, pero intuído vagamente, de un eco solemne, al soneto favorito de un poeta de ignorada belleza, a quien no se desea conocer por el temor de hallarlo demasiado seductor, por temor que

subyugue el alma con la facilidad que entrelaza emblemas de amor y de gloria imperecederos... Sentía ella el prurito de lincear misterios raros, sugeridos bajo el manto enmohecido del cielo, como si la tímida apariencia de una nube ondulante, pudiera ser derrotada por el posible acercamiento del sol.

El influjo benéfico de una insospechada emoción, suplió la fúnebre monotonía que pesaba sobre las horas transcurridas, envolviéndola en deseos y afanes algo locos que multiplicábanse con las gotitas algo errantes, por las que sentía una simpatía irrazonada e impaciente, análoga a la que provoca un capricho.

¿Flotaba en torno de ella un vaho de romanticismo, o era la introducción de un amor fantasioso lo que hacía agitar su pecho en modo insólito?

Ella misma no hubiera sabido decirlo... Hay cosas que se definen bien a través de una idea, rica en emanaciones sutiles, íntimas y expresivas, que derivan y forman parte integrante del corazón, pero que sería ímprobo empeño concretarlas en palabras.

Chasqueada en sus propósitos de fidelidad conyugal, sin haber conocido el amor, ¿cómo podía rozar su mente a un probable cambio de vida, donde el universal sentimiento debía imperar como dueño absoluto en la hermética estructura de su ser?

Pitucha Aldanis, que cerca de la joven colocaba fotografías en un álbum nuevo, miraba de cuando en cuando a Munet y la consultaba sobre la disposición de las efigies, que debían ser muy apreciadas por ella, considerando la amable atención que les concedía. No obstante, dejó súbitamente de ocuparse de su tarea y fijó sus miradas en Munet, que no parecía muy ocupada en su bordado.

—¡Cuánto daría por saber en qué estás pensando, querida!

Lentamente, después de una pausa, la joven respondió:

—Creo que lo he olvidado ya, Pitucha... Eso demuestra que carecían de toda cordura mis pensamientos.

—Debían ser felices, porque me pareció verte sonreír. Sobre todo, no los deseches

juzgándolos locos... muchas veces son el preludio de presentimientos valederos ¿sabes?

—¡Y otras... más seguido, quizá, denotan titubeos de un espíritu cansado, o consecuencias motivadas por rasguños del orgullo... cuando no certifican asomos de ignorancia!

—¡Qué diatribas! Me conturba oírte hablar con aire de desposeída...

—Hay momentos en que la voluntad no cede a razones.

En el gabinete femenil tapizado de azul, la luz de la tarde evaporábase con una suavidad que impregnaba el ambiente de tintes vagos e imprecisos como ensueños. Tras la ventana cerrada se abarcaba un trozo del jardín, envuelto en nieblas por la llovizna incesante que hacía apreciar el calorcito esparcido por la estufa, embalsamando la atmósfera con tonalidades melacólicamente acariciadoras.

Jaime y Vinica acercábanse trayendo un enorme paquete.

—Viene de Madrid, niña; parece un cuadro.

Pronto estuvieron todos quitando los papeles, y acto continuo, una exclamación de asom-

bro y alegría escapóse de los labios de Munet:

—¡Naïr! — gritó.

Su amiga lejana, vestida de airoso traje blanco, se le aparecía en la radiante y pintoresca belleza de una playa de España.

El efecto que esta aparición hizo en la señorita Leroy, es indescriptible.

El sol resplandecía sobre un cielo puro y diáfano, dando al rostro de Naïr una poesía que parecía hablar al corazón y a la inteligencia de maravillas inaccesibles. Había allí, tras las proporciones armónicas y la corrección de sus líneas, una percepción clara de la realidad, donde la ciencia en los contrastes de luz y de sombra, representaban al artista en todo el esplendor de su talento.

Naïr, sentada sobre una roca, con los pies descalzos, esperando con ese aire indolente de las colegialas la magnífica ola que llega, sonreía sin la tristeza que envolvía sus cartas. Y era una sonrisa nueva que poetizaba su hermosura rubia, una sonrisa de buen presagio, como encantada de patentizar las dotes excepcionales del pintor.

¡Cómo sujetaba la atención de Munet ese retrato!

—No veo bien la firma — exclamó Pitucha. — ¿Quién es el pintor?

—¡Ah! es imperdonable no saberlo... Mira, Renato Obarrel, su hermano.

—¿No será acaso el hijo del ministro argentino en Madrid?

—Sí.

—¡Ah!

—¿Es que lo conoces? ¡Tu rostro acusa una sorpresa!

—Es verdad, Munet: yo ignoraba que tu amiga Naïr fuese hija de Ricardo Obarrel... yo lo he conocido mucho...

—¿A Ricardo?

—Sí, hace años... ¡figúrate, tenía yo diez y seis!

—¡Qué linda coincidencia! — opinó la señorita Leroy, presintiendo que podían hablar largamente de personas que les eran queridas. Pero en ciertas palabras y por el semblante contrito de la señorita Aldanis, Munet no tardó en advertir que Ricardo Obarrel había tenido importante actuación en el pasado de Pi-

tucha, y cuyo recuerdo no debía serle placentero. Súbitamente evocó aquella tarde en que su amiga respondió en forma evasiva a sus preguntas, dejándole entrever que un error había sido decisivo en su vida. Recordó casi totalmente la conversación de la señorita Aldanis, que terminó como si una sentencia del destino hubiera estado fraternalmente ligada a ella: "Cuando una ostentación orgullosa va protegida por una juventud apática e irreflexiva, debemos aceptar al cabo las funestas consecuencias que se originan".

Luego de dar tregua a su contemplación del nuevo regalo, Munet no tuvo ya ningún temor sobre lo que había acrecido tantas dudas después del choque en automóvil ocurrido en San Sebastián. Los brazos de Naïr eran todo lo perfectos que es posible ser; ¡entonces estaba sana y linda como nunca! No le quedaba en esos momentos más que una preocupación a resolver: las prometidas confidencias de Pitucha.

—Dime: ¿es el papá de Renato que ha herido tu juventud?

—La culpa no ha sido de Ricardo, sino mía...

—¡Eso es difícil de creerlo, Pitucha, con lo buena que eres!

—No he sido siempre como ahora, Munecita.

—¡Cuéntame!

—Tú sabes que yo nací después de diez y ocho años que se hubieron casado mis padres. Estaban ya muy chochos por tal advenimiento y sus mimos tuvieron el desastroso resultado de hincharme de vanagloria. Siendo muy jovencita conocí a Ricardo Obarrel. El era en ese entonces un joven algo tímido, con esa timidez que guarda miles virtudes; amante de la vida y del arte, y con un montón de ideales por patrimonio. En fin: mis padres se opusieron, y yo, a pesar de que todo lo podía... no luché, dejándome mecer por la dulzura de ser festejada, convencida que su amor como sus requerimientos no tendrían fin. ¡Insensata de mí! Yo no pensé que una denegación equivaldría a un rechazo absoluto; pero él hízome comprender que mis planes habían sido mal concebidos y que ten-

drían un desenlace inesperado... ¿Habría adivinado Ricardo en mí ese orgullo enardecido de que te hablé un día, incitada por recuerdos amargos?

—¡Ah, fué una tarde en que te sorprendiste porque yo fumaba... ¡Cuántos sucesos desde aquel día! — exclamó tristemente la joven. — Pero luego, ¿por qué no intentaste recuperarlo, puesto que le querías?

—No, Munet; yo era muy soberbia, y a la vez cobarde para valerme de concesiones... Ricardo me envió una última carta cuyas palabras zumban en mis oídos: "No destruya, señorita Aldanis, en otro adorador esa impresión de belleza que podría reunir usted, si en lugar de un exagerado orgullo pusiera más nobleza de alma".

—No ha sido muy amable, que digamos.

—Ha sido justo, Munet; un hombre de carácter, incapaz de enredarse en lazos fútiles que no concuerdan con sus serias exigencias, hace como esas aves acuáticas: se sumergen con plácida docilidad en todas las corrientes y, oportunamente, antes de ahogarse de har-

tura, escurren las alas para seguir mejor su vuelo...

—Pues Ricardo ha emprendido el suyo muy de prisa...

—Cuanto más profundo es el dolor, urge hallar la solución de evitarlo.

—No, el que la dura la vence...

—El ha vencido.

—¿Pero cómo, si se ha casado con otra?

—Se ha vengado así... aunque no es permaneciendo célibe, lo que, muchas veces, demuestra la fidelidad a un primer cariño donde toda posesión ha sido excluída.

—Habrá seguido amándote, Pitucha; pero debió recurrir a uno de tantos medios para hacer comprender que la inexperiencia, sobre todo a la edad que tenías tú, podía no ser eterna...

—Ha recurrido a todos los medios... sólo el último ha sido eficaz.

—¿Y?

—¡Y para que yo cambiara, Munet, para que se destruyera en mí esa cosa horrible y devastadora que es el despotismo en una mujer, ha sido necesaria esa lección que obró

como un talismán, y la pérdida de una dicha que deploraré siempre, siempre!

El silencio de las penas evocadas pesó sobre el gabinete femenil. La señorita Aldanis dispúsose a continuar su interrumpida tarea; Munet, en cambio, se dejó llevar por la atracción de esa imagen de su predilecta amiga, como si un nuevo hechizo hubiérase hecho camino en pos de ella para albergar alusiones que antes temieron ser persistentes, pero cuyas bondades comenzaban a germinar en el corazón de la señorita Leroy, haciéndole olvidar las tristezas de su soledad.

X

Qué regocijo percibió Renato Obarrel al errar la mirada deslumbrada ante la potencia de Buenos Aires en el empuje incontrastable de su progreso, que denota cómo a paso célere, encamínase la capital a su grande, glorioso destino.

Al divisar el emblema bicolor sobre el mástil de la Avenida Costanera, que parecía darle la bienvenida después de una ausencia de casi seis años, lo embargó la emoción.

La bandera flameante estremecíase de gozo a la caricia ora suave, ora agitada del viento, y, como seducida por esa vida de inquietud, debatíase en el aire como una llamarada, describiendo continuos requiebros y ondulantes arabescos en sus palmoteos dulces.

El joven viajero, vestido con ese atildamiento nada rebuscado de los que saben que la elegancia y la distinción fluyen de toda su persona, daba pasos breves y nerviosos en un andén de la estación Retiro, esperando el tren que debía conducirlo a Olivos.

Buen mozo y arrogante, con toda la pujanza de la juventud, Renato Obarrel poseía un rostro finamente varonil, unos ojos entusiastas, donde parecían congregarse las sabias fértiles de una vida que triunfa.

Un silbido hízole presente que el tren había llegado. Sin pérdida de tiempo se encaminó entonces hacia uno de los compartimientos y sentóse apoyando un codo sobre el borde de la ventanilla y la cabeza como recostada en la palma de la mano. Al cabo de unos minutos miraba hacia lo lejos, sin que por esto viera todo cuanto iba desfilando ante su vista.

El tren comenzó a devorar caminos con su ruido monótono y rezongón, mientras los barrios pintorescos íbanse perdiendo poco a poco.

Después de dejar los jardines de Palermo

se ven los senderos trillados del Golf, sucediéndose casitas bonitas, dispersadas aquí y allá: trozos de campo sembrados de lindas hortalizas, chalets vistosos de arquitecturas disímiles, villas donde la compostura de sus líneas es artística y ágil cuando no suntuosa, aristocrática, que contrasta graciosamente con las que señoréanse sobre la loma.

Es domingo, un domingo brillante donde la luz se tamiza por doquiera y se acumula, se agolpa toda a los ojos, admirados de ver.

Gente que se mueve a toda dirección, automóviles de excursionistas recorren caminos abiertos en declives sinuosos, perdiéndose luego en la arboleda umbrosa.

Hacia el Este, a lo largo del gran estatuario, divísanse barcos a vela que van hacia la Colonia, yates en marcha de regata, forzados por el viento inclínanse sobre la superficie del río, y algunos botes entretiénense a pescar cerca de la orilla.

El panorama adjunto al espectáculo que ofrece, es de soberbia belleza, pero al joven no parece interesarle nada de todo esto. Su gran curiosidad se apagaba a medida que lle-

gaba a la meta de su anhelo. Sin duda es porque su mente está poblada de imágenes tristes que hacen presa en su alma, inmunizando el cuerpo como si se hallara dominado por la acción de algún éter. Efectivamente, sentíase casi complacido en vivir bajo ese estado de sopor, vagando en un nimbo de ensoñación entre el cielo de su fantasía.

Sólo cuando el nombre de Olivos resonó en su oído, Renato Obarrel hizo esfuerzos por sobreponerse con un poco de autodominio para desterrar esa laxitud moral, de la que hacía tiempo no había podido ponerse al abrigo de ella, especialmente desde que llegaba el momento ansiado y temido a la vez, de afrontar las preguntas de la señorita Leroy.

Al bajar del tren, tomó el mismo camino que en aquella noche de tormenta Munet divertíase en hacer que sus pies chapotearan en los charcos, mientras la mirada ansiosa de Osvaldo Lavalle la seguía.

Desde que hubo partido para Madrid, Renato Obarrel consagró esos años al estudio con una atención minuiciosa, una voluntad férrea de todo momento, incapaz de dibilitarse o de

decaer, tendiente a vencer escollos que valiéronle el predominio absoluto de la técnica, en la vigorosa ejecución de la imágenes que vivían entre los efectos de luz, radiantes e infinitos como milagros creados por su pródiga y fecunda naturaleza.

Poeta también, el joven añadía al lienzo la idealidad de sus pensamientos, la dulcísima sensibilidad o el ímpetu de irruyente pasión que fluía de sus madrigales, aportando armas de una fuerza misteriosamente subyugadora a este arte pictórico que tan grandes satisfacciones le proporcionaba, y que él convirtió en su aliado, su refugio, el arca donde depositara torrentes de alegría, el santuario en que posaba o distraía sus melancolías furtivas, provocadas por sentimientos nostálgicos de patria y amor.

A medida que acercábase al chalet, el joven trataba de habilitar su espíritu a las emociones, quizá demasiado vivas, motivadas por su encuentro con la señorita Leroy, y la confe-

sión de una culpa por la que debía impetrar perdón y podría merecer la ruptura de una amistad idealizada por la ausencia.

Debía ser muy seria su preocupación, puesto que al hacer sonar el timbre, Obarrel sintió un estremecimiento correr por sus venas, como electrizadas por una fuerza magnética que aumentó su zozobra.

Tuvo que esperar unos minutos en el saloncito donde Munet había hecho colocar el retrato de su hermana, y esta espera fué un lenitivo a su dolorosa turbación, porque lentamente iba disminuyendo la tensión de sus nervios.

Cuando la señorita Leroy en persona, acababa de aparecer, el joven debió reprimir con gran trabajo, una exclamación delatora de la más rendida admiración.

—Señorita: — exclamó, — no he querido dar mi nombre porque me alentó a ello una vaga idea de que usted pudiera reconocerme...

La joven le tendió una mano que Obarrel llevó a sus labios.

—¡Renato! — fué el nombre que, casi a pe-

sar de ella misma, formularon sus labios en un arranque de sorpresa feliz. — Le hubiera reconocido a usted aún sin haberse anunciado como "viejo amigo", aun habiéndole hallado en plena calle...

Ante la sorpresa de Obarrel, ella explicó que había visto fotografías suyas en diarios y revistas españolas, donde lo clasificaban como "legítima gloria de su país", después del último certamen de Madrid. Aunque sin este lisonjero aliciente la joven le hubiera adivinado lo mismo, quizá en gracia a su asombroso parecido con Naïr.

Inmediatamente ella le habló del retrato recibido, y añadió después de felicitarlo con palabras que emocionaban al joven:

—No puede haber para un corazón alerta a las expresiones sinceras de una amistad presente más grato, más conmovedor, que la efigie de la persona hacia quien va constantemente nuestro recuerdo...

Poco después él le expresó la pena ocasionada por la muerte de Livio Terán, y los ojos de ella llenáronse de una tristeza que aumentó en el ánimo de Renato, esa simpatía inspi-

rada más completamente que toda belleza, pues encuentra en el dolor la forma de perdurarse.

Con una afectuosidad respetuosa y delicada, el joven supo encontrar términos sentidamentes oportunos, que prevalecieron como cadencias musicales en el corazón de ella, promoviendo la dulzura de una serenidad benéfica, donde la elocuente armonía de las palabras encadena esa tácita madejilla de sentimientos que se deshacen, se anudan o se fecundan...

Y ese febril entusiasmo inherente a las cuestiones que abordaba, era un escudo propicio para retardar el instante pesaroso en que debía surgir fatalmente la pregunta que trataba de eludir.

La señorita Leroy no se explicaba a su vez, de cómo la insospechada presencia del joven artista en la salita de confianza, donde ella amaba departir con personas predilectas; no fuese la reanudación de una amistad sutil que se hubo truncado en su comienzo. No; ella imaginó por incomprensible aprensión de los advenimientos, que Renato Obarrel era su

amigo de toda la vida; que el acento consolador y algo enigmático de su voz viril, habíalo escuchado ayer... y que esos ademanes reposados o altaneros tendidos como un reto a los funestos hechos, le eran familiares. ¿Pero por qué, siendo que antes apenas se habían visto dos o tres veces? Incapaz de seguir su soliloquio sin hallar la debida solución, Munet casi interrumpió al joven para decirle:

—Renato, escúcheme usted... Veo ahora con más claridad que nunca la grandeza de mi cariño hacia Naïr... Ese cariño que me hacía llamarla mi hermana de alma en las cartas donde sus palabras escritas tenían para mí anhelo impaciente, la sonoridad de su voz viva... Comprendo que ese afecto lo he ligado también hacia su padre y usted, amigo mío; porque desde que experimento el placer de verle y oírle, siento la sensación de que no hemos dejado de ser, en esos años de ausencia, lo que somos en este instante: perfectamente amigos. Dirá usted que esta idea es algo ilusoria, pero no sé... ¿querrá explicármelo usted, Renato?

¡Qué emoción produjéronle al joven estas

sencillas palabras, y cómo socavaban ellas la verdad!

Pero, casi al mismo tiempo, una infinita amargura se insinuó rehuyendo la primera agitación de su ánimo por la temerosa perspectiva de perder sobre ella ese derecho a seguir siendo "perfectamente amigos" después de su confesión.

Munet vió vagar en sus ojos una sombra de indefinible tristeza, que no contrastaba con las manifestaciones que ella acababa de hacerle.

—¡Qué angelical criatura es usted! — murmuró el joven muy despacio, mientras lograba traducir su gratitud con el beso que rozó los nudillos de la mano, pronta a desprenderse de la presión, con ese acto espontáneo que manifiesta un pudor exquisito en la gracia ingenua que se retrae, llegando a ser las más de las veces, más turbador que una sumisa retribución de caricias.

Renato alzó los ojos hacia ella, pero nada agregó. Es casi siempre cuando las palabras se agolpan a los labios, que se hace más difícil emitir aquéllas que quisiéramos fuesen di-

rectamente al corazón de quien las oye, para que pueda leer tras ellas el secreto obstinado que se engarza en el nuestro...

Pero el joven comenzó a abusar de esa repentina pausa que ponía sobre aviso y daba grima al ánimo de Munet, pues sus ojos interrogadores tenían un fulgor extraño que disimulaban malamente una atención profunda, y, quizá también, una triste sospecha.

La fina mentalidad de la señorita Leroy había vislumbrado más elocuencia en el silencio, en esas palabras detenidas al borde de los labios, en la mirada distraída y en la lágrima que se esconde...

Ella también hubiera querido abstenerse de interrogarlo: esas tácitas manifestaciones la acobardaban, haciéndola monologuear así: "¿Qué nueva desagradable ha de reservar Renato cuando oculta en un mutismo tan melancólico, noticias que condujéronle aquí solo, y que ya imagina cómo ansío saberlas? No; sin asomo de duda, algo desolador me depara aún la mano saetera del destino. Si él difiere el momento de revelármelo, es por delicadeza, por temor de causarme demasiado daño.

¡Pero esta angustia es horrible!'' Y sin más dilación, exclamó:

—¡Renato: no me deje suspendida en este abismo de incertidumbre... se lo ruego! ¡Hay algo que usted calla para evitarme un dolor! ¿No está usted viendo que su silencio me hace pensar en cosas más graves de las que pueden haber ocurrido?...

¡Ah! ¿Qué vale afanarse vanamente en dilatar la evidencia de los acontecimientos, cuando una fuerza natural los precipita arrastrando consigo nuestro inconsciente deseo!

Renato habló con acento en que la firmeza quebrábase algunas veces por esos esparcimientos del alma que se difinen en suspiros entrecortados, y que son indicio indudable de una lucha interior. Al ver ella que la boca de él torcíase vagamente en esa mueca propia de los que no ceden al sollozo, sintió sus miembros arrecirse por el frío del miedo, y una sensación de abandono, de desamparo infinito la arrimaron hacia el joven, dándole la mano que antes negara la presión.

Lo que acontece en la mayoría de estos casos es que la caricia vedada en cualquier otra

ocasión, halla en los momentos de confidencia tan íntima, cuanto más dolorosa, un arranque que la impulsa sin sujeción y sin que la voluntad se mezcle al roce inusitado de los dedos, que parecen enlazar furtivamente las fibras dormidas a toda realidad, hasta que una llamarada de rubor encienda repentinamente las mejillas, que, tal vez, no hubieran rehuido el primer beso.

Tan grande había sido la confusión provocada en su espíritu por las noticias que le diera el joven Obarrel, que Munet, después de despedirle, ganó su alcoba rehusando la cena, sin tener otro propósito que el de recapacitar sobre los sucesos y llorarlos.

Ella está ahora como en aquel día de penitencia pueril, releyendo la última carta de su amiga muerta, y otras... aquellas de cuyas frases desprendíanse las armonías emotivas de un cariño que no extingue la distancia, sino que lo sublima acrecentándolo a través de ese puente tendido entre dos almas... las

cartas de Renato, en las que ardían las llamas envolventes de un viril entusiasmo; las mismas que ensalzaban la belleza de la señorita Leroy, y que escondían la celada de un amor que no pudo manifestarse abiertamente, pero cuyas ternuras saboreaba ella, dominada por un sentimiento que quizá no iba muy directamente hacia Naïr, sino al corazón de quien se desligaba de anteriores naderías, haciéndola caer, inconscientemente, en las redes de un afecto más acendrado...

A consecuencia de aquel choque funesto que casi dejó hecho pedazos el brazo derecho de Naïr, una infección determinó su muerte. Munet supo que su hermanita de alma habíala recordado en su agonía; supo también que Ella, segura de su fin, rogó a Renato que únicamente hallándose en presencia de Munet le revelara la verdad. Oía esa voz quejumbrosa decirle como en la misiva: "Me acosan ideas funestas y ellas me hacen vislumbrar un porvenir neblinoso". Después que su hermana le dictara estos renglones a Renato, el joven, satisfaciendo el deseo de la extinta, había seguido contestando todas las cartas de

Munet, y durante dos años y tres meses, tuvo él la oportunidad de trasmitirle una parte de su sensibilidad, a la vez que descubría en ella la secreta agrupación de sus pensamientos, el mundo mimoso de pasadas picardías...

¡Qué firme y subsistente había sido la persuación de Munet al juzgar a Renato su amigo de toda la vida!

Obarrel le trajo como postrer recuerdo de la que los dos lloraron, una cruz de brillantes. Ella la besa ahora, y balbuce, anegada en lágrimas: "¡He quedado huérfana de los dos seres que más quería!"

XI

Septiembre se iba con sus días algo brumosos, casi fríos, y, por lo tanto, sin gradaciones muy amables para los que esperan con la llegada de esta primavera que tarda en desperezarse sin el beso del sol, la probable resurrección de cálidas esperanzas...

Osvaldo Lavalle, que está en amigable relación con Pitucha Aldanis, ha accedido, ya puede suponerse con cuánto placer, al pedido que ella le hiciera de visitarla en el chalet de la señorita Leroy, quien, por su parte, no se retrae a la bondad de participar de esos ratos de conversación, cosa que el joven le agradece en lo más íntimo de su sér.

A pesar de haber recibido por intermedio de Alberto Ortúzar, una negativa que Lavalle

no juzgó del todo terminante, él estaba seguro que Munet tomaría en cuenta su discreción al callar sus sentimientos, de la misma manera que podía ser benévola al recordar su arrojo para defenderla, y haber expuesto su vida por ella en forma rara, sino única, hoy que, según la reinante apatía, los lances de amor suelen considerarse baladíes.

Excepto Elio Terán, de cuya existencia la joven nada sabía, todas las personas que en mejores tiempos celebraron sus travesuras graciosas, ahora envuelven a Munet en una solicitud más atenta, motivada por ese afectuoso trato que se tributa a los que conocimos felices, y en quienes la transformación de la alegría al dolor inmerecido hace despabilar cautelas, aquietando ilusiones o deseos, que esperan mejores oportunidades para manifestarse...

Pitucha tenía aspiraciones de que viviendo junto a Munet, ella pudiera hacer algo más que acompañarla y distraerla, ingeniándose en aprovechar todos los medios que estuvieran a su alcance para mitigar la tristeza de

su pequeña amiga, llegando casi a olvidar la suya propia.

Al recibir de tarde en tarde las visitas de Osvaldo, al ayudar, por así decirlo, la serena expansión de esa hora de tertulia, la señorita Aldanis no dejó de suponer como muy posible y muy razonable también, un futuro idilio entre Munet y el joven. Así estaban las cosas cuando la llegada de Ricardo y de Renato Obarrel, vino a turbar los piadosos anhelos de la una, y a alterar la pequeña parte de resignación que comenzaba a dulcificar las horas de la otra.

Al día siguiente de conocer Munet la infausta nueva, Pitucha, que tiene una intuición aguda del valor de los hechos, y si se quiere, cierto instinto profético, comprendió en seguida después de oir a la joven, las consecuencias que surgirían de tales coloquios epistolares.

Felizmente para Renato, la señorita Leroy no encontró en las dos o tres misivas que releyó aquella noche con los ojos enrojecidos y el cerebro algo trastornado por la pena, lo que Pitucha vió con la clara percepción de su

inteligencia. Esto es, que el joven Obarrel era desde tiempo atrás el enamorado anónimo; que las misivas encerradas en sobres de colores caprichosos, propios de femenino gusto, contenían palabras que escudábanse en un sentimiento de simpatía, por no rendirse a confesar la veracidad del amor.

No obstante la emoción que causó a la señorita Aldanis este descubrimiento, nada dijo a Munet. Su pequeña amiga podía concebir como grave inconveniencia el hecho de que Renato se valiera de aquella promesa para intrusarse en su corazón... Era más lógico que si Munet debía vislumbrar esta verdad, lo hiciera por ella misma, pues Pitucha admitía como sabias todas las astucias o destrezas de que se vale Amor para vencer. Y si esta opinión podía flaquear algún día, no empezaría ciertamente por Renato, el hijo del hombre a quien ella debía la completa conversión de su carácter, la única pasión de su vida...

La señorita Aldanis decía que el azar es fecundo en matices bizarros, capaces de fomentar sucesos tan imprevistos, donde la ra-

zón no llega siempre a tomar la parte más activa... ¡Ay! Ella tampoco hallaba esa cordura que le permitiera medir y truncar con tino, el pasado con el presente... Y es que no se tienen, muchas veces, las ideas de acuerdo a la edad; sobre todo en ciertos casos fortuitos en que el cariño juega, aun a través del tiempo, un rol principal.

¡Vería a Ricardo... a un Ricardo anciano quizá, herido por las vicisitudes, y, posiblemente, su aparición apagaría de un soplo la locura de quererle todavía!

Pitucha se abochornaba al pensar que ella, viendo que Munet no la llamaba para presentarla a Renato aquella tarde, tuvo la ingenua curiosidad de verle, encaramada en un hoyo del aromo, mientras el joven se alejaba. Y estas palabras habíanse deslizado como una amonestación: "¡Si yo no hubiera sido prepotente, Renato sería mi hijo!" Pero por sobre todas esas cavilaciones que ella seguía juzgando impropias de sus años, imperaba el deseo de aliarse en forma recóndita a Renato en pro de su ventura y la de Munet.

Al cabo de una hora que la señorita Alda-

nis departía con Osvaldo, Alberto y Delia Ortúzar en el salón, su rostro estaba animado por un entusiasmo que no provenía del ambiente circunstante, pero sí de una llama insinuante que enmarañábase en todo su ser.

Es evidente que, repetidas veces, la fuerza de la ilusión abre de par en par las puertas a la realidad. Un timbre sonó, y Vinica no tardó mucho en anunciar a los señores Obarrel.

Al ver a la señorita Leroy, el padre de su amiga difunta llamóla emocionado, aprisionando en sus dos manos la que ella le tendiera: — ¡Munet, querida niña!

Y en ese apretón había vehemencia de recuerdos, gratitud infinita por el afecto que la joven otorgó a Naïr y un ímpetu tristísimo en Munet al evocar la protección irremediablemente perdida de su papá Livio.

Después de las presentaciones, habría sido para Osvaldo Lavalle y Alberto Ortúzar una verdadera fiesta encontrar inopinadamente al notable pintor, cuyas virtudes portentosas

divulgara España, si el artista no reuniera tantas cualidades físicas admirables, además de ésta: la de ser demasiado joven para sentar su fama en la posteridad.

El comandante y Lavalle creyeron hallar la solución inequívoca de los tantos problemas que giraban en torno a los *¿por qué?* más o menos lógicos que cada cual se formulara con respecto al desdén de la señorita Leroy en conceder su mano. La razón tenía un nombre para ellos ahora: *Renato.*

Y sin embargo, la joven distaba mucho de pensar que la perla donde ella engarzaría su cariño mejor, estaba cerca suyo...

Delia Ortúzar, ajena a los temores que invadían a los demás, se limitó a extender su admiración sin reticencias, acostumbrada como estaba a no forrar sus más transparentes pensamientos:

—Señor Obarrel: no sé si debo mi error a que, las más veces, se nos acostumbra a creer que la agudeza de ciertos ingenios aureola unas barbas blancas, pues yo... ¡oh, yo supuse que sus fotografías databan de veinte años, por lo menos!

La espontaneidad de la señorita Ortúzar hizo intervenir al joven Lavalle, que halló muy del caso citar un párrafo del gran Corneille: "Aux âmes bien nèes, la valeur n'attend pas le nombre des annèes". — Luego agregó casi a su pesar: — Y aquí estamos ante un valor bien legítimo.

Renato inclinóse con gesto de agradecimiento, sorprendido de saberse "palpitante de actualidad", él que tan poco vivía para el mundo, sus banalidades y halagos.

—No hay de qué vanagloriarse por esto, si se piensa que ciertas cualidades nos visitan casi a nuestro pesar y como desprendidas de otra fuerza superior que nos debe tan sólo una aplicación celosa, y a la que nuestro arte se lo debe todo...

—Esta fuerza creadora ensancha y decora únicamente la imaginación de los elegidos donde ella misma reside, señor Obarrel, — certificó el comandante. — Es noble modestia atribuir las dotes más conspicuas a la Providencia o al acaso, y no se fecundan rosas en un terreno obstruído de malezas...

Para el joven artista, esas manifestaciones

cobraban conmovedora importancia ante la señorita Leroy, máxime cuando ella hízoles admirar el retrato de Naïr, en que el pintor había volcado tanta parte de su alma.

Pitucha les instó a pasar de nuevo al salón donde debía servirse el té, cuando todos estaban impregnados de esa cordialidad que predispone al aprecio, porque se regala por aliados que forman en el arte su unión más perfecta.

La señorita Aldanis ingenióse, una vez más, en retraer esa emoción que dominábala ante Ricardo, mediante la conversación, de la que ella obtenía tan halagüeños recursos. Supo abreviar el momento embarazoso en que los amadores de Naïr se enternecían ante su imagen, y su fina sagacidad le valió inmediatamente la estimación de Renato y su padre.

Mientras ella le ofrecía una copita de licor; él le dijo con una sonrisa que confirmaba su sinceridad:

—Hay en usted, señorita Aldanis, una transformación moral que me sorprende.

—¿Tan visible es?

—¡Sí!

—¿En qué lo ha notado usted, señor Obarrel?

—En muchas cosas...

—¿Puedo saber una, por lo menos?...

—Vierte más juventud y frescura en sus ideas y hasta en su voz, que la que había otrora cuando era usted tan niña...

—¡Y tan perversa! — murmuró para sí la señorita Aldanis. Luego prosiguió en voz alta: — El tiempo es fuente de sabiduría, señor Ricardo.

—Veo que usted lo ha aprovechado muy bien, señorita.

¡Oh! ciertamente, ella no esperaba el cumplido; ¡sólo que si él hubiera sospechado a quién debía esa transformación que hacíala más grata!

—Es quizá el vivir sin heridas que ahondan males, lo que agracia y perfuma el carácter y aun la inteligencia.

—¿Usted cree eso?

—En este momento sí, creo esto; a despecho de ejemplos ilustres que han pregonado lo contrario.

—¡Es extraño!

—¿Extraño?... Y usted, señorita Pitucha... usted cree que...

—Que las tristezas del espíritu son a veces la riqueza del pensamiento.

—Me sería dable suponer entonces que... hay penurias que obran como remedio radical para curar ciertos defectillos, ¿eh?

—Eso lo explicaría mejor algún fisiólogo...

—Por lo tanto quiero someter a su criterio esa opinión; ¡es usted tan admirablemente imaginativa!

—Mis ideas han evolucionado... ahora tienen chapa antigua. No obstante, le agradezco ese interés por descubrirlas.

En las palabras de esa entrevista que custodiaría un lugar de imborrables crisis en su memoria, la señorita Aldanis veíase con sus diez y seis años tan inútiles cuando únicamente señalan una belleza no exenta de altivez; esa altivez que ambiciona la adquisición exclusiva de corazones, por el cruel placer de torturarlos siquiera un poquito...

¿Y qué decir de Ricardo? El poseía la misma expresión lindamente grave de su hijo,

añadiéndole unas hebras blancas que no hacían perder a su rostro la frescura amable.

Se ha dicho: "Hay una edad de apogeo para todas las fisonomías, y este período coincide con la segunda juventud". Posiblemente Pitucha y Ricardo estaban aún en esa edad de gracia en que las quimeras y los sueños no se juzgan del todo pueriles, pues la sensibilidad vuélvese más delicada para desterrarlos cuando el raciocinio no los rescata.

Después de esa reunión en que Renato hubo aportado un triunfo de amor propio, Lavalle sintióse herido, vencido y hasta humillado. La esperanza que a pesar de Munet misma él fomentara en su corazón, disipóse dejando en su lugar un despecho que iba agrandándose unido al deseo de tomar una revancha contra su rival. ¿Su rival? ¿Eran acaso fundadas sus suposiciones para juzgarlo como tal? ¿El tenía esa convicción y esto le bastaba... No obstante creer que no se atrevía a medir su fuerza con Obarrel, Osvaldo se aprestaba a

la lucha con el firme propósito de no escatimar esfuerzo alguno, y si fuera indispensable, ¿por qué no? también su propia vida una segunda vez, con tal de no verse empequeñecido a los ojos de la que seguía amando a través de los contrastes que se interponían al logro de su anhelo.

El no presentía que la búsqueda de ciertas ideas aún tempestuosas y de enérgicas represalias, choca con lo inevitable, tal vez porque se hallaba abismado por ese estado de ánimo que el fénix de los ingenios define así en uno de sus sonetos:

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
Aspero, tierno, liberal, esquivo,
Alentado, mortal, difunto, vivo,
Leal, traidor, cobarde, animoso.

No hallar fuera del bien centro y reposo;
Mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
Enojado, valiente, fugitivo,
Satisfecho, ofendido, receloso.

Huir el rostro al claro desengaño;
Beber veneno por licor süave;
Olvidar el provecho, amar el daño.

Creer que el cielo en un infierno cabe;
Dar la vida y el alma a un desengaño:
Esto es amor; quien lo probó lo sabe.

XII

Munet está probando un traje primorosamente exótico, con el que debe posar en el taller de Renato para su nuevo cuadro. El joven habíale dado la idea de cómo debía ser el atavío, dejando a Munet la elección de ciertos detalles. Estos completábanse entre trozos de *ilusión* en distintos y armónicos tonos, lazos de cinta y hasta guirnaldas de glicinas y otras flores, dando a su hermosura un marco extraño, quizá a fuerza de ser bizarro y algo quimérico.

Viéndola, Pitucha dejó escapar un grito:

—¡Querida, no se puede ser más *primavera* que tú!

—Me temo que sea ésta una primavera por demás abigarrada para representarla una persona sola; — respondió riendo la joven.

—Desde luego... así estás más en carácter.

—Sí... un carácter osado...

—Osado... ¡ah, lo dices por el escote!

—No. ¿Acaso no crees tú que deja de ser de buen tono haber aceptado tan pronto, cuando en su última visita me pidió Renato que posara?

—¡Es ésta la primera vez, desde que te conozco, que planteas semejante pregunta!

—¡Es verdad!... jamás he pensado que algo de cuanto se me ocurre pueda ser de mal tono.

—Entonces... ¿por qué ahora?...

—Creo haber incurrido en una inconveniencia.

—¿Hubieras querido hacerte rogar un poquito?

—Quizá...

—Tú supones que la mayor parte de las ligerezas que se cometen estriban en ceder más o menos tarde...

—¡Pero no! Retardar el cumplimiento de una acción cuando deja de ser justa, no significa hacerse acreedor al perdón.

La señorita Aldanis sonrió pensando que Munet tomaba muy a lo serio su broma.

—¡Y bien, tranquilízate; no es éste el caso

de inconveniencias. Renato ha querido asociarte a su arte mediante esa futura obra, en la que él labra sus mejores éxitos, tal vez. Habría sido descortés rehusar.

—¿Verdad que sí? — inquirió prontamente la joven mientras quitábase el vestido. — Y mira, yo quisiera que tú me sacaras de esta duda: Si papá Livio estuviera... ¿crees tú que habría consentido en que...?

—¿En que posaras en su taller?

—Sí.

—¡Qué temor tan infantil, Munet! Estoy segura que no pensaría en oponerse... Estás muy lejos de ser hoy la señorita Leroy.

—Y si dejara de ser como soy... ¿no sería acaso más cuerdo?

—¡Pues si cuentas conmigo para insinuarte un consejo de esa índole! Piensa más bien en que Renato ha de estar esperándote con no poca impaciencia... Llegarás tarde.

—¡Oh, si está a dos pasos! Lo que me extraña es que Renato haya preferido venir a enterrarse aquí.

—Estás agraviando a Olivos. No creo que se pueda trabajar en otro rincón de la tierra

con más serena poesía que entre estos árboles y este aire balsámico, capaz de estimular la tarea, de atemperar anhelos.

—Había olvidado que tú también has preferido abandonar a Buenos Aires, y, por lo tanto, no puedes más que darle razón.

—¿Te desagrada que él esté en Olivos?

—¡No! Estaba a leguas de imaginarlo; por eso me ha causado estupor. — La joven se sentó al decir esto.

—Veo que te inicias con cierto desgano, Munet; ya debías estar allí y no te mueves...

—Sí... estoy algo nerviosa; nunca lo hubiera creído... — La señorita Aldanis limitóse a hacer un paquete con el traje para que Vinica lo llevara al taller mientras acompañaba a la joven, y nada respondió. Estaba segura de que el modo más directo de recibir confidencias era no demostrar interés por oírlas. Pero Munet, como quien se substrae de una carga que no es del momento, con el apoyo de pensamientos joviales, exclamó riendo otra vez:

—Si Renato conoce bien a sus compatrio-

tas, sabe a qué atenerse en lo que se refiere a la puntualidad...

—Mejor es ser personal... especialmente en todo cuanto respecta a la rectitud.

—¡Ah, Pitucha, felizmente te tengo a ti para que me prediques historias que yo no sabría forjarlas! Me voy ahora; dame un beso.

—¿Son historias, dices? — inquirió su amiga reteniéndola.

—Lo he dicho porque pienso en cómo acabará la mía...

—¡Oh, la tuya, Munet! Debe acabar como todas las que coronan un corazón que no merece azoramientos eternos... con toque de órganos, velos de desposada...

—¡Deja que lo demás lo imagine a su tiempo! — gritó la joven yéndose.

Cierto aire bohemio, átomo imprescindible de lugares donde se sueña, se sufre y se ama, flota alrededor del taller de Renato, no obstante el moblaje ingeniosamente elegido con la cautela del que quiere que *todo* encierre

motivos de seducción. Y la hay realmente en los objetos de arte, en los adornos y útiles de trabajo, notándose en su disposición un sello de íntimo buen gusto. Un amplio sofá de cuero invita al descanso o a la meditación. A ambos lados, dos sillones de respaldo alto, un diván tapizado en brocado que ostenta el clásico mantón con dragones pintados, indican que el lujo suele avenirse cumplidamente con la elegancia y la ardua laboriosidad. Un samovar tallado en ámbar y oro, obsequio de un noble español, quita al cariz uniforme del estilo, embelleciéndolo.

Por el balcón, cubierto con amplios cortinajes persas, penetra una clara faja de luz yendo a holgarse en el entarimado revestido con género de tintes suaves y sobre la tela virgen del caballete que denota un trabajo en expectativa.

El ayuda de cámara de Renato quitó de manos de Vinica el paquete e hizo entrar en el taller a Munet diciéndole con su singular acento gitano:

—¿La niña recuerda al viejo Nandú?

—¡Ah, sí, naturalmente! ¿Pero ha estado usted siempre con nuestros amigos, Nandú?

La joven usaba el pronombre posesivo como si Livio Terán viviera aún.

—Siempre, niña... y por más que me pesan ya muchos carnavales sobre las espaldas, no quiero dejar a mis amos.

—Hace usted bien en quererlos.

Renato aparecía y el anciano moro se escurrió con bastante ligereza.

—Ese pobre Nandú, ¿aún le tiene usted, Renato? ¡Cuántas cosas me ha evocado su persona!

El joven habló con una afectuosidad que no quería emocionarse:

—La he visto llegar a usted desde el balcón; traía sus especiales y encantadoras sonrisas... Destierre, le ruego, señorita Leroy, todo cuanto el buen Nandú ha podido sugerirle de triste... He quitado de aquí varios cuadros con el temor de que la impresionaran...

—¡Qué bueno es usted, Renato!

—Si fuera posible que llevara usted de

este sitio un recuerdo grato, exento de todo lo que no sea su cuadro y...

—¡Y su arte! — exclamó con ímpetu la joven. — ¡Ah, veo que jamás halló esta palabra su expresión mejor sintetizada que en usted mismo, amigo mío!

—Señorita: creeré en esta deliciosa aserción si el retratarla a usted no será un mero sueño...

El joven descorrió los cortinados dejando entrar torrentes de luz que encuadraban un trozo del puerto y el límpido, armonioso verde de su ribera.

—Estoy convencida que no podía elegir otro rincón de belleza más sugestiva que éste.

La joven no pensó que su última opinión era contradictoria a la que ella dijera a Pitucha algunos minutos antes.

Renato Obarrel, que no deseaba manifestar el motivo esencial de su elección, le respondió casi alegremente, sin sospechar que sus palabras podían ser una revelación.

—¿Sabe usted, señorita Leroy, que mirando desde esta ventana sus galanas ocupaciones no tienen secreto para mí?

—¿Realmente?

—Esta madrugada la he descubierto a usted arrancando flores. Tenía un kimono blanco y el viento hacía flotar sus amplias mangas como si la obligaran a volar; un rato después la volví a ver vestida de obscuro... llevaba las mismas flores en el automóvil que usted manejaba.

—¡Qué vigía alerta! He ido al cementerio...

—Ahora se que es porque madruga usted mucho por lo que tienen tanto sabor a alborada sus pensamientos.

—Eso depende de la sensibilidad del que los oye, Renato; además usted es poeta... Otra vez he debido agradecerle madrigales y un día, lejano ya... comparó usted mi charla a la rosa.

—Tengo un culto de enamorado por esa flor, y me pareció que ninguna otra fuera más digna...

Pero si era fácil resbalar por esa pendiente para terminar en un punto con la eterna frase amorosa, el joven dedujo que no era tiempo aún de romper el fuego. Por lo visto,

Munet no tenía miedo que revoloteara sobre ella alguna de sus chispas, pues reanudó el tema con una confusión de sonrisas apretadas en su boca:

—Yo distaba mucho de suponer que usted también madrugaba tanto, Renato.

—No olvide que hace apenas unos días que vivo aquí, y es ésta una buena razón para que me deje transportar por el entusiasmo que despierta toda novedad.

¿Debía añadir el joven que la perspectiva de que la vería en su taller al siguiente día, habíale hecho dormir con un ojo solo?

Y Munet, la muy pícara, se guardaba muy bien de hacer sospechar siquiera que antes de bajar al jardín, ya le había visto, pues fué esa la causa por la que ni una sola vez dirigiera sus ojos hacia la casa de Renato.

El joven movió unos centímetros el caballete y aprestóse a trazar con su lápiz algunas líneas sobre la tela.

—¿Quiere usted prepararse para que comencemos, señorita Leroy?

La joven sonrió al apercibir un pequeño biombo, creyendo que Renato podría suponer

que a su escudo ella cambiaría su traje de calle por el otro.

El joven dióse vuelta y siguiendo la dirección de los ojos de ella, exclamó:

—¡Ah, ese biombo! ¿Le sorprende hallar en él un paisaje de Olivos?

—Sí...

—Recordando a ustedes, le pinté en Madrid hace varios años.

—Lástima que no le haya usted puesto más tela, en lugar de adornarlo con ornatos tan transparentes.

—Ah, pero ¿es que ha creído usted que esto sirve?... ¡No, señorita Leroy! Pase a esta alcoba; — díjole acompañándola hasta la puerta de la salita contigua.

—Por lo visto nuestras suposiciones jugaban a las esquinitas hoy.

Cuando unos minutos después apareció la joven con su traje vaporoso, Renato tuvo un sobresalto.

—Se me ocurre que no tiene usted más que tender sus manos hacia el cielo, para obtener de su benevolencia todas las gracias

con que se pueda brindar a tan linda adolescente en premio a su pura belleza.

—Es usted sumamente galante, Renato. ¿Entonces, era así como concebía usted mi atavío?

—¡Ah, no tan hermoso; lo confieso! Usted ha orientado en confines más precisos mi fantasía... sólo que ella exigía que sus pies estuvieran desnudos.

—¡Ah, no Renato; eso no! — exclamó enérgicamente la joven.

—Olvida usted que ha prometido ser obediente...

—¡No en todo; antes renunciaría!

Obarrel posó el lápiz y sentóse frente a ella.

—La he ofendido... ¡Ah, le pido perdón!

—No, Renato, no quise decir lo que he dicho.

El joven notó su turbación y balbuceó:

—En arte es absurdo retraerse; pero puesto que se empeña usted...

¿Había dominación en su mirada? Lo cierto es que Munet bajó la suya, y, lentamente,

como quien obra mal de su grado, dirigióse al otro aposento.

El la miró alejarse y masculló entre dientes en un arranque de alarmada conmoción:

—¡Cómo he podido pensar que ella se turbara! ¡Y yo... yo que creí ser fuerte! Me había parecido un error de lesa ilusión que ella viniera; y ahora, ahora este júbilo me está introduciendo púas en el pecho!

Contrariamente a lo que él imaginaba, la joven no descalzó sus pies. Traía de nuevo su sonrisa de sereno desafío, aún cuando su mirada quería significar un sentimiento delicadamente gentil por no acceder a la voluntad de Renato.

—Me temo que sea usted mucho más esquiva de lo que se debe ser...

—Yo temía ser, en cambio, mucho menos de lo que usted supone.

—¿Por qué temía, señorita Leroy?

La pregunta era sencilla, pero la joven no la esperaba, sin duda, pues por primera vez vaciló en responder:

—Porque los artistas se encapotan el derecho de ser todopoderosos. Les parecería he-

rejía sospechar que no todas las voluntades declinen o se rindan...

—Se ve que no ha posado usted nunca...

—¡Ah, amigo mío, esto lo debió pensar usted mucho antes de ahora!

—Es verdad; pero creí que tenía usted más confianza en mí...

—Toda vez que usted no exija una confianza que rebase el límite de la discreción, una confianza idolátrica.

—¿Hay que sopesar las palabras, con usted, señorita?

—¡Ni que decir tiene! Tomás Buckle opina que si una palabra basta para desencadenar todos los horrores, no basta una sola para detenerlos.

—Si pudiera persuadirla de que estaba tan lejos de mí el deseo de ofenderla... Es usted, en cambio, la que me ha infligido una herida...

—¿Yo?

—¡Usted, niña cruel!

—No hace al caso ponernos dramáticos, sobre todo si yo me someto a su censura...

—No permitiré eso. ¡Además está usted tan poco hecha para sumisiones!

—No obstante, arriesgaría una por no malquistarme con usted.

—¿Lo dice en serio?

—Muy en serio, ¿no lo advierte usted? — respondióle al irse a sentar en el mismo diván que el joven ocupaba.

—¿Entonces no estamos ya enojados? ¿puedo acallar mis remordimientos?

—Si hay más de uno, no...

—¡Cómo! No comprendo...

—Me refiero al de perder bonitamente el tiempo, como lo estamos haciendo.

Renato púsose en pie. — ¡Perder el tiempo!; — decíase — ¡qué sabía ella!

Dispúsose a trabajar. Su mano iba ágil y casi rápidamente sobre la tela. ¡Cuántas y cuántas veces había él transmitido en los rostros femeninos de sus cuadros, el de la señorita Leroy! ¿Cómo era posible que allá en Madrid, después de haberla visto tan poco, él sintiera la influencia de su seducción? Entonces era la simpatía, palabra gentil, sentimiento mágico que ensombrece gallardamen-

te la voluntad aprisionándola a su influjo. Axioma de prudencia ante el amor; pero cuyas sutiles y flexibles cadenas no embargan, no emocionan, no subyugan menos. La memoria vidente de aquellas expresiones que él copiara, era tan fuerte como la presencia misma de su imagen. El se apercibía bien ahora que sentíase amaestrado en retratarla, porque antes la *simpatía* guiaba su mano.

Recordó que un día quiso reconcentrarse para pintar los rasgos del paisaje del Prado; pero ¡vanamente! Ella perseguíalo sin tregua, poniendo mella en su cerebro e inutilizando la acción artística hasta hacerle caer vencido, pues la paleta no le prestaba ya su misterioso poder. Esto aconteció cuando la joven, creyendo que Naïr recibiera sus presentes, habíale enviado una fotografía. Entonces un nuevo arranque le indujo a crear una de sus obras maestras: "La triunfadora". Si Munet hubiera visto este cuadro, no tendría ninguna duda con respecto a lo que su hermosura había inspirado al artista, y al significado exacto del nombre elegido.

Al cabo de una hora fué menester tomar un descanso y Nandú sirvió el té.

—¿La he fatigado, señorita Leroy? Es usted tan inquieta, que creo en que ha hecho un verdadero sacrifico permaneciendo juiciosamente en el mismo sitio. ¡Cuánto se lo agradezco!

—Estoy contenta de haberlo ayudado, muy contenta, y, sobre todo, estoy orgullosa de...

—¿De qué? — inquirió el joven, viendo que ella interrumpíase.

—¿No me juzgará usted muy vanidosa?

—Tendré presente que es usted mujer.

—Sin embargo, puedo asegurarle que sería ésta la primera vanidad, y de la que no soy tampoco muy culpable.

—¿Se ha propuesto intrigarme?

—Y bien, sépalo, Renato: me llena de orgullo que sea usted quien llegue a perpetuar en la fama mi juventud.

Por modestia ella se abstuvo de decir: mi belleza.

—¿Luego cree usted que esta obra merecerá ese honor?

—¡Sin duda alguna, amigo mío!

—¡Cómo lisonjea usted mis esperanzas, señorita Leroy! Es ésta una manera de trabajar con una colaboradora; ¡más aun: es vislumbrar y hasta vencer los infinitos escollos de todo misterio, es tener fe, la fe que alienta, que salva!

El joven había encerrado en la suya la mano de ella, mientras le hablaba, y Munet sintió el calor de su entusiasmo como si una caricia cubriera todo su sér.

Sin gran deseo ella desembarazóse de la presión; luego le dijo convencida:

¡Qué feliz es ser artista, Renato!

—Cuando se halla la idea predestinada, sí.

—Usted la hallará siempre...

—¡Su optimismo me hace tanto bien, señorita Leroy!... Sólo que muy seguido se ensaña en mí la desesperanza.

—Es cuando se apacienta uno de pensamientos contristados; pero eso se destierra mediante un buen impulso de fuerza de voluntad.

—Yo me creería al abrigo de todo anonadamiento si pudiera oírla a usted en los mo-

mentos ingratos en que faltan los átomos amables.

—Pero... ¿y antes?

—¿Antes?

—Sí; antes de ahora, desde que se inició usted. Sus triunfos no hacen prever que haya habido titubeos...

—Quizá porque eran más modestas mis aspiraciones.

El pensaba al decir esto que era ya bastante alardoso su afán de transfundir en la tela esa gracia de mohines, de sonrisas, de expresiones, que por momentos escapaban a su paleta.

El joven había vuelto a tomar sus pinceles, y ella ocupó de nuevo su puesto.

—Renato: ¿es un árbol lo que hay allí junto a mí?

Después de cierta irresolución, él respondió:

—Algo que se parece a un árbol.

—Pronto va usted a hacernos sentir hasta el delicado perfume de ese paisaje.

—¡Qué adorablemente buena es usted!

La joven ya no estaba quieta, y hacía rato

que sus ojos no sostenían la mirada escrutadora del artista.

—¡Ah, soy un pésimo egoísta! Estoy en vena de trabajo y ni me apercibo que puede usted cansarse, señorita Leroy.

—Le confieso que si continúo así otra media hora más, me enfermo.

El énfasis que la joven dió a esta exclamación, hizo sonreir a Renato.

—No obstante, ha sido usted muy paciente.

—Yo también lo creo...

—Temo que me guarde rencor y no quiera ya venir mañana.

—Vendré y quizá ponga a riesgo un peligro...

—¿Un peligro?

—Sí; el de encariñarme con la obra.

—No veo peligro en ello; cumpliría usted con un deber, en tal caso.

—¿Y si llego a querer que sea de mi exclusiva propiedad, que sea mía, muy mía?

—Habrá que ver si después no cambia usted de opinión, señorita.

—¡No, Renato!

—¿Y si yo sintiera el mismo deseo de que

fuera mía, muy mía? Hay telas que un pintor no vende ni por todo el oro del mundo.

—Tendrá usted muchas que le son queridas... Esa...

—Esa se la daré si consiente en aceptar un pacto.

—¿Cuál?

—¡No; aun no, señorita Leroy!

—¿Me lo dirá usted cuando esté terminado?

—Sí.

Ella disponíase a traspasar el umbral del saloncito para mudar de vestido, pero volvió sobre sus pasos y acercándose al joven que contemplaba complacido la tela, le inquirió llena de mimo:

—Renato: ¿no será muy severo ese convenio?

—Estará de acuerdo a la importancia que tendrá el cuadro para los dos...

—Entonces tengo razones de temer.

—¡No empiece tan pronto!

—Es precaución; así tendrá usted tiempo de aligerar mis temores.

—¡Quién sabe!

—¿Y qué? Sería amable que me lo prometiera...

—¡También lo sería si por una vez tuviera usted confianza!

Munet atribuyó a los nervios la nueva sensación que habíase adueñado de su ánimo. ¡Quién confesaría la dudosa utilidad de esta palabra que tan secretos motivos disculpa y cuyos pícaros y mañosos temblequeos suelen tener cierta analogía con prodigiosos atractivos! Y la nerviosidad iba alimentándose a medida que se repetían las poses en el taller de Renato.

Pero un día ella advirtió que él tenía sumo interés en reanudar el tema casi olvidado de las cartas.

—He conocido su alma mucho mejor que reflejada a través de un cristal, y se lo he dicho...

—¿Cuándo? — interrogó sorprendida.

—¡No se mueva, por favor, señorita Leroy! El joven le inclinó suavemente hacia un la-

do la cabeza, pero ella hizo un gesto rebelde para mirarle a los ojos, mientras volvió a formular la pregunta:

—¿Cuándo?

—Cuando me permitía hablarle con el corazón en la pluma. ¿Por qué me dijo usted una vez que mi amistad debía parecerse a la pasión?

Renato no había abandonado aún el sitio que tomaran sus manos.

—¡Recuerde que yo no me dirigía a usted, oh, recuérdelo!

—¡Perdóneme! Ha habido algo en su mirada que me alentó a manifestarle estas cosas... — exclamó separándose.

Munet comprendió que él estaba mortificado, que sufría; no obstante, reprochó:

¡No debió obrar así!

—Sea indulgente, señorita Leroy, ¿acaso sabía yo dónde me conduciría ese procedimiento?

—A violar sin derecho rincones sagrados.

—Usted no ignora quién lo ha dispuesto así...

—Pues se ha resignado usted con demasiada mansedumbre.

El joven posó los pinceles, y con voz lenta donde la franqueza se debatía entre el temor de ofender en forma más grave del agravio recibido y el ansia de retribuirlo, amonestó:

—¡Veo que hay mucha fragilidad en sus sentimientos, señorita!

Un latigazo no hubiera hecho tanto daño a Munet como esta apreciación y el tono mordaz que la acompañó. ¿Qué móvil misterioso les impulsaba a ofenderse? El añadió con voz que parecía un gruñido:

—Sin embargo era la pobrecita Naïr que... En fin: devolveré a usted sus cartas, aunque ahora sé bien que no dejará de llamarme intruso y...

Un sollozo interrumpió a Renato.

—¿Cómo, señorita Leroy, llora usted ¡Ah!

Inclinose hacia ella y aprisionó de nuevo la cabeza que Munet escondía malamente entre sus manos crispadas.

—Pobre niña... pero ¿por qué ha traído usted tanto caudal de enojos hoy? ¿por qué?

—Yo no quería... ha habido un error, Re-

nato, se lo juro. ¡Cómo me seguirá juzgando usted!

El joven le habló mientras trataba de apaciguarla:

—¿Quiere que se lo diga en dos palabras?

—No; tengo miedo...

Muy bajo, como una caricia, le sugirió con pasión contenida:

—No debería tenerle...

—¡Entonces, dígalo! — ordenó ella, mirándole a través de sus lágrimas.

—Días pasados le dije que era adorablemente buena. Hoy sé que es usted mejor que eso; que es adorablemente femenina.

—¡Renato!

—Sé que puedo otorgarle otros calificativos no menos interesantes... que puedo acumular perfecciones, sin acercarme por esto a la verdad.

—Parece que le divierte verme afligida.

—¡Oh, no! — protestó vivamente.

El joven pensaba en aquella frase que bien podía apoyar aquí una predicción: Las lágrimas son la extrema sonrisa del amor.

Conmovido Renato al discernir en ese abandono una parte de cariño, balbuceó:

—Huyen a mi acento las palabras que anhelo para expresarle a usted lo que sus lágrimas y su debilidad suscitan en mi ser. Ahora, yo también tengo miedo... ¡Y en mi temor hay tanta ternura!

Pero repentinamente púsose en pie y tomó los pinceles como si una nueva inspiración hubiera tenido la fuerza de romper el encanto de esa intimidad.

Después de dos horas, Munet dispúsose a volver a su casa. El ambiente estaba impregnado por un vaho de sortilegio prometedor, por susurros armoniosos que aletargaban, que atraían a la vez. Ella dejó como siempre su traje encantador en el saloncito que servía de tocador, y como siempre también al despedirse, halló alguna frase exaltada que soplara un avispero en el corazón del artista.

Lo primero que hizo Munet encontrándose en su alcoba, fué releer las cartas de Renato. Un rubor coloreó sus mejillas por todo lo que ella escribiera, por todo lo que le había sido escrito...

"¿Qué culpa tengo yo si mi entusiasmo y mi admiración por tí me llevan a deslizarme en un mar de afectos, en donde pláceme en sumo grado hacer nadar mi corazón?"

Luego aquellas en que la instaban a dejarle indagar las afinidades íntimas de su carácter y de su alma. ¡Ah, tal interés no provenía de una amiga sobonsita o novelera! Esas misivas habíanse hecho imprescindibles en su amistad, como ahora lo sería en su vida el amor de Renato. Dijo en alta voz esta revelación dichosa: ¡No sentiré por nadie en lo sucesivo, lo que hoy siento por él... Le amo, le amo!

Un desvarío análogo a aquel que le trajeron las gotas de una llovizna menuda y persistente, se insinuó en ella, pero ya sin la aprensión de que fuera desconocido el poeta que entrelazara emblemas de amor y de gloria imperecederos... pues se había operado el milagro delicioso, árbitro de todo destino.

XIII

"Renato:

"Es menester que prescinda usted, tan sólo por unos días, (yo lo espero así), de esta "señorita Primavera" que, de tarde en tarde, no puede substraerse a ciertos adustos azotes de invierno.

"Le escribo aquí entre esta pieza de sanatorio llena de éter que me oprime, y donde, para tranquilizarse, el pensamiento vuela hacia el rincón pintoresco de su taller y en aquel convenio ignorado que puede tener "el encanto de la atracción divina, como la belleza envuelta en el misterio".

"Trabaje mucho, Renato, y tendré así la agradable evidencia de que ha pensado en

Munet"

En postdata la joven lo inducía a pedirle explicaciones a Vinica. Es inútil decir que estas esquelas surtieron el efecto de un maná

en el artista. Esa frase de su carta evocada por ella, tuvo para él la misma expresiva dulzura de un beso que se tendiera hacia sus labios ansiosos y febriles. ¡Con qué ardor trabajaría para concluir el cuadro que sería el emisario de su ventura, y qué fácil, promisor y deslumbrante se le aparecía el porvenir!

La señorita Leroy debió interrumpir la poesía esencialmente fascinadora de esas tardes, por un anuncio inusitado pero no por eso menos posible de cuantos sucesos envisten como por asalto la vida de todo mortal.

Presintiendo su fin muy cercano, Elio Terán habíala hecho llamar en la cabecera de su lecho.

No hay dolor comparable al de un ser que sólo en los momentos extremos comprende hasta qué punto ha malgastado su vida. Los desgastes físicos que le ocasionara su descarriada conducta de libertino, debía, al andar del tiempo, hacerle comprender que la Naturaleza no tiene mucha indulgencia con los que

se toman la libertad de burlar sus leyes. Y él sucumbía bajo el peso de esa ignorancia llena de osadía. Ahora, postrado e inerme, invocaba el auxilio de un corazón puro, y, precisamente aquel que, meses pasados, rechazara ofendiéndolo en sus más hondos y delicados sentimientos. Lucha de remordimientos le hacía pensar que si algo de suyo podía aún salvarse, fuera antes su alma que la cosa decrépita que hoy era su cuerpo. Admitía sin desdén que su último viaje tuviera que realizarse en plena juventud, pero morir sin una palabra afectuosa, sin que una mano estrechara la suya y llevarse así el postrer contacto como un presagio de paz... ¡Ah, eso era horrible! Había coherencia en su delirio para agonizar sin que sus ojos estuvieran completamente cerrados a la luz de toda misericordia...

Y, mientras tanto, Munet estaba cerca de él; pero Elio lo ignoraba. Había clamado por ella hacía apenas una hora y no sospechaba que sus ruegos obtuvieran ese resultado, porque estaba convencido de no merecerlo.

La señorita Leroy, que sólo veía su perfil, le

miraba con una opresión dolorosa de todo su ser. Un parecido extraño había ahora en el joven con su abuelo, y ella sentía renovar la angustia de aquella pérdida. Leyó el funesto anuncio: *grave,* y una bondad, mezcla de simpatía y ternura cedió al lugar que, momentos antes, ocupara la angustia.

Después de escribir las líneas que tanto turbaron a Renato, ella dispúsose a permanecer al lado del enfermo, porque le habían dicho que la necesitaba.

De espaldas a ella, Terán, a quien el mal no le negara la facultad de pensar, dejó resbalar una lágrima por su rostro. La joven la vió y supuso que no se hallaba bajo la inconsciente pesadez de un mal sueño; entonces, acercándose apoyó dulcemente su mano sobre la del joven.

—Elio, abres los ojos... ¿me ves?

—¡Ah, sí; gracias!

Los lívidos labios moviéronse a una sonrisa donde el dolor no excluía una suavidad atrayente que hubiera lastimado al más cruel. ¡Y qué distinta expresión la de esa mirada que se fijó en la señorita Leroy! Nada había allí del

Elio despreocupado e indiferente de otras veces... Era una mirada azorada que impetraba perdón; que parecía tener una ansia atroz de abarcar todo el esplendor que vislumbraban sus ojos y llevárselo grabado en su alma para siempre. Munet extremecióse: jamás ninguna demostración le hubo parecido tan patética.

Mucho rato pasó antes de que el joven pudiera desplegar los labios, notándose en los movimientos de su cabeza que deseaba ardientemente explicarse. Al fin, con voz débil y casi ininteligible balbució:

—¡Después de... lo que hice, has venido... Has permitido que viera fulgurar la aurora antes de mi último sueño!

Munet se dió cuenta que estas palabras condensaban la sinceridad de un nuevo afecto, y, del mismo modo que otra vez, junto a su padre adoptivo, repitió con idéntico aranque:

—¡No hables así, no quiero!

—Pero yo... yo quería odiarte, yo que...

—No caviles con lo pasado... Trata de serenar tu espíritu. Dios perdonará.

—¿Y tú?

—Yo también... Puesto que estoy aquí.

Un suspiro demostró que la duda había acogido esas palabras.

—He ensombrecido tu alegría; he apresurado la muerte del abuelo... de tu amado papá Livio. ¡Ah, cuánto mal te hice, Munet, cuánto mal! Iré mereciendo tu indulgencia, quizás a medida que visites a nuestro viejito, y donde estando yo en su compañía... se irá poco a poco labrando tu perdón. Hoy es piedad, Munet; pero la muerte endulza los rencores, hasta los desvanece... ¡No hay fuerza comparable a la del tiempo!

—¡Elio, te lo ruego!

—Déjame. ¡Oh, no hubiera podido resignarme... me habría sido difícil irme sin poderte hablar. Dios es clemente! Dime: ¿por qué te odié; no lo sabes?

—¡Sí lo sé. Tranquilízate; tu semblante se altera; tu voz me hace daño, es débil; tienes fiebre... calla, Elio!

En verdad la joven sufría oyéndole. Mezclábase a su pena presente la de aciagos días, y un desconsuelo provocaba en ella el desgarrador acento de Elio.

—¿Por qué te odié?

—Elio, tú olvidas que yo tampoco te quería... Había en nosotros mucha disparidad en ideas y en carácter.

—Ah, sí; pero tú no me odiabas, ¿verdad que no?

—No te odiaba.

—Ultimamente, cuando... yo comprendí que te sometías a ser mi esposa sin hastío, sin repugnancia. ¡Ah, lo que he sufrido incitado por tal memoria; lo que podré sufrir aún, será poco para castigar mi desastroso yerro!

—No eras tú entonces...

—¡Cómo!

—No; no eras tú; había de por medio aquel enigmita tuyo... esa joven que te alejaba de nosotros.

—¿Lo sabias, Munet?

—Lo supe desde... el comienzo.

—¿Entonces, tú, que me veías ya náufrago, por qué no me salvaste? Un rostro bello y un alma vil me trajeron a este estado de disipación física y moral. ¿Por qué no me salvaste, Munet, por qué?

—Piénsalo bien: a mí sólo me incumbía intentar salvarte, y lo hice...

—¡De veras!

Después de una pausa el joven prosiguió como si soñara: "Papá Livio: tú nunca tienes presente que Elio es un muchacho todavía... Ya verás más tarde cómo se afirmará su carácter, cuando la experiencia y las obligadas desilusiones le enseñen más sabiamente que ninguna otra escuela.

Hacía falta que él recordara de corrido esas palabras, como si no estuviera ya demasiado conmovida. Las lágrimas que orillaban sus pupilas no se detuvieron ya, resbalaron ligero por su rostro. ¿No era sensible que Elio hubiera hecho resonar tal idea como un oráculo?

¡Caramba que se propasa usted, amigo mío! — exclamó al entrar, uno de los médicos, el mismo que había asistido a Livio Terán.

—¡Está usted afligiendo a esta niña! ¿Vamos, qué es esto...? ¡hay que alegrarse, entiende usted?

Ella se levantó, y con forzada sonrisa arguyó, llevando el pañuelo a sus ojos:

—Será menester que yo me vaya...

—¡No! — dijo desesperadamente el enfermo, elevando la voz.— Dígale, doctor, que no se vaya, será por poco...

—No me iré, Elio...

La joven se asustó. El semblante que antes tomara un tinte propio de la animación que lo invadía, había vuelto a la anterior palidez; una palidez cadavérica que daba escalofríos.

—Mientras usted está aquí, doctor, yo voy a dar un golpe de teléfono.

¿Puedo quedarme toda la noche?

—Sí, señorita, si antes le hace usted prometer que no hablará mucho:

Cuando ella hubo cerrado la puerta, Terán masculló con desaliento:

—Doctor, no le deje creer que algo puede hacerme daño.

—¡Vaya un pesimísmo, hombre! ¿No ha habido nada que le haya hecho a usted bien, desde hace apenas una hora?

—¡Sí!

—Pues andando... Acepte ese milagro y no piense en desperdiciarlo. Se ha empeñado talmente en su afán de morir, que ahora le

cuesta creer lo contrario, le cuesta creer que puede tener grandes esperanzas de sanar.

—Usted sabe, doctor, que desde hace unos meses he vivido acechando este momento... Sabe usted que es su perdón lo que puedo obtener, si muero...

—¡Ea, tonto! Y si vive, lo obtendrá todo; ella se casará con quien le ha destinado su abuelo. ¡Ah, si esta jovencita fuera menos ángel que mujer, sabría ya que se ha minado usted más por exceso de amor a ella que por su turbulenta conducta anterior! Lo que pasa es que usted la adora desde que ella lo arrojó de su casa; ¿no se lo ha dicho?

—¿Para qué?

—¿No se atreve, Terán, eh? Vaya así somos casi todos los criollos; demasiadamente tímidos, o más osados de lo que conviene. El término medio nunca dejará de ser señal invisible para nosotros.

—Hay aquí algo más que todo eso... ¿Cómo puede unirse el vicio con la extrema pureza? ¡Si uno volviera a nacer !

—Un arrepentimiento es la redención moral, y esto equivale a nacer de nuevo.

—Si usted obrara más como médico que como amigo, sería menos piadosos y más justo. Ella también quiere salvarme. ¡Ah si supiera cómo he pensado desde que la amo, en que yo hubiera podido ser capaz de formar un hogar, si tuviera derecho a admitir esta dicha! ¡Pero, míreme usted, doctor, y dígame si no es un sacrilegio pretenderla y ambicionar tales bondades de la vida!

El joven médico reflexionó un instante; luego exclamó impetuosamente:

—¡Yo pienso que el mundo se enloquece, se desvive por los que triunfan a fuerza de boato, y tenemos aquí tantos héroes anónimos!

Al volver de nuevo junto al enfermo, la joven halló a Osvaldo Lavalle. Elio le decía sin soltarlo de la mano que había tomado con efusión:

—¡Siempre se te encuentra a ti en los trances difíciles y graves, Osvaldo; siempre noble y generoso!

—He venido a hacerte compañía esta noche.

Munet le agradecía, pues no dejaba de causarle cierta impresión de miedo el permanecer

sola al lado de Elio, cuyo estado no prometía nada consolador para días venideros.

Osvaldo iba conmoviéndose en grado sumo. Quedarse allí con la señorita Leroy, imponerse de cuando en cuando silencio con la mirada y con el gesto, volver a decirse después de largos intervalos otra palabra en voz muy baja, era casi igual a aceptar las horas como aliadas de ese acercamiento que entrañaba en treguas más o menos llevaderas, la incertidumbre, el dolor, la esperanza, la fe en Dios y en el amor.

XIV

La señorita Leroy cediendo a una invitación de Osvaldo Lavalle abandona en su compañía el departamento del sanatorio.

Mientras bajan juntos en el mismo ascensor, el joven le interroga tímidamente y con tal asomo de dulzura, que Munet le sonríe agradecida.

—¿Si me permitiera acompañarla hasta Olivos, señorita Leroy? Yo podría llevarla, ¿le parece bien?

Ya en la puerta ella le rogó que despidiera su automóvil, para viajar primero en tranvía, luego en tren, pues estaba ávida de ver calles y gentes.

Encantado Osvaldo por tal deseo, envió su coche al garage. Después de caminar una cuadra, a ella le agrada poder contemplar la plaza Lavalle, tan animada a las cuatro horas de la tarde, y como había estado tanto

tiempo claustrada, puede decirse, ese lugar se le aparece lo que es efectivamente: de un atractivo adornado por el espectáculo donde se yergue alto, austero e imponente por lo audaz de sus líneas, el Palacio de Justicia, que mira al Teatro Colón como queriéndolo empequeñecer, quizás a causa de su misión lírica que contrasta en forma absoluta con el imperio de la ley. Sin embargo el gran coliseo, que bien justifica el orgullo de los porteños, cobra en su interior una majestuosa autoridad artística que domina e impresiona tanto como el exterior del coloso de estilo dórico que está de un costado a su frente.

En medio de la calle Tucumán, que divide la plaza, ¡qué altiva y serena, a la vez, se eleva la estatua del prócer Lavalle!

Los paseantes circulan retardados, distraídos o apresurados, y sus pasos alegran la vista de Munet y hasta su ánimo.

Realmente, pesa muchas veces ser rica, — piensa ella, — aunque más no sea por no poder participar de ciertas diversiones que nuestro gran mundo tildaría de ingenuas. Y es que, según la nueva fuerza de un senti-

miento no vencido que se insinúa en nosotros, los gustos se vuelven modestos y de una suavidad análoga a la bondad, porque nos sentimos más cerca de las almas humildes y afligidas, creyendo que participando de su pobreza, aun cuando ella reside sólo en sesgo de imaginación, se aviva la lumbre de la misericordia y nos parece tributarle así una mínima parte de homenaje al ser que amamos.

El cielo de un celeste delicadísimo, hace más fulgurante el brillo del sol, y la ciudad grave y altanera como las notas del himno argentino, no es poco capaz de tentar a ese cielo con el eslabón que une dos privilegios; no obstante ser el uno irradiado por el manto de los siglos y la otra de un período en plena juventud en flor.

Después de haberse sentado en el tranvía que debía conducirlo a la Estación Retiro, cambiaron algunas de esas frases de circunstancias que, a la vez que resultan inciertas y vagas, revelan el propósito que se intenta disimular. No tardaron en caer en un silencio que para Lavalle era de una inquietud con

fingidas pretensiones de distracción. Munet junto a la ventanilla observaba tranquilamente los edificios que se sucedían a medida que el tranvía iba ganando camino. Ella seleccionaba visiones deteniéndose en aquellas que atraían el más emotivo de los giros de su mente, y éstos, fácil es comprenderlo, se circunscribían a Renato. ¡Pero yo, decíase, — ¡qué pronto he quemado mis alas! ¡qué pronto he desmigajado mis creencias anteriores, mi voluntad, no más con verlo! ¿No será acaso mi admiración tan fervorosa que ha culminado en adoración rápida e intensa? es que él ha entrado a hurtadillas en mi ser... Se colocó primero sin grandes pretensiones, tal vez, en un lugarcito apartado esperando que yo le buscara un día... y mi corazón, femenino al fin, y por ende más tierno que tornadizo, le halló cuando ya no podía desalojarlo porque él le poseía por entero.

Lavalle, en cambio, volvíase egoísta e inhumano. Un deseo impropio lo acosaba: una pelea, un choque, la ruptura de un cable, en fin, una de aquellas vulgares desgracias que hacen interminable la detención del tráfico,

para tener suficiente tiempo de interesar en un argumento a Munet y que éste respondiese a su cariño, sin herir la susceptibilidad de ella. Pero nada y nada... Una zozobra sustentada por el pensar que ya sería rara la ocasión de hallarla a su lado. ¡Y si no existiera más que esto; si sólo el no verla de continuo fuera lo que le hacía sufrir! Pero había de por medio ese delirante entusiasmo por el nuevo ídolo, ese pintor que parecía haber sujetado todas las bellezas de otros climas y difundirlas a su alrededor para que lo demás se desvaneciera como figura impalpable de sombra. Osvaldo ya podía haber inmolado en la hoguera de su pasión, tesoros de decoro, de inteligencia, de vida misma; para ella nada significaría tanta destrucción... Y sin embargo, una voz más influyente que todas las promesas le habla ahora.

Están ya en la Estación Retiro. Mientras el joven rememora sus ilusiones de aquella noche de tormenta, cuando la seguía con el mismo amor en el pecho, el caso de una realidad suave esta vez, le obliga a abonar dos

boletos, matizando con tintes más firmes aún la grata obsesión de tales ratos.

Los ojos de Munet son imperiosos y dulces, y las picardías que los cubren no desdeñan siempre el luminoso reflejo de una correspondencia mutua. ¡Qué lindo sería dejarse seducir por su lenguaje sin la desastrosa suposición de que él ha imaginado un fulgor para aportar sosiego en las tinieblas que perturban y matan el sueño de sus noches! Es que hay en algunos seres una terquedad inexplicable en desplegar todas las velas a vientos de imposibles.

Pero ya en el tren, Osvaldo se siente menos tímido, aunque más apesarado a causa de que todos sus razonamientos convergen en tribulaciones, que según él no llegarán a ligarse a presentimientos risueños.

Era necesario que hablara de ese pintor poeta, si no quería adentrarse en confusiones de abismo, como si las luchas se desterraran con solo encararlas.

—Admiraremos en el próximo inviero una exposición del señor Obarrel, ¿verdad señorita?

—Si ya está usted dispuesto a admirarla, es de esperar que no sufra una desilusión.

—No lo creo fácil tratándose de un artista como él, a pesar de que la opinión que nos hacemos de nuestros semejantes, es casi siempre hija de las circunstancias.

—Sea cual fuere su juicio, es siempre de los que hay que tener en cuenta.

—En cambio yo estoy convencido que si hay algún juicio que deba prevalecer no será seguramente el mío...

—¿Pues el de quién, entonces?

—Hay pensamientos pasajeros que parecen confirmar una sentencia y no siempre son confiables...

—Las personas como usted, señor Osvaldo, no deberían callar lo que piensan, por la misma razón de que todo cuanto se les ocurre es digno y valedero.

¡Gracias! Ha tenido usted siempre respecto a mí, ideas tan halagüeñas que, al agradecerle, imagino que sean motivadas, más por estimación hacia mí que porque sean verdaderos los méritos que me atribuye.

—Y no le he dicho todo lo que su caballero-

sidad ha forjado a su alrededor. Voy a expresárselo brevemente: Sé que si hubiera muchos hombres como usted, el mundo estaría poblado de más seres felices.

—¡Gracias! Eso no significa que yo merezca u obtenga la felicidad que ambiciono.

—No hay que desesperar... el porvenir puede ofrecer benignas sorpresas. Pero ese pensamiento que equivale a una sentencia ¿cuál es, puede saberse?

—Yo pienso que casi todos los artistas posponen su amor a su arte...

Después de una breve pausa, la joven le interrogó con manifiesto estupor:

—¿Lo cree usted así, señor Lavalle?

—Sí, salvo raras excepciones. Creo también que no deja de ser incauta la que cree fomentar un sentimiento inextinguible en aquellos que sólo atesoran el único empeño en la realización completa de la belleza... y esta belleza no suele tener siempre el mismo nombre.

Estas palabras produjeron en Munet el efecto de un saetazo en pleno pecho.

—¿Usted creería cuanto acaba de decir, a

pesar de saber que en algunos seres el amor ha obrado como principio y derivación suprema de todas las aspiraciones artísticas? Aun cuando... — Osvaldo extendió el brazo hacia ella para detener su impulso de ir a fondo en la defensa del que amaba. Munet, a su vez, comprendió que también debía respetar la pasión que ella despertara en Lavalle. Pero queriendo tomar desquite buscó una peroración oportuna, una luz de otro cerebro que resonara como esencia de una mentalidad superior, y exclamó:

—Bersier, Bersier dice que las ideas sin el amor que las fecunde, son como el sol de invierno, que alumbra, es verdad, pero bajo cuyos rayos puede uno morir helado.

La respuesta de Osvaldo hubiera podido truncar ese aforismo quizá, pero no tuvo valor de seguir mortificándola.

—¡He aquí un argumento decisivo, que me ha hecho comprender cuán digno de admiración es el hombre capaz de haber conquistado un corazón como el suyo, señorita Leroy!

Habían llegado al chalet. Munet manifestó su entusiasta agradecimiento por la aten-

ción del joven, rogándole que no olvidara el camino de su casa.

Esta vez Osvaldo no esperó como en aquel día, la sonrisa que desarmara la angustia de un temor. Sabía ya que toda esperanza era vana. Lo verdadero era que había podido arriesgar su vida por defenderla, por serle agradable. ¿Qué significado tiene todo esto cuando la suerte es adversa?

Debía tomar una decisión irrevocable. Pero no seguirla más, no ver la mirada capaz de aquietar el borbotón de tantos dolores... ¡Renunciar a escuchar la voz que tamiza el aire de pureza, era renunciar también a lo único por lo que se tiene razón de amar la vida!

Una voz interior, menos dulce que la de la amada, le susurra como un sermón de piedad algo análogo a esto: ¡Cuando tras ciertas batallas del corazón ha quedado en pie la envoltura del ser, aun se puede arrastrarla en pos de un ahinco que no humilla: la patria!

Mientras tanto Munet se dejaba caer desalentada en un sillón. Habló a Pitucha de un resto de cansancio para que la dejara sola. Hacía tiempo que no hablaba con la señorita Aldanis sobre cosas que interesaban a su corazón, evitando los consejos serenos y cuerdos de su amiga, para no verse obligada más tarde a excusarse de no haberlos puesto en práctica. Y por esta razón, aun viviendo juntas, se hacían menos confidencias que antes.

Se ha dicho que la opinión es la tirana de la verdad, pero también sabía Munet que hay verdades más punzantes que todas las heridas. Que hay ideas que se extienden y toman cuerpo en un espíritu incapaz de desterrarlas y, por consiguiente, de nada sirve el palacio construído de bellas esperanzas, la mejor fortaleza cercada con demostraciones fervientes, donde la sinceridad había templado sus bloques de piedra, que no obstante, la pertinacia de la duda desmorona.

La elevación del carácter de Osvaldo, los elogios que le merecía y el afecto que por él había nutrido desde tiempo atrás, le hicieron sustentar a través de sus palabras,

la más enconada de las incertidumbres, cayendo en pérfidas cavilaciones.

Ha caído la noche: Resplandores de luna se filtran por los vidrios de la ventana, posándose definitivamente en la alcoba. Hay un dejo de abandono con cierto deseo de total olvido por cosas pasadas y presentes en Munet. Y, como si esa nueva causa sellara toda huella de felicidad, ella se sume en un sopor de pena que infunde a su rostro indecible quebranto.

¡Debía admitir que para Renato su belleza fuera tan sólo la riqueza de una embriaguez fugaz o de un capricho!

XV

De Renato a Munet

"Jueves 21 de Marzo, en Olivos".

"Señorita Leroy:

Nunca me ha concedido usted el permiso de escribirle bajo mi nombre verdadero, aunque sí con mi verdadera personalidad. Antes, guiado por ese tuteo que colabora con la tierna franqueza, los pensamientos afluían en bandadas, a pesar de que no se sabía bien cuál había de ser el escogido...

"Me han dicho que a ido usted a mitigar el dolor de un moribundo. El no será menos desdichado que aquel que transpone el umbral del paraíso y siente inmediatamente después, faltarle pie a toda esperanza. ¿Qué es lo que ha creado un obstáculo insuperable a una ventura vislumbrada cuando iba yo a

ofrecerle el don de mi vida? Es inútil que me obstine en estudiar la causa de su enojo. Convencido de no haberla ofendido, y más convencido aún de que he dado a usted pruebas positivas de mi cariño, no puedo resignarme a esta desunión de nuestras almas... ¡Cambian tan rápidamente sus sentimientos y sus ideas respecto a mí que, tomándolas en cuenta, es como para enloquecerse! El juicio es atrevido y descortés; lo advierto; pero ¿qué debo pensar comparando su actitud pasada y, repentinamente, esa retractación que significa su completa renuncia a toda correspondencia conmigo? La excusa que me ha dado usted es tan poco aceptable... ¡Que por el bien de mi arte debo permanecer libre! ¿Acaso ignora la parte que tiene usted en él y aun en mi vida? ¿Quién sino el amor, milagro ideal de todas las glorias, ha hecho de mí lo que soy? ¡Ah, Munet, alma querida! ¿Cómo no ha visto usted a través de mis cartas un juramento de cariño inmenso, y cómo concibe que pueda yo ser libre si mi alma es suya?"

Tras esta carta le pareció a Munet que fluc-

tuaba la desesperación de Renato y que ella era arrebatadora como la misma tentación que oprimíala de correr hacia él, de desvanecer sus pesadumbres y las de ella oyendo sus quejas, cuando se hallara bajo la augusta ternura de su mirada. Quizá se hubiera condensado su destino en ese arranque, pero siendo altiva y orgullosa, prefirió anonadarse de hastío antes de resolver en breve espacio de tiempo, una situación que se le haría cada vez más insostenible.

Había rogado a Renato que no tratara de verla, pues confiaba más en la lealtad del joven que en la fuerza de ese retraimiento, capaz de quebrantarse con la atrayente adhesión de su presencia.

¡Debía acorazarse de valor para evitar, aun a costa de un tenaz sacrificio, la humillante derrota de no merecerle un amor exclusivo!

Pero las cartas de Renato, antes apasionadas y pletóricas de una indulgencia que creía obtener mejores éxitos que con ásperas amonestaciones, fueron espaciándose hasta perderse, a semejanza de un total abandono.

El joven habíase ausentado de Olivos, demostrando pasiva obediencia al pedido que ella le hiciera, y Munet le atribuyó a esa actitud el árido y desesperante oprobio del olvido.

Después de aquel cuadro en el que intervenían todos sus afanes de vida laboriosa y expectante, Renato no había vuelto a pintar, como si al derrumbe de sus ilusiones se hubieran aletargado sus facultades, y destruído la potencia creadora cuyo influjo rendía las simpatías del más frío observador. Ahora parecía como si su alma estuviera de duelo para prestarle su concurso, y al extinguirse el estímulo, la dejara huérfana de voluntad.

Hallando enervante y desoladora la obligación de vivir, supuso que sólo vería menos tétrico al descubrir el misterio de su dolor. A fuerza de desilvanar sucesos pasados, dijéronle que la mujer que en tal alto pedestal colocara era una aventurera que, por obtener las mejores satisfacciones de amor propio, habíase lanzado al censurable capricho de rematar un beso aprovechando la pomposidad de su belleza y fingiendo en tal deseo la bondad mejor justificada. El sobrenombre de

"Mendiga de besos" y el hecho de que Elío se hubiera negado rotundamente a casarse con ella valiéndose de malvada artimaña, eran razones más que fundadas y poderosas para que se agigantara el conflicto de su mente, en el que la delicadeza y el honor de la señorita Leroy no salían muy airosos. Luego, ¿cómo era posible que la abnegación de Osvaldo Lavalle no hubiera merecido recompensa, siendo que Munet prodigaba sus amabilidades hasta el extremo de no importársele de nada ni de nadie? ¿Cómo también, después de la afrenta causada por Elio, ella había corrido a su lado al saber que estaba enfermo, aun a despecho de todas las conveniencias? Y ¿exige el decoro de una mujer que al enamorado rechazado ante los ojos del mundo, se le reciba en privado al abrigo de las dulces y serenas expansiones del hogar, y se pasee muy naturalmente en su compañía, no rehusando requerimientos y aceptando cualquier conjetura o calumnia? Haciendo deducciones por apariencias, Renato llegó a esta conclusión muy poco alentadora: "¡O me vuelvo loco, o esta señorita Leroy es la más pérfida coqueta que he conocido!"

Tres meses pasaron sin que al arrebato desmoralizador de la duda que a cada cual torturaba, una claridad despejase esa carga que obstruía su dicha, sin ser capaz por esto de aplacar la violencia de su pasión.

Y el invierno comenzó, prestando a las excitaciones de fiestas mundanas y esplendentes, su apoyo no siempre mal intencionado y a veces benévolo.

Hacía ya varios días que se ofrecía al público el salón donde Renato exponía sus obras, en la calle Florida, y Munet no pudo resistir al deseo de verlo. Al entrar le pareció que un estremecimiento de frío hería sus huesos, y que su corazón iba a romperse bajo la garra de una opresión poderosa. ¡No, no podían abarcar sus ojos tanto esplendor de arte y de poesía!

Sabía que habían reprochado a Renato el parecido que tenían entre sí las fisonomías femeninas de sus cuadros, pero jamás supuso que cada una de ellas reflejara su rostro con una expresión siempre nueva, en la que su belleza cambiaba de aspecto sin resplandecer menos.

¡Ella había dado maestría e intensidad a su imaginación y forma a su culto, siempre!...

¿Pero donde estaba su último cuadro? ¡Ah, qué prodigio, qué extraña y deliciosa sorpresa!

Con el escenario del valle florido, una pareja: Renato y ella... El, cediendo al hechizo de un sentimiento definitivo, parecía interrogarla, y Munet, con los párpados semicerrados, embebecida por el deleite que producían a sus oídos las palabras escuchadas, demostraban que iba realizándose la fusión eterna de las almas que buscan en el cariño, la fe y la fuerza para conducirse hacia el camino de la felicidad y de la vida.

El cuadro ostentaba este nombre: *Una declaración de amor.*

¡El pacto! — se dijo huyendo de allí, pareciéndole que todos la reconocerían. ¡Cómo se eclipsaron por completo sus forjados espantos, la mezcla inmensa y triste de sus querellas injustificadas, sus celos vanos, y, en cambio, cómo invadíala ahora la grandiosidad de tanta revelación!

XVI

El comandante Ortúzar leía una carta que desde Rosario le enviara Osvaldo Lavalle, y en la que no hablaba directamente de la señorita Leroy, pero no obstante estaba impregnada de pasión. Alberto veía claramente el espíritu atormentado de su amigo y comprendía que ciertas divagaciones filosóficas eran un indicio de su dolor, a la vez que un medio de querer ocultar lo que más resaltaba, su amor a Munet.

"Querido amigo:

"No me digas que el lugar donde trato de refugiarme sea el de todos los cobardes; si lo piensas, ocúltamelo, Alberto, te lo ruego. ¿Soy yo acaso que la busco o es que ella viene en torno a mí?

"Me parece que el mundo no tiene un lugar de paz para darme, pues con ser grande, me ahogo en él como si me faltara el aire.

"Creí que la ausencia fuera capaz de matar el recuerdo hacia ella, pero veo que me sucede todo lo contrario.

"Ayer ví pasar un cortejo fúnebre; me pregunté si valía le pena llorar tanto una vida que se encamina hacia la muerte con paso más o menos acelerado. La respuesta la hallé en la indiferencia de muchos y en la distracción de otros; los menos hicimos la sencilla demostración de quitarnos el sombrero. ¡Cuántas cosas mueren en nosotros antes de que se extinga nuestra vida, y cuántas veces la muerte pasa en medio de ella con la indiferencia con que el aire recibe el roce de alas de un pajarillo! El ritmo de este gran mundo es inexorable, no se conmueve ni se detiene ante nada ni nadie; sigue fatalmente el cumplimiento de su misión a través del tiempo y con él van a caer nuestra dicha, nuestro dolor; se descoloran y se desfloran las ilusiones y la esperanza, último huesped que más tarda en abandonarnos. Sí, Alberto, el mañana está en manos de los acontecimientos, y éstos, a su vez, son los que nos orientan y desorientan sobre el camino a seguir.

Ni tú ni yo, hace apenas unos meses, hubiéramos pensado en que iba yo a ser aviador y que dentro de pocos días estaré listo a lanzarme con esta máquina formidable a surcar el cielo. ¡Cuántas cosas me sugiere este monstruo mecánico, amigo mío! Sobre todo el esfuerzo del cerebro humano en la lucha contra la naturaleza y la tenaz ansiedad por la existencia de las cosas nuevas. El cerebro se estremece para buscar el alivio del que sufre y salvar al que está en peligro; otros se liman el seso para descubrir algo infernal, capaz en un segundo de destruír al hombre y cuanto ha creado. Con estas reflexiones termino por perder el sentido práctico de la razón, y ante la ironía de los contrastes, detengo las preguntas que no me aportan ninguna claridad. Ahora, si la fe en mí mismo no me abandona, pronto prestaré, tal como me lo has vaticinado, un servicio a mi patria".

Alberto Ortúzar meditó sobre los males que se juzgan interminables y en la lastimosa tranquilidad que produce el destierro absoluto de un cariño que por tanto tiempo hallara

albergue en el corazón, donde cada fibra era una esperanza.

"¿Has visto la exposición de Obarrel en el estudio de Zuretti, Alberto? Yo no pude resistir al deseo de ir a verla antes de partir de Buenos Aires. Creo que de lo que yo experimenté en la contemplación de esas obras, a la locura, debe haber muy poco trecho. Confieso sin empacho que antes de penetrar en el salón me temblaban las piernas y que al llegar junto al cuadro "Una declaración de amor" tuve la visión atormentadora de lo que ha podido ser entre esas dos vidas el transcurso de cada hora en la intimidad del taller, en el dúo de amor repetido y animado bajo los auspicios del arte y la belleza. ¿Qué frenesí de sentimientos habrá ligado ese hombre a sus creaciones para que produzcan tan arrebatadores efectos? Alberto, si supieras... He querido comprar ese cuadro; pero me contestaron que estaba vendido:' Yo no lo creo y pienso que es muy natural que él se cuide de venderlo. quizá sea mejor así...

"Adiós, Alberto. ¡Cómo agobia a la voluntad el hastío!...

Osvaldo".

XVII

El sol menguaba el rigor del frío en esa tarde de junio y traía, en lugar de las tristezas que infunde la hojarasca vencida por rachas traidoras, un deseo de refugiarse en algún hogar donde la acogida fuera amigable, donde pudiera oírse la voz de timbre gentil, capaz de evocar dulzuras que se creían primores de un período que no tiene retorno.

Y puesto que para el comandante Ortúzar, Olivos y Munet significaban la misma paz sonriente y fragante, aquél fué el rincón que compendiaba sus presentes anhelos.

Mientras se dirige hacia el chalet, Alberto oye las notas de un tango que tras los balcones cerrados resuenan quejumbrosas como añoranzas grabadas muy dentro del alma. —Extraño contraste el de esta música, — dice para sí. — No distrae tentaciones de des-

enfrenada violencia y parece abreviar al mismo tiempo, el afán de vivir.

Pero Alberto no puede descorazonarse aunque lo quiera. En esos senderos de perfumes que cautivan y emocionan, las incitaciones de vida son serenas como el espectáculo que ofrecen. El río encrespado deja oir el golpe de las olas, y entre los árboles el sol forma gasas multicolores que se extienden en caprichosos dibujos, decorando, abrazando, embelleciendo todo. Efluvios de simpatía emanan por doquiera y obligan a atraer el alma a los ojos para que no desdeñe la tierna paz que a la vista ocasiona.

Al colocar la mano sobre el timbre de la cancela, Alberto vió abrirse la puerta del chalet, y en ella apareció la señorita Leroy, que con jovial sonrisa lo saludaba.

—Lo estaba viendo llegar a usted, Albo.

—Eso demuestra que se retrae demasiado del mundo, que es necesario dar corte a este vivir a lo cartujo que priva a todos sus amigos del placer de verla.

—Mis amigos saben que no me he mudado de casa, Alberto.

Después de estrechar la mano de Ortúzar, la señorita Aldanis exclamó:

—Yo le agradeceré muy deveras, si lo consigue, pues este encierro se va prolongando, comandante.

—Vamos, Pitucha, ¿usted no ejerce ninguna influencia sobre su amiga para hacerla cambiar de opinión?

—Ya sabe usted que por mucho que digamos, ella hará siempre cuanto se le ocurra.

—Te perdono la réplica por ser la misma que usaba papá Livio, — dijo la joven señalando a Alberto una butaca en el salón.

El comandante paseó una mirada por el aposento, y, decididamente, ésta no lo indujo a hallar censurable tal apego al hogar. Se puede ser un solterón empedernido y participar a la vez de las mil satisfacciones tranquilas que atraen la atención, que tienden a hacer trabajar la memoria, porque se quieren discernir ciertas delicadezas íntimas tan gratas al corazón, donde su lenguaje indefinible insinúa a vislumbrar una felicidad que conserva mejor su sabor, puesto que permanece oculta.

—Lo que sé decirles a ustedes, amigas mías, es que pruebo un placer muy singular hallándolas en casa; que mi amistad celebra hoy su día de fiesta.

Ellas le agradecieron sin poder adivinar la parte mejor, las sensaciones a las que, más directamente, había obedecido su elogio.

—Munet: recordando el entusiasmo con que usted ha tomado parte en varias partidas de caza al zorro y su indiscutible y reconocida habilidad de amazona, he dado mi palabra de que usted concurriría a una próxima reunión hípica.

—Muchas gracias, Albo; ha interpretado fielmente mi deseo. Acepto de mil amores.

—¡Cuánto me alegro!

—Ahora, — dijo la señorita Aldanis, — tu habilidad es indiscutible, como dice el comandante; pero hay que reconocer que te costó no pocas democráticas caídas...

—¡Ah, sí! Recuerdo la hilaridad que estas caídas provocaban, la diversión de todas esas horas, y me dan tentaciones de exclamar como los ancianos de hoy: "¡Qué felices tiempos aquéllos!"

A pesar de que esto fué dicho con gracia no excluía un asomo de tristeza.

—Munet, creo que no sea el caso, especialmente para usted, de censurar el presente...

—¡Quién sabe!

—He podido conocer algunas causas que acreditan el valor de su respuesta, pero eso no significa que el pasado siga siendo mejor.

La joven nada dijo.

—A propósito, creo que debo felicitarla, Munet. ¿Sabe usted que halaga siempre el que nos dejen ver una felicidad a la que nos creíamos sin derecho para ello? Me refiero al cuadro, al pintor y a usted, pequeña amiga.

Los monosílabos que usaba la joven para responder, no consiguieron que el comandante truncara inmediatamente el tema.

—Cuando se ha visto esa exposición, hay que comprobar a la fuerza que el entusiasmo de los críticos y la popularidad del pintor, adquirida en tan corto tiempo, quedan justificados. No es indispensable tener mucha pericia para darse cuenta de si el autor de

una obra ha volcado en ella sólo el talento, o con aquél también el alma.

—Eso es verdad, — certificó la señorita Aldanis. — Tan es así que ha habido celebridades que debieron sus triunfos a la lucha, al dolor y, otros, al amor...

—¡Ahí está! Y como el cerebro humano es difícilmente pródigo en todos los campos del saber, Obarrel subyuga en su arte pictórico más que en sus poesías; a juzgar por las que nos dejó leer en los periódicos. La inteligencia es como un árbol cuyas ramas son unas más desarrolladas que las otras, siendo hijas del mismo tronco. Me parece que este joven debe al fervor de su ingenio y a su gloria, el poder de su pasión.

Tal peroración del comandante dejó a Munet muy pensativa. Alberto lo advirtió, y suponiendo que podía llegar a cometer una indiscreción forzándola para que satisfaciera su interés al respecto, no creyó lógico insistir.

Vinica entró trayendo lo necesario para que se sirviera el té, y entregó a la vez una carta a la señorita Leroy.

—¡Pitucha: dice *urgente*! — exclamó, disponiéndose a servir. — Entérate tu, a ver de quien es...

La señorita Aldanis rasgó el sobre. — ¡Ah, es un anónimo, Munet!

La joven se acercó a su amiga, — ¿Qué dice? — preguntó.

—Querida nunca he leído... ni me despierta la menor curiosidad esto. Has tú lo que te parezca.

El comandante intervino.

—Pequeña amiga: ya ha sufrido usted mucho por la maledicencia, y ya el arranque de un sentimiento de piedad tan mal interpretado, ha podido herir o desvanecer su dicha. Deje a Pitucha el cuidado de tratar ese asunto como ella suele hacerlo. Desgraciadamente, pocos son los que creen que los anónimos no deberían ser nunca la base de un juicio sobre una persona.

—¡Tiene usted razón, Albo. Gracias! Ahora que el pobre Elio ha muerto, me apercibo de que he podido contar con encarnizados enemigos, y que éstos no abandonan su campo de acción.

—Ya representan un papel muy secundario. Compadézcalos, Munet, y no piense más en ellos.

Como si tales amagos pudieran embellecer alguna imagen o un recuerdo de gratitud, la joven inquirió:

—Dígame, Alberto: ¿qué es de la vida de Lavalle? ¿Por qué no nos ha vuelto a visitar? Nada sé de él y lo siento...

—Osvaldo prestará servicio a su patria en la aviación.

Ante la sorpresa de ellas, Alberto les explica que teniendo razones de no esperar en una ventura posible y segura, ligada a su corazón, él comienza por hacerse acreedor a los "florones de oro" de otra gloria.

El calor y entusiasmo con que la señorita Leroy adorna sus manifestaciones hacia el joven Lavalle, hacen que el comandante la invite a leer su última carta, que trae en un bolsillo del saco.

Munet lee en alta voz:

"Alberto, desde ayer mi corazón está menos oprimido... No parece y, sin embargo, bastó tan sólo el espectáculo de otro dolor

para que se diluyera, al menos por un tiempo, la intensidad del mío. Sí: un dolor al que ningún otro dolor es comparable. Si tienes paciencia, escúchame:

"Ayer era un día pesado, pues la presión de la atmósfera, muy baja a pesar de la estación, y quizá por esto mismo, hacía imposible todo trabajo mental. Resolví salir a la calle en busca de un sitio agradable y creyéndolo hallar junto al río, allí me encaminé comprobando la diferencia que mediaba de ese sitio semi desierto al trajín de la ciudad. La brisa tonificaba el aliento y la vista del agua infundía recreación al ánimo.

"Hacía media hora que caminaba lentamente cerca de la orilla, cuando de repente un grito horrible de ser humano me arrancó de las meditaciones en que me hallaba. Traté de orientarme hacia donde venía el grito. No tardé mucho en ver como a cien metros sobre la dirección que yo llevaba, a una joven mujer, que presa de furor lanzaba imprecaciones desesperadas. Corrí hacia ella y le pregunté las causas que motivaban tal pánico: "¡Mi hijo, mi hijo!" — respondió

con la mirada fija en el río, señalándome con la mano un punto de la superficie donde yo no veía nada. Sin asomo de duda debía tratarse de un ataque furioso de locura. Ya pensaba en la manera de socorrer a la pobre infeliz, cuando ella, con una mano apreta nerviosamente mi brazo y con la otra seguía señalándome la superficie. Sus gritos desgarraban el alma. ¡Ah, pero esta vez sí que ví algo! Sin considerar nada fuera de su angustia, me deshice del saco para arrojarme al agua.

"En pocas brazadas estuve de vuelta con un niño. Fuí a parar en un lugar donde la corriente formaba escaso remanso y en cuya orilla se hallaba un pequeño álamo con varios arbustos a su lado. No pudiendo hacer pie por hallarse barrosa y resbaladiza la orilla, me agarré con una mano a los brotes más gruesos del álamo, mientras que con la otra empujaba al pequeño hacia su madre, quien, rápidamente lo apretó en sus brazos. No bien arriba, tomé nuevamente al niño y en seguida me puse a hacerle masajes y la debida respiración artificial.

"La madre se hallaba encorvada cerca de su criatura con la rodilla y la mano apoyada en el suelo. Ya no se tiraba de los cabellos, no gritaba ni lloraba... Sus ojos estaban cristalizados por el terror. Sólo de cuando en cuando, como un relámpago en las tinieblas, surgía una mirada forzada e intensa, que parecía llevar su alma y la vida por segunda vez, a ese cuerpecito inanimado. ¡Nada! El tiempo corría y mis esfuerzos resultaban vanos... ¡Cielos! Pronto una mirada brusca, casi amenazadora de la pobre mujer, me hizo recapacitar que no debía confiar a mi saber una vida tan preciosa y que no era prudente que yo asumiera toda la responsabilidad de esa desgracia. Me levanté inmediatamente resuelto a caminar unos metros a la búsqueda de un automóvil; pero entonces un grito, mezcla de dolor y alegría, me hizo volver la cabeza. ¡Se había realizado el milagro, Alberto!

"El pequeño había movido los ojos; el pulso denotaba que la vida volvía a su curso interrumpido. Tomé mi saco, que siendo seco era lo único que podía ofrecer al niño pa-

ra que se cubriera, y los induje a seguir conmigo hasta donde pudiéramos dar con algún vehículo. Pocos minutos después lo hallamos. La insté a subir y rogué al chauffeur que me enviara el primer coche que encontrara desocupado.

"Ni una sola palabra medió entre nosotros. Ella contemplaba alborozada a su hijo mientras el coche partía. Yo los ví alejarse con un fulgor de júbilo que parecía no caber en mí.

"Estoy en los últimos preparativos, Alberto. Pronto emprenderé el viaje. Te abraza

Osvaldo".

Munet entregó la carta al comandante. y con acento de sinceridad fervorosa, le dijo:

—¡Si al menos todo el bien que él difunde a su alrededor con ímpetus de desinterés y benevolencia, pudieran tener la virtud de fortificar los cimientos para labrar su propia felicidad!

"Extraña prevención; — pensaba Alberto — la que está mejor dispuesta a augurarle dicha, es la única que la turba".

—El nombre de Lavalle ha perpetuado una figura sobresaliente en la historia de la independencia argentina; Osvaldo lo preside en nuestra sociedad porteña, con la nobleza de su raza templada al deber, al heroísmo y a la bondad.

Cuando Ortúzar se despidió de sus amigas, después de recordarles nuevamente su invitación, y ya en la calle, no podía darse razón de quién sería entre Osvaldo y Renato, el preferido de Munet.

Tan altos conceptos de elogio vertidos por ella hacia Lavalle, aun cuando éstos tuvieran la más exacta justificación, ¿no podían ser el reflejo de un cariño serio, o era sólo un culto rendido a la amistad el placer que se transparentaba en sus ojos y en su voz?

Y la señorita Leroy, extraña criatura, no se detenía a juzgar las tumultuosas transiciones que provocaba la vivacidad de sus espontáneas y expresivas sonrisas, su conversación tan poco premeditada, donde el mismo acento era un halago.

XVIII

En Rosario, para despedir al piloto que llevaría sus triunfos de abnegación y sacrificio a vencer los peligros de un "raid" de soberbia magnitud, no superado hasta hoy, la muchedumbre se instaló en el campo de aviación frente al pájaro de las hazañas formidables. Osvaldo Lavalle se siente soberano entre esa masa compacta que le sonríe, le aclama, le venera, entre tantos seres anónimos que, posiblemente, no lo sentirán muy ajeno a su pensamiento o a su simpatía, por lo menos mientras perdure el eco de su victoria.

Algo más distante de donde se halla la muchedumbre, algunos vehículos se estacionan en un lugar donde puedan ver sus ocupantes, poniéndose de pie, aunque más no sea la cabeza donde están engastados unos ojos de

mirada triste y una sonrisa que predispone a la emoción.

Varios oficiales del Ejército hablan con Osvaldo y en ese momento uno de ellos llama su atención sobre una joven que invoca repetidamente su nombre, tratando de hacerse paso entre la multitud para llegar cerca suyo. Trae tomado de la mano a un niño rubio y hermoso, de unos tres años, muy parecido a ella.

Jadeante y sin poder hablar por lo inusitado del caso, sube al pequeño en brazos, haciendo ademán de acercarlo a Osvaldo para que lo bese. ¡Al fin la reconoce! Había mucha diferencia entre aquella madre desgreñada y enloquecida por la desesperación y esta elegante damita de la sociedad rosarina.

Los circunstantes se dan a contemplar esa escena de sentimiento, sintiéndose atraídos por la sorpresa y la curiosidad. Quieren ver lo que acontece entre tan interesantes personas y lo consiguen, formando y cerrando cerco en torno de ellas.

—¡Señor Lavalle: cuánto hice por volverle a ver desde aquel día!

El niño se había prendido al cuello de

Osvaldo, como si la intuición le guiara a reconocerle como su salvador.

—¡Señora... qué alegría pruebo al verlos!

—¡Oh... y yo! ¡Yo que no podía bendecir su nombre porque lo ignoraba... ¡Y que atolondrada: ni siquiera le dije una palabra de gratitud! !Perdóneme usted! — gritó, queriendo besar una mano del joven, que él retiró apresuradamente.

—El agredecimiento de una madre es la mejor recompensa, señora...

Exclamaciones entrecortadas se suceden. Ella explicó que siendo víctima de una desgracia por la que creía haber agotado todas sus lágrimas, sólo a su hijito debía la necesidad de vivir.

—¡Y ahora... ahora que por fin lo hemos encontrado, se marcha usted, quizá para siempre, señor Lavalle!

—Para siempre... no, señora; volveré, si no muero...

Las últimas palabras las pronunció el joven tan quedamente que no se le oyeron. Luego acariciando los cabellos del niño: — ¿Y tú? — inquirió. — ¿Cómo te llamas?

—Yo, Quique.

—Enrique Linares Paz; — rectificó la madre a la vez que se desprendía de una explén-dida medallita que colgaba de su brazalete. — Guárdela usted como recuerdo, señor Lavalle; Dora Paz de Linares la llevaba el día en que usted salvó a su hijo... No es difícil creer que trae suerte.

—Señora Dora y Quique: — llamó Osvaldo conmovido; — no los olvidaré. ¡Gracias!

Ya el ruido del motor sepultaba las voces. El joven bajó al niño de sus brazos para estrechar tantas manos extendidas hacia él. Ella vencida por honda conmoción, ya no la exteriorizaba con palabras; pero de pronto, tal vez incitada por lo triste de esa despedida y la importancia que ésta implicaba para la patria, tal vez también por irrazonado poder de naciente afecto, se acercó hacia Osvaldo Lavalle y bajo los labios de él presentó su frente.

Impulsados todos los presentes por invencible deseo de aprobar un hecho que habían comprendido, prorrumpieron en entusiastas

víctores que se difundían como fortaleciendo el éxito feliz de un augurio vehemente.

Poco después el pájaro de hierro se perdía en la inmensidad del espacio, bajo el diáfano azul del cielo.

XIX

La mejor suerte que pueda correr un afecto para extinguirse, no reside siempre en la intervención de la duda. Renato comprobaba tristemente que su borrascosa manera de fantasticar aumentaba su desesperación.

¡Qué interminables eran esos días de hotel en la Avenida de Mayo, tan perezosos y sin objeto como los que devoran la existencia de un maniático rico! ¡Qué diferencia tenían con su vida activa en su casita de Olivos, donde no había vuelto a poner pie!

¿Podría volver, acaso?... Le parecía a Renato que al dar vuelta la llave de la primera puerta oiría, como si estuvieran guardados en todas las hendijas, sonidos de aquellas risas incomparables, pasos ligeros, ondas de agudas fragancias, trozos de palabras de galantería dulce y afectuosa que ya nunca más podría olvidar! Aun estaba allí aquel vesti-

do que entrañaba un hechizo exquisito y único como el que fluía de su dueña. ¡Cuántas veces al irse Munet, él había apretujado esa prenda en sus manos, loco de entusiasmo y de cariño!

¡No; volver era demasiado... no lo podría!

Pero era en verdad perversa esa señorita Leroy al causar tanto mal sin que ella demostrara que en su ánimo había quedado una migaja de todo eso...

Estas reflexiones las hace Renato mientras está completando su tocado y su agitación se trasluce en todos sus actos, pero especialmente en las veces que hace y deshace el nudo de la corbata.

Ya por demás impaciente, exclama:

—¡Faltan todavía los inconvenientes que motivan estas minucias, como si no tuviera yo bastantes razones de enervarme!

Nandú penetró en la estancia sin sorprenderse al ver diseminadas por sobre la cama y en el sillón un número considerable de los utensilios que aparentemente constituían la principal causa del enojo de su amo.

—¡Tú has visto. No hay una que sirva y yo tengo prisa!

El anciano solicitó permiso para ofrecer sus servicios que, aunque menos hábiles en ciertos detalles, eran por lo menos serenos, y como esto suple a lo otro, el joven salió del paso gracias a su ayuda de cámara. No tardó en llegarle el turno al café, que a Renato le pareció bombo.

—¡Hay que irse con el estómago en los talones o engullir estos comistrajos de siempre, que ya me tienen harto! Papá, en cambio, todo lo encuentra sabroso, excelente...

—Muchas veces no es sólo cuestión de paladar, señor...

Habría podido añadir el anciano que es cuestión de humor, tal como él lo pensaba, y añadir también la copla de Campoamor mil veces repetida y otras tantas oportunas, si el respeto no tuviera sus vallas.

Renato toma su sombrero exacerbado, asqueado de todo, suponiendo que ese día no será menos estúpido que los otros, puesto que será como los otros: vacío de emociones, de alientos, de sorpresas inesperadas, únicamen-

te generoso en acarrearle desasosiegos y hasta iras a las cuales no había estado acostumbrado.

Baja con una precipitación de empleado en retardo la escalera para preguntarse en cuanto llega al vestíbulo: ¿A dónde iré ahora?"

Está indeciso,y esta indecisión hace que deba soportar el saludo de varios vecinos de mesa y de departamento.

Repentinamente, sin darse cuenta de tales contradiciones, vuelve a apresurarse.

Todas las mañanas a la misma hora, a poco de andar su paso se alenta en la calle Florida, a la vez que se aquieta su nerviosidad, como si hallara allí el mejor sedante. Las reflexiones sufren también cierta análoga y buena influencia.

—"La verdad es que ha habido un cambio notable en mi carácter desde... desde un tiempo a esta parte".

La mañana es gris y muy fría, pero esto no impide que la animación en la calle Florida siga siendo viva, palpitante y febril. No son pocos los que se esfuerzan para abrirse

paso y andar rápidamente por la acera, mientras otros se detienen contemplando a derecha e izquierda los suntuosos escaparates donde las últimas creaciones es exponen con un lujo y magnificencia de detalles bien raros de igualar, pero que nunca llegan a ser desmedidos.

Hay espectáculos demasiado pintorescos para que parezca lógico no volver la cabeza, aun cuando esto no sea de muy buen tono. Renato no está en condiciones de pensar, al ver la juventud femenina que camina con sin par elegancia, que si la costumbre de volver la cabeza por todos los rostros que merecen este homenaje, tomara arraigo, fácil resulta concebir las consecuencias que se obtendrían.

Se oyen las estrepitosas notas de la *jazz,* lo que hace difícil caminar sin que uno pueda figurarse que éstas se enredan a los pasos, para seguir su ritmo obligado. Más allá la melodía fina y delicada de una romanza, sabe atraer motivos de nostalgias, y no pocas veces descubre en nuestro pasado un momento de alegría o de tristeza completamente olvidado y que tan sólo ella nos hizo revivir.

Las distracciones que ofrece la discreta algarabía de esta calle ¡tan linda! no han conseguido absorber, aun siendo por breves instantes, la atención de Renato Obarrel, quien casi maquinalmente se halló en la puerta del famoso estudio Zuretti.

Renato revistaba sus obras cuando la exposición estaba casi desierta, como si tan íntima contemplación hiciera renacer para él su dicha perdida; pero esta vez pensando en la nimiedad que ha causado su tardanza, vaga por sus ojos un fastidio que parece ennegrecerlos más todavía.

Estuvo a punto de irse; luego imaginó que el comentario sobre sus obras con varios amigos o visitantes conocidos, las palabras cambiadas con algún crítico u otra cosa imprevista, podían ofrecerle hoy quizá, motivo de entretenimiento.

Entre las personas que entraban y salían, había las atraídas en parte por el interés que despertaban las obras; pero tal vez las más, por si podían conocer de cerca al artista.

Su administrador tenía novedades y había razones para mostrarse complacido por el co-

mentario, pues Renato veía en esa crítica sencilla y natural, el alma de su propaganda artística.

También se hallaban presentes los que estaban en los entretelones de esta aventura de amor, y que debido a sus vinculaciones sociales sabían cuánto había de verdadero y de falso sobre lo dicho y pensado alrededor del asunto.

Dos señoritas departían animadamente y parecían darse explicaciones frente al cuadro "Una declaración de amor", demostrando que se referían a su autor. Por la manera de mirarse entre ellas, de mirar las imágenes, debían ser muy conocedoras de tanto andamiaje supuesto o real sobre la conducta de Munet.

Sin saber por qué Renato trató de alcanzar lo que decían, y lo hizo demorándose en cada cuadro para despistar su intención y excusar así su demora al lado de ellas.

Aguzando el oído pudo enterarse de cuanto continuaban diciendo.

—Por lo visto hubo un enfriamiento en la relación de los dos.

—Algo de verdad hay en esto, pues él aban-

donó su taller en Olivos y se instaló aquí en la Capital.

—Me parece que estás muy bien informada de todo...

—¡Naturalmente! Han sido pocas las fiestas sociales en que ha participado la señorita Leroy y a las que yo no estuve presente. Este es el motivo por lo que me interesé tanto en las particularidades de su vida.

—¿Pero es verdad todo lo que se murmura de ella?

—¡No! La verdad que he podido descubrir en todo este hecho es que si algunas personas no arrastran la calumnia de puerta en puerta, no viven felices.

—¿Pero puede ser?

—Sí, hijita; puede ser esto y mucho más. La única culpa de Munet se funda en que tiene talento, carácter y hermosura. Por eso la bautizaron con derroches de envidia, de perversidad, aquellos a quienes toda virtud hace sombra.

Renato no quiso escuchar más. Esos seres ignorados venían a hacer justicia a su corazón. Desaparecía en él la duda, serenando su

espíritu y llevándolo nuevamente a las esperanzas forjadas en un próximo pasado.

¡Qué incontenibles ansias de verla, de hablarla, de justificarse a los ojos de ella, de ordenar su conciencia arrepentida! ¡Decirle todo lo que había sufrido en ese tiempo vivido engañado, y cómo se atormentaba su corazón, que nunca había podido dudar!

El pensaba: — Habrá sido ese afecto tan intenso que motivó el recelo y que dió cabida a la incertidumbre. Pero ahora: ¿Cómo manifestarle por qué acepté yo sin oponerme, a alejarme de Olivos? ¿Cómo hacerle entender que no supe rebelarme a esa orden suya, desacatándola? Yo soy culpable... Cualquier tentativa para atraerla hacia mí será rechazada en absoluto. Además... ¿Por qué me ordenó ella que me fuera? ¡Y yo que ni siquiera le pedí explicaciones para cerciorarme a qué obedecía esa orden! Mi corazón volverá otra vez camino de la desesperación, del temor, sólo alumbrado por una palidísima esperanza. ¿Cuántos y cuántos desengaños, cuántas nuevas torturas se renovarán aún? Pagaré bien caro ese reflejo de alegría y fe-

licidad que me brindaron estas mensajeras desconocidas. Sólo sé que he de ser más fiel a tus latidos, ¡oh, corazón!; que he de saber soportar con valor todos los conflictos, todos los tormentos...

XX

Era hermoso ese 13 de agosto por la mañana. Ni las inclemencias del frío se sentían, pues la luz brillante y tibia daba al ambiente cierto sabor primaveral.

Algunas damas y caballeros que tomaban parte en la reunión hípica organizada por el comandante Ortúzar, estaban montados en sus respectivos caballos, aguardando los últimos en llegar y la orden para dar comienzo al trote de la comitiva reunida.

Los bosques de Palermo servían de marco al atrayente conjunto donde se hallaba representado lo más selecto de nuestra sociedad.

Los briosos corceles formaban armónico contraste con las elegantes amazonas, con la apostura de los jinetes, notándose en todos los rostros la satisfacción que los embargaba.

También se hallaban presentes varios conocidos nuestros: Pitucha Aldanis al lado de

Ricardo Obarrel, Delia Ortúzar acompañando a Renato, que aún trataba de aliviar los golpes de su agitada conciencia, además de tener que poner en guardia su ánimo para celebrar la presencia de la que con tanto afán esperaba.

Los caballos demostraban más impaciencia que sus dueños. Brincaban de cuando en cuando, sacudían la cabeza olfateando el aire, y con las patas delanteras iban de rato en rato escarbando el suelo. Perros galgos, conducidos por si se resolvía la reunión en una afortunada cacería, movían nerviosamente la cola o recostaban su cabeza larga y puntiaguda, unos sobre otros, cuando no se empujaban o se corrían rápidamente un corto trecho. Sentíanse alentados por la perspectiva de una libertad más amplia o con la probalidad de una lucha anhelada desde algún tiempo atrás.

Tampoco faltaban automóviles ocupados por quienes no se animaban a seguir la partida de otro modo que manejando el volante o siendo conducidos cómodamente por sus chauffeurs.

De repente se oye el trotar de dos caballos que doblan un recodo, lo que hace dirigir

sobre ellos todas las miradas. Una exclamación de aprobación y contento escapa de los labios; algunos bosquejan significativas sonrisas.

La señorita Leroy y el comandante Ortúzar vienen altaneros y sonrientes.

Una corneta se deja oír y la comitiva se encamina en marcha regular hacia Belgrano, Vicente López o más lejos... En fin, se sabrá más tarde, pues el comandante les ha comunicado que tiene reservadas varias sorpresas, y que éstas se irán conociendo a medida que transcurran las horas.

—Por el momento, andando... — agrega él. —Hay que ganar el confortable almuerzo que será servido dentro de dos horas.

—¿Dónde? — inquieren casi todos a una vez.

El comandante evoca aquella noche cuando alguien le imponía con gracia exquisita la misión de rematar un beso, y está casi por responder: "El beso será dado en lugar elegido por ella..."

Pero las voces vuelven a inquirir:

—¿Hacia dónde nos encaminamos, comandante?

Alberto sonríe con toda su boca, tratando de desentenderse de aquel pícaro recuerdo, pero quizá lo consigue apenas, pues responde:

—El lugar está ya elegido...

—¿Y cuál es, cuál es?

—¡Sigan, sigan ustedes... por ahora se llama "Alegría"!

—Renato se mantiene a respetuosa distancia de Munet, sin hallar una palabra que pueda juzgar propicia u oportuna.

Sus ojos tienen poderoso lenguaje, pues ellos sin duda, cuentan a Munet la mar de cosas...

Al cabo de un rato acercó su caballo hacia el de ella y por sobre el lomo del animal le tendió la mano, exclamando con voz opaca y llena de emoción:

—¡Perdón, Munet, perdón!

La joven le miró con inexplicable sorpresa. El, en un arrebato que no se sabía si provenía de la confusión causada por el placer de verla

o en gracia al venturoso azar, besó apasionadamente la mano que tenía en la suya. Ella le recordó con un gesto que no estaban solos. Verdad que eran los últimos y que no tenían gran interés en acercarse mucho a los demás jinetes, prefiriendo oír la íntima voz de su corazón que les hablaba con indefinible elocuencia.

Renato rompió de nuevo el silencio dando curso a sus pensamientos exaltados:

—Munet, ¿puede usted perdonarme?

Ella le miraba evidenciando a través de esa fisonomía tan querida los sufrimientos que habíanla rozado.

—Renato, lo que yo debo perdonar a usted es tan leve en comparación a mi pecado... ¡Calcule! Debo perdonarle que no me haya desobedecido mucho antes de ahora.

El joven se extrañó. ¿Creía Munet que ninguna otra razón fuera de aquélla subsistía entre ambos?

—Y usted ¿por qué quiso alejarme de su camino? ¡Ah... no ha sospechado usted nunca hasta qué extremo ha sido injusta y cruel!

—¡Renato!

—No ha pensado en las horribles ideas que tuve que forjar, hijas de mi desesperación, de mi amor... ¡Porque usted sabía, Munet, cuánto la amaba! En los locos desvaríos que poblarían mi mente al darme las razones más extrañas sobre la verdadera causa de su frialdad repentina... ¿No lo ha pensado usted? ¿Cómo... ¡dígame! ¿Cómo ha podido comportarse así, después de sus demostraciones, después de esos días en mi taller, donde nuestras rencillas se resolvían en lágrimas de ternura...? ¿Recuerda? Aquel día cuando le dije que sus sentimientos eran frágiles... ¡Qué ofendida y mortificada se sintió usted! ¿Cómo entonces no ha pensado en que su conducta para conmigo me obligaba a ensartar con respecto a usted las deducciones más descabelladas e incoherentes?

Ella levantó hacia él la mirada y por primera vez se sintió cohibida, dominada por ese amor, por esos ojos, por esa voz que, retándola, la enternecían. La altiva señorita Leroy susurró tímidamente:

—¡Yo también sufría, Renato!

—Pero entonces... ¡Oh, dígame al menos, ¿por qué sufría usted?

La joven ríe nerviosamente, a pesar de que sus ojos tienen brillo de lágrimas.

—Es que... ¿No lo sabía usted, Renato?

—Munet, yo quisiera oír formular de otro modo esa pregunta...

—¿No sabías que... yo también te amaba?

Así se hablaban cuando después de muerta Naïr, el hilo de una profunda amistad se mostró con bastante consistencia para tejer los ensueños de un amor correspondido a través de las cartas.

Más alentado por la confianza renacida entre ambos, el joven la instó a explicarle sin más dilación el móvil de tanta amargura. A medida que iba expresándose, Renato se daba razón, creyéndose por lo tanto menos culpable y poniéndose en paz con su conciencia.

—Yo tenía miedo... — respondió ella como si siguiera el curso de un pensamiento olvidado. — Tenía miedo de perderte por...

La joven se interrumpió permaneciendo indecisa. ¿Debía entonces afirmar que ella ha-

bía dudado de su cariño a pesar de todas las pruebas que él le diera? ¡Mortificarlo aún!

Renato se inclinó cerca de ella buscando los ojos que ahora se retraían y una nueva idea se le apareció, menos pesarosa, más clara, más digna de prestarle fe. ¡Ah! — exclamó repentinamente—. ¿Era porque temías que yo creyera cuanto se ha inventado alrededor de tu belleza, sobre aquel remate... y el mote abominable? ¿No has comprendido que ese tristísimo pasado cuyo eco resonara para agigantar las conjeturas que yo unía a tu prohibición, fué el que me ha hecho conocer todos los suplicios?... ¿Pero era por eso, entonces?

Durante un átimo ella estuvo por desechar el seguro desquite que aportaba esa mentira. Pero debía, aun por medio de una vaga alusión, herir el recuerdo de Osvaldo Lavalle, puesto que era él quien sin quererlo había traído a su alma tan peligrosa incertidumbre.

Meditando sobre la vuelta de Renato hacia ella, la joven dedujo que él también obedecía a razones más convincentes. Creyó oportuno no interrogarlo al respecto, dejando así los

sucesos sin fustigarlos y entregándose de lleno a la casualidad.

El esperaba ansiosamente su respuesta. Ella murmuró pensativa con voz lenta:

—Si... la felicidad es un bien muy raro y además caro, Renato, es tan grande y tan breve... ¿Por qué huirla?

Todos conversaban alegremente siguiendo el camino que conduce al Tigre por el lado del río. Faltaba poco para encontrarse al nivel de la estación de Vicente López, cuando apareció de improviso sobre la línea del eléctrico un tren que venía a toda velocidad lanzando sus fuertes e hirientes pitadas. Los caballos, tomados de sorpresa, empezaron a brincar y algunos se encabritaron, dándose a desenfrenada carrera. Uno de los que habían sido más vencidos por el pánico fué el de la señorita Leroy, que enfurecido se abrió camino entre la comitiva, y, a pesar de los inauditos esfuerzos que hacía su dueña para retenerlo, disparaba como una flecha, no obedeciendo a

las palabras cariñosas, ni a las riendas, ni menos al látigo. En seguida se dió cuenta del peligro que corría. Ya se había salvado milagrosamente de algún percance que le ofrecían los vehículos diseminados sobre el camino, y del temor de no hacer víctima a algún paseante. Entonces pensó guiarlo por la barranca de Vicente López, corriendo de abajo hacia arriba. Ella decíase: "Se fatigará y me será fácil retenerlo". Ya casi sobre la barranca y en vista de que el animal no respondía ni a la fatiga ni a su llamado, y con la convicción de terminar contra algún automóvil o herida mortalmente en alguna zanja, intentó tirarse al suelo. No bien hubo soltado la brida del rebelde corcel para arrojarse sobre la tierra, cuando un brazo le aprisiona fuertemente la cintura, atrayéndola contra el pecho y recostándola sobre el cuello de su caballo, mientras le susurra con voz rebosante de júbilo, algo que sólo ella pudo oír.

Munet se hallaba sana y salva en los brazos de quien habría dado cien vidas por la suya: Renato.

FIN

ESTE LIBRO ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 3 DE JULIO DE 1929,
EN LA «IMPRENTA LÓPEZ»,
PERÚ 662-68
BUENOS AIRES

"PRINTED IN ARGENTINA"

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00027840392